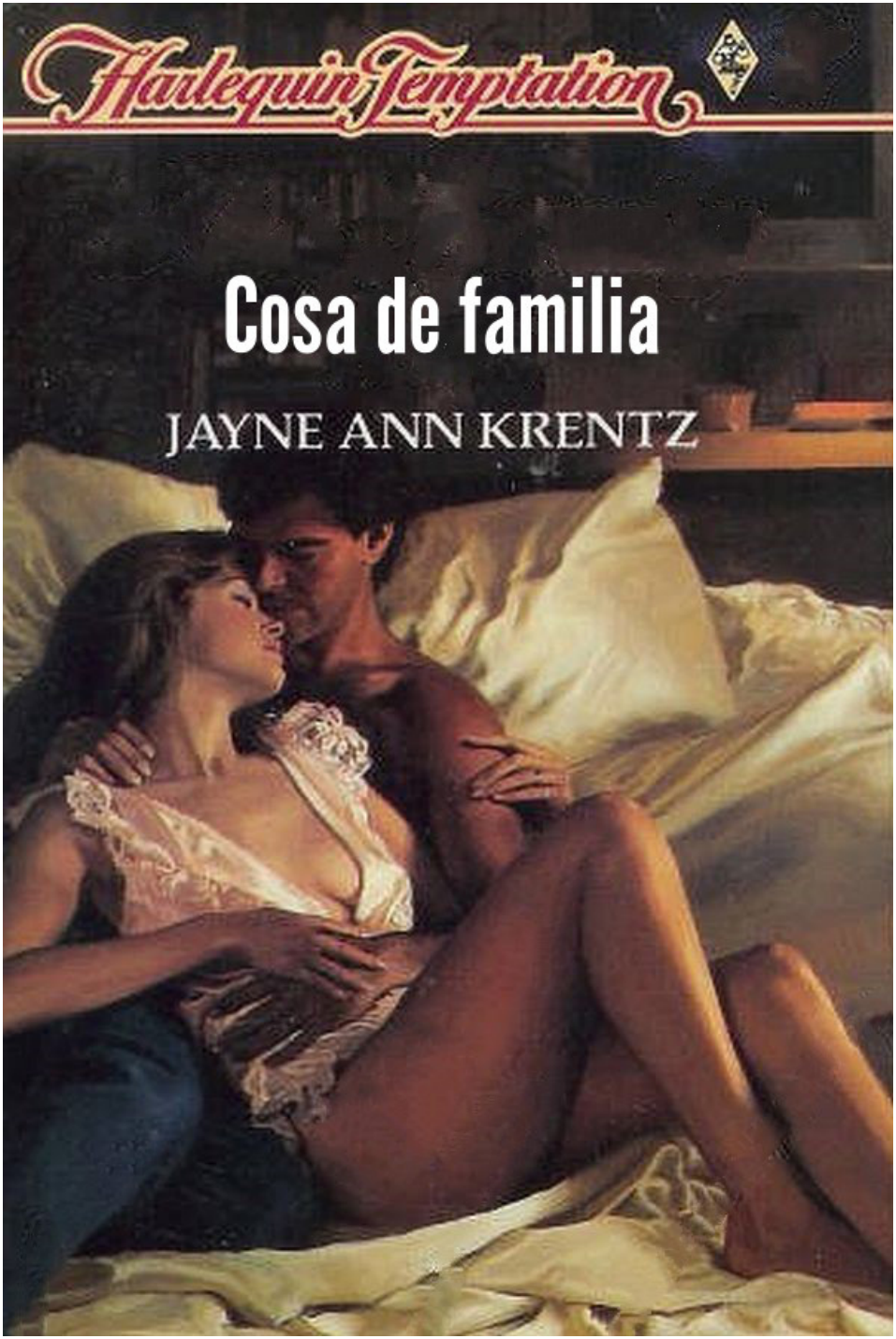
Harlequin Tentation

Cosa de familia

JAYNE ANN KRENTZ



Supuestamente, quedarse embarazada era un motivo de felicidad, pero no para Pru Kenyon. Era cierto que su relación con Case McCord era electrizante y satisfactoria. Pero Pru no llevaba un anillo en el dedo.

Ella no iba a obligar a Case a que se casase con ella revelándole su estado. Sabía que él no dudaría en proponerle matrimonio.

Pero lo haría por obligación, no por amor. Y si no podía conseguir su amor, tampoco le quería a él.

Jayne Ann Castle Krentz

Cosa de familia

Súper Julia - 14

ePub r1.0
LDS 04.01.17

Título original: *The Family Way*
Jayne Ann Castle Krentz, 1987
Traducción: Rosa Mauleón Montes
Publicado originalmente: Mills and Boon Temptation (MBT) - 106 / Harlequin Temptation (HT) - 146
Protagonistas: Case McCord y Prudence «Pru» Kenyon
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

Sabía que algo andaba mal desde el momento en que hizo girar su Ferrari plateado para doblar la curva. Case McCord sintió que el estómago se le contraía. El pequeño Ford rojo de Pru estaba delante de la escalinata que conducía a la amplia puerta de la casa. Había otro coche conocido allí aparcado, un largo y antiguo Cadillac El Dorado de color blanco, que brillaba bajo el sol de media tarde. McCord lo ignoró.

Era el Ford rojo el coche que le preocupaba. El maletero estaba abierto y Steve Graham, el joven jardinero y chico para todo que McCord había contratado hacía unos meses estaba muy ocupado intentando meter en el pequeño espacio del maletero una de las maletas de Pru.

Ella había decidido llevar a cabo su amenaza, pensó McCord atónito. Se marchaba, tal y como había dicho. McCord no podía creerlo. Ella no se atrevería a tanto.

McCord aparcó el Ferrari detrás del Ford y abrió la puerta. Steve Graham interrumpió su tarea y se volvió para mirarle. La expresión de preocupación del joven se volvió en una de alivio.

—No sabe cuánto me alegro de verle, señor McCord. Ha tomado un vuelo anticipado, ¿eh? Tenía miedo de que no llegara a tiempo. Esto es un desastre. Pru dijo que se marchaba para siempre. A Martha le ha dado un ataque de nervios y el señor Arlington se está bebiendo su *whisky* como si el mañana no existiera. Los abastecedores llegaron hace una hora y están dando vueltas por la casa totalmente confundidos. Pru se niega a hablar con ellos y a

organizarlos. Sus invitados llegarán dentro de unas dos horas y Pru ha dicho que para entonces ella ya no estaría aquí.

—Tengo la impresión —empezó a decir McCord— de que a Pru no le importa el hecho de marcharse antes de que vengan los invitados. Es más probable que tuviera la intención de marcharse antes de que yo llegase. Sabe perfectamente el lío que se va organizar.

Parte del alivio que Steve había sentido desapareció.

—Ella dijo que usted no vendría hasta por la noche.

—Pues se ha equivocado —informó McCord al joven—. Se ha equivocado.

McCord giró sobre sus talones y se encaminó hacia la escalinata. Sus botas crujieron sobre el camino de grava. Subió las escaleras de dos en dos y se detuvo un instante delante del último peldaño, luego se volvió hacia Steve.

—Saca esa maleta del maletero. Pru no se va a ir a ningún sitio.

—Pero ella ha dicho que quería estar fuera de aquí dentro de quince minutos.

—Saca la maleta del coche, Graham. Si no, quedas despedido.

Steve Graham había trabajado para Case McCord el tiempo suficiente como para respetar el peligroso suave tono de su voz, aunque no creyese en la amenaza.

En sus prisas por sacar la maleta del coche, Steve arañó un lado de ésta. Se quedó mirando desalentado el arañazo. Luego suspiró filosóficamente.

Y no cabía la menor duda de que Case McCord estaba furioso.

Prudence Kenyon estaba en la cocina intentando calmar a Martha Hewett, el ama de llaves, cuando oyó las pisadas de McCord en el recibidor. Pru cerró los ojos momentáneamente en señal de profunda irritación y pesar. Debería haberse dado más prisa. No debería haber permitido que la llegada de J. P la distrajese y luego el ataque de nervios de Martha.

Algo había ido mal. McCord había tomado un vuelo de vuelta a San Diego anterior al previsto.

—Oh, gracias a Dios que el señor McCord ya está aquí —dijo Martha al mismo tiempo que su respiración se normalizaba milagrosamente.

—Él se ocupará de todo, Pru, ya lo verás.

La mujer le dio unas palmaditas a Pru en el brazo, e inmediatamente se intercambiaron los papeles de paciente y cuidador.

Pru le lanzó una mirada a Martha. El ataque de angustia parecía haber desaparecido por completo en un abrir y cerrar de ojos, dejando a la mujer con una serena sonrisa y una expresión de alivio reflejada en sus brillantes ojos castaños.

—Felicidades por tu corta recuperación, Martha —observó Pro bruscamente, justo en el momento en que la puerta de vaivén de la cocina se abría con ímpetu.

Los dos camareros que habían llegado con los abastecedores se sobresaltaron. Pru no se tomó la molestia de darse la vuelta. Sabía quién acababa de entrar en la enorme y reluciente cocina.

—Quizás ya no necesite esas pastillas —dijo Pru al ama de llaves.

Pero Martha no le prestaba ninguna atención a Pru. Tenía la mirada fija en el alto hombre que estaba de pie junto a la puerta de la cocina, llenando la habitación entera con su imponente presencia.

—Me alegro tanto de que haya llegado antes de tiempo, señor McCord. Tenemos aquí algo como una crisis. Pero nada que no pueda solucionarse antes de que sus invitados lleguen —se detuvo para luego añadir con voz ronca—. Si habla con Pru, estoy segura de que todo se arreglará. Está un poco disgustada.

—¿Es verdad eso, Pru? ¿Estás un poco disgustada?

Pru oyó la ruda suavidad de su voz y levantó los ojos brevemente al techo con una silenciosa súplica, antes de obligarse a girar sobre sus talones y enfrentarse a él con una fría sonrisa.

—En absoluto, McCord. Todo está bajo control en lo que a mí concierne. Creía que Martha estaba sufriendo uno de sus ataques, pero parece que me había equivocado. Si me perdonáis… Tengo que marcharme ya.

Pru comenzó a caminar, cruzando los dedos mentalmente con la esperanza de que él se apartara de su camino. Pero debería habérselo imaginado, McCord no se movió. Bloqueó la puerta tan eficientemente como una pared, sin decir nada hasta que ella se vio forzada a detenerse. La oscura mirada de McCord la recorrió de pies a cabeza, observando el ceñido jersey verde, los pantalones

vaqueros y las sandalias que llevaba. Resultaba obvio que no estaba vestida para entretener a los personajes que llegarían esa misma tarde al cabo de un par de horas.

—Entonces… —murmuró McCord con demasiada gentileza, mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba en el marco de la puerta—. Hablabas en serio. Realmente tenías pensado marcharte.

Pru respiró profundamente y deseó no sentirse tan temblorosa.

—Claro que hablaba en serio. Tenemos eso en común, McCord. Ninguno de los dos hace falsas amenazas. Lo que ocurre es que me he retrasado un poco, eso es todo. No esperaba que volvieses hasta dentro de una hora.

—Te has retrasado demasiado.

McCord se apartó de la puerta y paseó su mirada por Martha y por los dos hombres con uniformes de camarero.

—No tengo la intención de terminar esta conversación delante de espectadores. Vamos.

Se dio media vuelta y salió al pasillo, claramente esperando que ella le siguiese los pasos.

Pru negó con la cabeza frente a la impresionante arrogancia del hombre.

—Me temo que no tengo tiempo para una discusión, McCord —dijo ella en voz alta sin moverse—. Tengo que ponerme en camino. Y será mejor que te preocupes de organizarlo todo para la fiesta. Hay muchas cosas que hacer antes de que tus invitados lleguen.

McCord estaba ya junto a la puerta del estudio y se volvió para mirarla.

—Al demonio con la fiesta. Si tienes el coraje suficiente como para alejarte de mí, también lo debes tener para mantener una discusión al respecto. Entra aquí, Pru, a menos que quieras tener esta conversación en medio del pasillo.

—No vas a tener ninguna intimidad en el estudio —le avisó Pru mientras avanzaba algo reacia hacia él—. J. P. está ahí.

McCord lanzó una mirada al interior de la confortable habitación.

—Hola, J. P. ¿Nunca te ha dicho nadie que es peligroso verse envuelto en una pelea doméstica? —Dijo McCord adentrándose en el estudio.

Pru lanzó un gruñido. Iba a ser tan terrible como se había

imaginado. Habría sido mucho más sencillo si se hubiera marchado antes de que McCord llegara. Ahora todo sería mucho más difícil, e incluso J.
P. Ar
lington sería testigo. Nada era fácil cuando había que tratar con Case McCord.

No obstante, ella lo había sabido desde el principio.

Pru recorrió el pasillo camino del estudio como si estuviese yendo a un consejo de guerra. Se dijo a sí misma que había sido McCord quien había pasado por un juicio y sido condenado y que ella era el juez y el jurado, no él. McCord tenía la habilidad de darle la vuelta a los papeles. Si no tenía cuidado, se encontraría rindiéndose, cediendo ante él.

Nadie que se hubiera enfrentado a McCord podría comprender lo intimidante y arrogante que podía mostrarse. Había cierto número de factores que contribuían a esa habilidad suya, entre ellos no había que menospreciar su estatura.

McCord era alto, casi medía un metro noventa. Era esbelto, pero duro y fuerte. Su cabello era casi tan oscuro como sus ojos. Pru a menudo había pensado que los ojos de McCord eran la clave. Dominaban su rostro.

Aquellos oscuros ojos contenían tanto una aguda inteligencia como una viva pasión. Inteligencia y pasión podían ser una combinación extremadamente voluble en un hombre, una combinación fatal. Esa mezcla daba como resultado la furia, arrogancia y obstinación puramente masculina; pero también daba sensualidad, lealtad y protección.

En los momentos como aquél en los que estaba enfadado, aquellos brillantes y apasionados ojos eran como dos pozos de terrible peligro. Sólo un loco ignoraría la advertencia.

Pero ella había ignorado las advertencias que emanaban de Case McCord desde el primer momento que le vio, se recordó Pru a sí misma. Había ocurrido hacía seis meses, cuando ella fue a trabajar a la Fundación Arlington para el Desarrollo y la Investigación Agrícola.

Una persona que no supiese nada de Case McCord se habría dado cuenta inmediatamente de que pasaba buena parte de su tiempo trabajando en el campo. Aquella tarde McCord vestía una

corbata de seda, pantalones grises y camisa blanca, pero era sólo porque acababa de volver de la ciudad de Washington de una reunión de la Fundación Arlington. Cuando McCord no tenía un encuentro con científicos, investigadores y personal de las embajadas de otros gobiernos, llevaba generalmente unos pantalones vaqueros y una camisa sin corbata y con el cuello abierto.

No, no le hubiera resultado difícil de imaginar a un observador ajeno que Case McCord se sentía a sus anchas en los ricos y fértiles campos que producían buenas cosechas. Lo que ese observador no habría comprendido era que Case McCord tenía algo más que una buena intuición para cosechas buenas, campos y agua. También tenía una preparación científica muy extensa al respecto.

Case McCord era uno de los muchos expertos investigadores que trabajaban para la Fundación Arlington. Había empezado a trabajar allí hacía tres años y había ascendido rápidamente hasta su alta posición actual porque, además de sus conocimientos científicos, McCord tenía un talento natural para el liderazgo. La Fundación Arlington tenía como tarea las mejoras de las técnicas agrícolas en los países en vías de desarrollo. Como su fundador, el señor J.
P. Ar
lington, decía con su acento tejano, la gente no podía aprender a disfrutar de las ventajas de la democracia hasta que no hubieran descubierto las ventajas de un estómago lleno.

A petición de gobiernos extranjeros y de compañías privadas, la fundación mandaba a sus expertos por todo el mundo. McCord había sido contratado por su conocimiento de la tierra, pero sus responsabilidades actuales entraban ya dentro de la dirección y la organización. El viejo J. P, era lo suficientemente inteligente como para reconocer y utilizar el talento que descubría en el personal que trabajaba para él. El viejo J. P, era muy inteligente también en otros aspectos. Pru lo había descubierto durante los seis meses que había estado trabajando en el departamento de publicaciones de la fundación. A su manera, J. P. era tan inteligente y peligroso como McCord. La idea de entrar en el estudio y enfrentarse a los dos la asustó.

Debería haber mandado al demonio las preparaciones de la fiesta y haberse marchado de la casa de McCord el día anterior.

Bueno, cuanto antes se acabara aquella escena, mejor.

Pru entró en el estudio. McCord estaba de pie con las piernas ligeramente separadas, delante de su escritorio, mirando a J. P. Arlington con frialdad.

J. P. como de costumbre, era un espectáculo. Vestía de acuerdo con el resplandeciente El Dorado que estaba aparcado junto a la casa. El traje de color albaricoque plateado que llevaba no resultaba en absoluto afeminado sobre su enorme esqueleto. Se había quitado el sombrero que hacía juego con el traje, dejando expuestos sus fuertes y plateados cabellos. Tenía los ojos grises y numerosas arrugas los rodeaban. Aquellas arrugas habían sido producidas por años bajo el sol de Tejas. J. P. había heredado la tierra, pero hacía cuarenta años encontró petróleo bajo ella.

Arlington estaba sentado en la silla de McCord, sus botas descansaban sobre la mesa de despacho. Tenía una botella de *whisky* abierta encima de la pequeña mesa que había junto al sillón y un vaso en la mano. Sonrió abiertamente a Pru en el momento en que ella entró en la estancia.

—Bueno, quizás ahora podamos arreglar este pequeño problema antes de que vaya más allá. Te dije que esperases hasta que McCord llegara, ¿no, pequeña? Tratar con McCord es como tratar con una mula. Primero, hay que golpearle en la cabeza con un palo para llamar su atención. Pero una vez que se ha conseguido, te das cuenta de que puede mostrarse bastante razonable. —J. P. se interrumpió para lanzar una mirada al hombre que se encontraba al otro lado del escritorio—. Habla con ella, McCord. Quiero que esto se arregle cuanto antes. Tenemos a toda esa gente a punto de llegar dentro de nada.

—Hablaré con ella —afirmó McCord—, pero no contigo ahí interrumpiendo cada tres minutos. Sal de aquí, J. P. Esto es un asunto entre Pru y yo.

—Que te crees tú que no me concierne, chico. Es una maravillosa editora y una mejor anfitriona. Si acabo teniendo que contratar a otra persona para hacer su trabajo, te responsabilizaré por ello. Ahora, será mejor que hagas algo.

—Sal de mi estudio, J. P. —repitió McCord.

Arlington le miró a él y luego a Pru.

—¿Crees que podrás manejarle tú sola, Pru?

—Sí, claro —dijo Pru con una confianza en sí misma que no sentía—. Puedo arreglármelas yo sola con él.

J. P. se levantó del sillón.

—De acuerdo. Os daré un rato a los dos para que arregléis esta situación —se interrumpió y luego se dirigió a McCord—. Pero espero resultados. No dejes que Pru se vaya de aquí, ¿me has oído?

Con el vaso en la mano, Arlington salió de la habitación dando un portazo.

Pru observó cómo se marchaba y luego se volvió a McCord. Esbozó una radiante y determinada sonrisa.

—Esta conversación es una pérdida de tiempo. Yo quiero ponerme ya en camino y tú vas atener que estar muy ocupado preparándolo todo. Martha sabe lo que tiene que hacer y todo lo que los camareros necesitan son instrucciones generales, pero todavía quedan algunas cosas por organizar. Te sugiero que pongas a Steve a cargo del bar, es muy bueno para esa clase de cosas. Asegúrate antes de que se ponga una camisa blanca limpia. También, cuando los invitados lleguen, no dejes que J. P. empiece a hablar de los días en que descubrió el petróleo en sus campos. Ya sabes cómo se pone cuando empieza a hablar de ese tema. Asegúrate de que Martha sirva el coñac francés. Esta gente que va a venir no espera menos. Aparte de esas pequeñas cosas, estoy segura de que no habrá más problemas.

McCord se apoyó en su escritorio y colocó las manos en sus poderosos muslos. Sus oscuros ojos se empequeñecieron.

—Déjalo ya, Pru. Los dos sabemos que no vas a ir a ninguna parte.

Pru negó con la cabeza.

—Té equivocas —dijo ella suavemente—. La verdad es que me voy, McCord. Te lo dije antes de que partieras para Washington, te dije que ya no estaría cuando volvieses.

—Estabas enfadada cuando me marché. No hablabas en serio.

—Hablaba completamente en serio —le dijo Pru—. Lo que pasa es que no me prestaste ninguna atención.

—Nunca presto atención a amenazas. Eso es lo que intentabas hacer cuando me fui, ¿verdad, Pru? Intentaste que creyera que era

un ultimátum. Deberías conocerme lo suficiente como para saber que no le dedico ninguna atención a la palabrería.

—No es palabrería. Tengo las maletas hechas y estoy lista para marcharme.

McCord apretó los labios.

—Debería dejarte marchar. Eso te serviría de lección.

—Ya he aprendido mi lección, McCord.

—¿Sí? —Dijo él en tono de burla—. ¿Qué lección es ésa? Aún me acuerdo de haberte enseñado algunas cosas interesantes durante los últimos meses.

Mientras el rubor le encendía las mejillas a Pru, los ojos de McCord se pasearon lenta y posesivamente por ella, fijándose en el castaño cobrizo de su cabello y en el claro verde de sus ojos. Él examinó la delicada forma de su suave boca y luego las curvas de sus pequeños senos. Su mirada descendió hasta la curva de sus caderas. No cabía duda de lo que él estaba pensando. Tampoco se podían negar los recuerdos que estaba evocando deliberadamente.

Pru era lo bastante realista como para saber que no era una mujer bella. Era una mujer razonablemente atractiva de una forma natural, pero estaba lejos de ser una belleza. No obstante, en los brazos de McCord, había aprendido lo que significaba sentirse hermosa.

Sintió que el calor se intensificaba en sus mejillas. Los últimos meses con Case McCord habían sido un apasionado interludio completamente distinto a lo que Pru había experimentado en su vida. McCord se había mostrado lo suficientemente inteligente como para suponer, casi al instante, lo muy limitada que había sido la experiencia sexual de ella, y se había encargado de ampliarla. Había experimentado un gran placer enseñándole a responderle a él. Sus enseñanzas habían sido tan magistrales que Pru se había convencido a sí misma de que él la amaba, que la amaba tanto como ella a él. Finalmente, tuvo que admitir que se había equivocado.

Se aferró a su dignidad y su dominio de sí, mientras los recuerdos se agitaban en su mente. No debía mostrar debilidad. Sobre todo en aquellos momentos. McCord se daría cuenta y lo utilizaría contra ella.

Con determinación, le sostuvo la mirada.

—La única lección que he aprendido de ti fue la misma que mi tía Wilhelmina pasó años intentando enseñamos a mi hermana y a mí cuando vivíamos en Spot, Tejas. Es una lección que las madres han intentado enseñar a sus hijas desde que el mundo es mundo.

—¿De verdad? —Dijo él en tono burlón—. ¿Cuál es esa gema preciosa de la sabiduría femenina?

—Dale a un hombre *whisky* gratis y se acostumbrara a no tener que pagar por él. Es muy difícil cobrar a alguien cuando ya está saciado —le dijo Pru con tristeza mientras las palabras de su tía Wilhelmina retumbaban en sus oídos.

McCord levantó la cabeza irritado. Por un instante, su genio amenazó con salirse de control.

—Eso es algo totalmente estúpido e infantil.

—He intentado comportarme contigo como una persona adulta, McCord, pero no ha funcionado. Hace tres meses, cuando me invitaste, o mejor dicho, cuando me informaste de que iba a venirme a vivir contigo, me dije a mí misma que podrías ser domesticado; que, de alguna forma, te darías cuenta de las maravillas de una vida en familia y de una mujer que se preocupase por ti. Pero cuanto más te di, más tomaste. La semana pasada tuve que admitir que la situación no tenía salida. Nunca cambiarías. No quieres casarte ni comprometerte. Sólo quieres las ventajas de tener una mujer en tu casa y en tu cama sin tener que dar nada a cambio.

—Parecías estar sacándole provecho al arreglo —contestó él—. ¿Por qué ahora esas quejas?

—Te lo dije antes de que te marcharas de viaje —le recordó Pru con un suave tono de voz—. Vine a vivir contigo porque creía en nuestro arreglo, como tú lo llamas, creía que haríamos algo importante juntos. Creía que los dos estábamos labrándonos un futuro. Pero después de tres meses bajo tu techo, me di cuenta de que me estaba engañando. Como mi tía Wilhelmina diría, «soñar con un hombre como tú es como intentar ponerle zapatos a un pato».

—Tienes razón respecto a una cosa, si alguien ha engañado algo a alguien has sido tú a ti misma. Sabías que no estaba interesado en el matrimonio —le recordó él con voz ronca—. Nunca he fingido al respecto.

—No —accedió ella con forzada ligereza—. No cabe duda de

que no lo has hecho. Y dejaste muy claro que nunca conseguiría ese tipo de compromiso de ti.

—Por lo que has decidido forzarme, ¿verdad? Pero no te saldrá bien, Pru. Te lo dije antes de marcharme a Washington. No existe la posibilidad de que le permita a una mujer, incluida tú, que me manipule hasta ese extremo.

Pru asintió con la mirada baja y fija en sus manos, intentando calmar el dolor que le habían producido las palabras de McCord.

—Lo comprendo. Has sido muy sincero conmigo. Simplemente, me estaba engañando a mí misma.

—No te hagas la mártir conmigo.

McCord salió de detrás del escritorio y se acercó a la amplia ventana que daba al jardín.

—No va a funcionar, al igual que no ha funcionado el ultimátum.

La boca de Pru se puso tensa.

—Entonces será mejor dejar de desperdiciar mi tiempo y el tuyo. Tengo un largo viaje por delante. Adiós, McCord. Los últimos meses han resultado ser muy interesantes.

Pru dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

McCord se apartó de la ventana al darse cuenta de que ella realmente se iba. La agarró del brazo en el momento en que Pru había alcanzado el picaporte de la puerta. Tiró de ella, obligándole a que le mirase.

—No vas a ir a ninguna parte y lo sabes. No juegues conmigo, Pru.

—¿Cuántas veces tengo que explicártelo? No estoy jugando. Tu equivocación, McCord, es que crees que intento manipularte. Pero no es así. Estoy cortando mis ataduras. Para mí, no hay futuro contigo.

—¿Porque no te pondré un anillo en el dedo?

—Porque, o bien eres demasiado cobarde o, simplemente, demasiado egoísta como para comprometerte. Aún no he conseguido averiguar cuál de las dos razones es aplicable a este caso, pero tampoco importa mucho, el resultado es el mismo.

—¿Crees que me voy a poner de rodillas y que voy a implorarte que te quedes? ¿Crees que por amenazarme con abandonarme conseguirás un compromiso de matrimonio? ¿Es eso?

Pru negó con la cabeza débilmente y miró las manos de McCord, que estaban aferradas a su brazo.

—No lo comprendes, McCord. Es más, creo que nunca lo comprenderías. Eres muy brillante a la hora de conseguir que crezca el trigo en un desierto, pero eres un necio a la hora de comprender en qué se fundamenta una auténtica relación. Por favor, déjame ir. Ya te lo he dicho, tengo un largo viaje por delante.

Él no retiró sus dedos del brazo de Pru. Sus ojos se clavaron en ella.

—¿Dónde va a llevarte ese largo viaje? ¿A los brazos de otro hombre? ¿Es eso, Pru? ¿Acaso tienes ya otro hombre esperando? ¿Alguien a quien has tenido en reserva por si no podías manipularme o casarte conmigo? ¿Quién es él? ¿Sabe lo que has aprendido en mis brazos? ¿Cómo temblabas cuando te tocaba en mitad de la noche? ¿Crees que encontrarás con otro hombre lo que has encontrado conmigo?

—Puede que seas muy bueno en la cama, pero eso no es suficiente. No para mí. Ahora, ¿tendrías la amabilidad de soltarme el brazo? Me haces daño.

Por primera vez en aquel día, Pru se sentía furiosa. Era peligroso dejar que cualquier emoción fuerte asomara y se opusiera a la compostura que se había impuesto a sí misma. McCord aprovecharía la brecha y la usaría en beneficio propio.

—Tú no te vas a marchar de aquí —le dijo McCord, pronunciando cada palabra con un peligroso énfasis, luego se miró la mano que todavía aferraba el brazo de Pru y, con un obvio esfuerzo, la soltó—. No puedes hacerlo.

—¿Por qué no?

Pru abrió la puerta de par en par. Su calma estaba desapareciendo rápidamente. Tenía que salir de la casa inmediatamente.

—Sabes muy bien por qué no —le dijo McCord siguiéndola por el pasillo, hasta la puerta de la entrada—. No puedes dejarme porque estás enamorada de mí y lo sabes.

Pru no se detuvo. Él lo sabía. Ella había tenido la esperanza de salvar su orgullo hasta ese punto, pero no había tenido tanta suerte. No debería haberla sorprendido que Case McCord supiese perfectamente lo que sentía por él. Aquel hombre era demasiado

listo para que una mujer estuviese segura con él.

No encontró palabras para responder a aquel desafío. Era la verdad y resultaba insoportablemente obvio que ambos lo sabían. Pru no vio razón alguna para añadir su humillación al reconocimiento de ese hecho. Salió por la puerta consciente de que McCord la seguía.

Steve Graham estaba junto al coche y las maletas a su lado, en el suelo. Miró a Pru angustiado cuando ella apareció por la puerta. Los ojos de Graham la miraron y luego se fijaron en la furiosa expresión del hombre que estaba detrás de Pru.

—¿Aún no has metido esas maletas en el maletero, Steve?

Pru comenzó a bajar la escalinata.

—El señor McCord me dijo que no lo hiciera. Dijo que no te marcharías.

—Estaba equivocado. Me voy. Si no las metes tú en el coche lo haré yo.

Steve se inclinó para coger una de las maletas.

—Si eso es lo que quieres, lo haré yo, Pru.

Luego, Steve le lanzó una mirada desafiante a McCord, quien le ignoró.

—Si crees que me vaya a poner de rodillas y empezar a suplicarte, es que estás loca.

McCord estaba de pie en el último escalón dispuesto para presentar batalla.

—Este juego no va a funcionar. Enfréntate a ello y deja de comportarte como una melodramática quinceañera amenazándome con escaparse de casa porque no puede conseguir lo que quiere.

Pru no dijo nada y Steve cerró el portaequipajes del coche con un golpe. No había nada más que decir. Sin pronunciar palabra, Pru se subió al Ford, se ajustó el cinturón de seguridad y giró la llave del motor. Un momento después estaba tomando velocidad.

Una mirada por el espejo retrovisor le devolvió la imagen de J. P., Martha y Steve; todos ellos estaban alrededor de Case McCord. Después de esa última mirada, Pru no volvió la vista atrás.

McCord se quedó observando el pequeño Ford rojo hasta que éste desapareció. Nadie dijo nada. Cuando finalmente se dio media vuelta para entrar en la casa, vio tres rostros acusadores.

Durante un instante, nadie habló; luego, fue Martha quien dijo

en tono pesaroso:

—Se ha ido.

—Eso es obvio, ¿no? —Replicó McCord—. Sugiero que empieces a moverte, Martha. Aparentemente, hay muchas cosas que hacer antes de que comiencen a llegar los invitados. No tienes tiempo para que té de otro ataque. Steve, tengo entendido que vas a encargarte del bar esta tarde. Ve y empieza a Organizarlo todo. Intenta no dejar botellas y vasos por todos los lados esta noche como haces con las herramientas de jardinería. ¿Por qué me estáis mirando los tres así? No es culpa mía. Ha sido Pru quien se ha marchado dos horas antes de la fiesta.

—No la culpes a ella —murmuró J. P.—. No quería nada más que lo que una encantadora chica de Tejas tiene el derecho a esperar de un hombre. Has sido completamente feliz durante los últimos meses. Recibiste todo lo que querías, ¿no? Pero nunca notaste que la dulce y encantadora Pru estaba sufriendo en silencio. Sólo era una cuestión de tiempo que se marchara. Es sorprendente que le haya costado tanto tiempo. Al margen de una maravillosa anfitriona, he perdido una excelente editora.

—Voy a echarla de menos —señaló Steve tristemente—. Estábamos empezando a dejar el huerto del jardín muy bien. No estará aquí para ver qué tal nos han salido los tomates.

Martha tuvo que echar mano del pañuelo.

—Era una persona muy comprensiva. No mucha gente entiende lo que es sufrir ataques de nervios.

Los ojos de McCord brillaron con frustrada furia.

—No quiero escuchar más lamentos. Tenemos muchas cosas que hacer antes de la fiesta. Todo el mundo a moverse.

McCord se abrió paso entre el pequeño grupo, recorrió el pasillo y entró en el estudio. Ni siquiera J. P. intentó detenerle.

Una vez allí, cerró la puerta de un golpe, se acercó hasta el escritorio y cogió la botella de *whisky* que J. P. había dejado allí. Había otro vaso en una pequeña estantería junto a la mesa de despacho. McCord lo llenó con le el líquido de color ámbar y luego se acercó a la ventana.

Ella se había ido. La luz del sol de la tarde aún se filtraba por los cristales, pero aquel lugar ya le parecía vacío y oscuro. Era como si al marcharse, ella hubiera apagado todas las luces.

La mano de McCord se aferró al vaso de *whisky*.

Capítulo 2

Una semana después de su apoteósica salida de la casa de Case McCord, Pru se encontraba tumbada en una hermosa hamaca junto a la piscina de su hermana, en Pasadena. Una gran sombrilla de mesa la protegía de los rayos directos del sol. Hacía calor a principios de verano en Los Ángeles y Pru se encontró pensando en lo agradable que se estaría en el jardín de la casa de McCord en un día como aquél. Su preciosa casa sobre una colina de La Jolla, al norte de San Diego, poseía una maravillosa vista del océano. Iba a echarla de menos en días como aquél.

La vista desde el jardín de McCord no era lo único que iba a echar de menos, reflexionó mientras observaba a su pequeña sobrina jugando feliz con la fresca y cristalina agua de la piscina. De repente, fue inundada por otra ducha de agua fría. Pru ya estaba tan mojada por los juegos de su sobrina con el agua que había empezado a considerar cambiarse de ropa.

Antes de tomar una decisión al respecto, Annie Gates asomó su atractiva y rubia cabeza por la puerta de la cocina y llamó a su hermana.

—Oye, Pru, ¿quieres un vaso de limonada?

—Yo sí —gritó la pequeña Katy desde la piscina.

Para no ser menos, su hermano Dave se sumó al requerimiento.

—Yo también.

Annie arrugó la nariz en señal de cariñosa amonestación.

—¿Sois vosotros los mismos que no podíais con más coles de bruselas en la comida?

—Ahora tengo hambre —le aseguró Katy a su madre.

Yo también —repitió Dave como era de esperar.

El niño tenía dos años menos que su hermana, pero era muy rápido para asimilar ciertas cosas. Observando a Katy, aprendía rápidamente que mostrarse enérgico se recompensaba en este mundo.

Pru sonrió a su hermana mayor.

—Si estás haciendo limonada, será mejor que prepares una buena cantidad.

—Ya veo, si la respuesta es tan buena…

Annie desapareció en la moderna cocina. Cuando volvió a salir unos minutos más tarde, llevaba una enorme jarra de limonada con cuatro vasos de plástico.

—Muy bien, todo el mundo a coger su vaso.

Katy y Dave no necesitaron una segunda invitación. Salieron de la piscina para recoger sus vasos y luego se sentaron en sus hamacas para beber la limonada.

—Justo lo que necesitaba —le dijo Pru a su hermana mientras extendía la mano para coger su vaso.

—No eres tú la única.

Annie se sentó en una silla, se recostó y colocó los pies en el extremo de la hamaca de Pru.

—Este verano está siendo muy caluroso. Casi me recuerda a los veranos de Spot. Casi, pero no del todo. ¿Qué tal te encuentras?

Pru sonrió y bebió un poco de limonada.

—Bien. ¿Hay alguna razón por la que no debiera sentirme bien?

—No, claro que no —dijo Annie, dando un suspiro—. Perdona si me estoy comportando de forma maternal, pero como no tienes un marido merodeando a tu alrededor y molestándote, me siento obligada a ocupar su lugar.

—Té lo agradezco —respondió Pru con ternura—, pero no es necesario. De verdad que me encuentro bien.

—¿O al menos tan bien como una mujer puede esperar sentirse cuando se encuentra soltera y embarazada?

—Tengo veintisiete años, Annie. No soy una ingenua quinceañera que se haya metido en un terrible lío.

—No, eres una ingenua de veintisiete años que se ha metido en un lío. Ese sinvergüenza…

Pru agitó la cabeza. No tenía mucho que decir. Annie ya se había formado una opinión de Case McCord. Annie era una hermana mayor protectora y no estaba inclinada a comprender al hombre que había dejado: embarazada a su hermana menor.

—Ya te lo he dicho, Annie. Él no sabe que estoy embarazada.

—¿Habría cambiado en algo las cosas? —Le preguntó Annie irritada.

Pru se quedó indecisa.

—No lo sé. Si él no estaba interesado en casarse conmigo por mí misma, tampoco yo quería que se casara por lo del niño.

—Eres demasiado orgullosa, Pru, yeso no te beneficia.

—Puedo arreglármelas sola. Muchas mujeres lo hacen.

—¡Eso no significa que esté bien!

—Lo sé —respondió Pru, encogiéndose de hombros—. Pero estas cosas ocurren.

—Nunca deberías haberte liado con él.

No era la primera vez que Annie hacía esa observación.

—El día que me llamaste para decirme que te ibas a vivir a su casa, supe que te estabas metiendo en un verdadero atolladero. Te ha utilizado.

—En su momento —comenzó a decir Pru reflexivamente—, creí que me necesitaba. Esperaba que me amase. Pero sólo me deseaba.

—Pues claro que te deseaba. Caíste a sus pies, ¿no? Los hombres siempre están dispuestos a coger lo que pueden, especialmente si no tienen que pagar por ello.

Los ojos de Pru se agrandaron y luego su sonrisa se transformó en abiertas carcajadas.

—Estás hablando como la tía Wilhelmina.

—Puedes estar contenta de que la tía Wilhelmina no sepa nada todavía. Cuando se entere le va a dar un ataque de histeria.

—No, no lo creo. Simplemente llegará a la conclusión de que hay sangre mala en la familia. No le sorprenderá. Sin duda, sospechaba que ocurriría algo —dijo Pru humorísticamente, pensando en la severa y rígida tía que las había educado.

—Siempre ha actuado con buena intención. Y ha hecho verdaderos esfuerzos por paliar la ligereza de nuestra madre.

Después de haber vivido separada de su tía Wilhelmina durante varios años, Annie estaba deseosa de tener la mente abierta al

respecto.

—Algún día recogerá la recompensa celestial destinada a las mártires solteronas que tienen que criar a los hijos ilegítimos de su hermana. —Annie se detuvo y después añadió secamente—. ¿Cuándo vas a contarle que no sólo te fuiste a vivir con un hombre unos meses sino que también te dejó embarazada?

—Se lo contaré cuando no tenga más remedio —respondió Pru bruscamente—. La tía Wilhelmina no ha madurado mucho con la edad y lo sabes muy bien. No tengo ganas de que me empiece a contar lo de los hombres que beben el *whisky* gratis y luego no pagan.

—Te voy a decir una cosa —dijo Annie en voz baja mientras sus ojos se fijaban en su hija—. Cada vez que pienso en Katy cuando crezca un poco y empiece a salir con chicos, comprendo más y más el punto de vista de la tía Wilhelmina. Ya sé que suena reaccionario y cínico, pero quiero decirle a mi hija que no se arriesgue a entregarse a un hombre hasta que no esté muy muy segura de él.

—Hasta que él no supere la prueba y ponga el anillo en su mano, quieres decir.

—Acéptalo, Pru. No te encontrarías en esta situación si hubieras seguido los consejos de la tía Wilelmina.

Pru miró a su hermana directamente.

—¿Vas a decirme que no te acostaste con Tony hasta que no estuviste casada? Porque no te creo. Estabas loca por él, y él no te quitaba las manos de encima.

Annie se ruborizó y luego sonrió.

—Bueno, al menos estaba relativamente segura de sus sentimientos por mí antes de hacer el amor. Eso es más de lo que tú puedes decir, ¿no es cierto, Pru? Sabías desde el principio que estabas corriendo un enorme riesgo con Case McCord.

—Al menos, fue sincero conmigo —respondió Pru con serenidad —. Me dijo desde el principio que no tenía ninguna intención de casarse.

—¿Y no le creíste?

—Pensé —murmuró Pru— que podría hacerle cambiar de idea. Creía que, en el fondo, mostraría que era un hombre de buena familia. Era muy casero. Las únicas noches que no estaba en casa conmigo eran las que estaba viajando para la Fundación. Pondría

mi mano en el fuego en que durante el tiempo que estuvimos juntos me fue fiel.

—No habéis estado juntos tanto tiempo. Quizás la novedad aún no había pasado.

—Te estás volviendo muy cínica últimamente, Annie.

—Me vuelvo más cínica cada vez que pienso en lo que te ha hecho.

—Sabía lo que estaba haciendo y sabía el riesgo que estaba corriendo —señaló Pru—. También sabía, cuando le dije que quería hacer planes serios para el futuro, que probablemente estallaría.

—¿Cuándo te enfrentaste a él?

—El día que volví de la clínica, después de enterarme definitivamente de que estaba embarazada. Llevé la discusión de forma equivocada. Ahora lo sé. Pero estaba muy susceptible y emocionada aquel día.

—Apuesto a que sí lo estabas —dijo Annie llena de comprensión —. ¿Así es que le lanzaste un ultimátum?

—A McCord no le gustan los ultimátums. Iba a salir al día siguiente de viaje a Washington. Le dije que si no estaba dispuesto a hablar de nuestro futuro, no me encontraría en su casa cuando volviese. Supongo que conseguí convencerme a mí misma de que me amaba y de que se daría cuenta cuando se enfrentara a la posibilidad de perderme.

—Pues supusiste mal.

Pru se encogió de hombros.

—Él asumió que yo intentaba manipularle, forzarle. Y, en cierta forma, supongo que es verdad.

—Deberías haberle dicho que estás embarazada.

Pru cerró los ojos, recordando la escena del estudio antes de abandonar por última vez la casa de McCord.

—No podía hacerlo. Yo quería que él me quisiese. No deseaba que me ofreciera casarse conmigo sólo por obligación. Creo que lo habría hecho. Tiene un rígido sentido del deber. Pero la verdad es que él habló en serio desde el principio. No quiere casarse. No quiere un compromiso a largo plazo. Debería haberle creído.

—¿Cuánto tiempo habrías vivido con él de no haberte quedado embarazada?

—No lo sé, Annie. Quería más de él que lo que estaba dispuesto

a dar. Lo quería desde bastante antes de quedarme embarazada. Deseaba un compromiso desde el principio. Supongo que las enseñanzas de la tía Wilhelmina han hecho su efecto en mí.

—No es culpa de la tía Wilhelmina —declaró Annie—. Es cuestión de tu forma de ser. Eres la clase de mujer que se entregaría completamente en una relación. Eres generosa, cariñosa y terriblemente leal. Una parte de ti desea la misma respuesta por parte del otro. Intentaste forzar esa respuesta de un hombre que no tenía intención de darla. Ésa fue tu primera equivocación. Quedarte embarazada fue la segunda. ¿Cómo ocurrió?

—De la forma acostumbrada.

—Esto no es un juego, Pru. ¿Qué salió mal? ¿Fallaron los anticonceptivos?

Pru bebió un largo sorbo de limonada.

—No exactamente. Hubo una noche que no usamos nada. Tuve mala suerte.

—¿Pero por qué te arriesgaste?

Pru arqueó las cejas por encima del borde del vaso.

—¿Quieres que te lo cuente con pelos y señales?

Annie sonrió.

—Claro que no. Sólo me preguntaba cómo podías haberlo olvidado cuando ni tú ni McCord queríais una sorpresa.

—McCord había estado fuera en el campo durante diez días.

—Ah —dijo Annie, asintiendo con la cabeza—. Diez días de abstinencia le hicieron no tener cuidado, ¿verdad?

—No —dijo Pru pensativa—. Diez días examinando los problemas de la sequía en África acabaron con él. No puedes imaginarte lo que es eso, Annie. McCord tuvo que presenciarlo allí mismo. La Fundación Arlington está estableciendo unos programas para enseñar el manejo agrícola básico a los agricultores de un par de países africanos. También está diseñando unos programas más sofisticados de entrenamiento para investigadores y científicos allí. Pero McCord no se quedó en las ciudades. Fue al campo para verlo con sus propios ojos. Los campos… y la gente que está muriendo en ellos.

Pru se interrumpió, recordando la sombría expresión de McCord la noche que regresó. La cruda realidad de lo que había visto había hecho su impacto en él. McCord podía no ser capaz de

comprometerse con una mujer, pero estaba muy comprometido con su trabajo.

—Creo que estoy empezando a imaginarme lo que ocurrió. Estaba cansado y, probablemente, se sentía impotente respecto a semejante problema. Añade a eso la abstinencia y un viaje largo y tienes un hombre que no puede pensar con claridad sobre ciertas cosas —concluyó Annie, dando las primeras muestras de comprensión respecto a McCord.

—Se fue directamente a la cama. Y yo también. —Pru se interrumpió para lanzar un profundo suspiro—. Pero se despertó a mitad de la noche y, bueno, esas cosas que ocurren.

Pru no intentó explicar el resto. No había forma de expresar el urgente y primitivo deseo que brillaba en los ojos de McCord aquella noche en la enorme cama. No había forma de describir la reacción de Pru ante el deseo de él.

Después de diez días de encontrarse solo con la muerte, McCord buscaba la vida. Se aferró a Pru y ella se había echado en sus brazos sin dudarlo un instante.

—Ya veo —dijo Annie con ternura.

Annie se quedó en silencio unos momentos, sus ojos se desviaron hacia aquellos dos niños que era poco probable que padeciesen hambre en su vida. Luego cogió su vaso de limonada.

Y de esa manera tu vida cambió por completo.

Sí.

Se hizo un profundo silencio durante un largo rato, mientras ambas mujeres observaban a los niños, que se volvían a meter en el agua. Pru volvió a relajarse y se recostó en la hamaca. Su mano fue a descansar inconscientemente sobre su vientre. De vez en cuando, se permitía dudar sobre si su hijo tendría el mismo cabello oscuro de McCord y sus profundos ojos.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, Pru —dijo finalmente Annie con sinceridad—. A Tony no le importa en absoluto.

—Los dos os habéis portado muy bien conmigo, pero no me quedaré por mucho más tiempo. Creo que me quedaré con el apartamento que estuvimos viendo ayer.

—¿El que está cerca de CalTech? Es una zona muy buena. Si consigues ese trabajo que fuiste a ver el lunes, todo será perfecto. O

casi perfecto —añadió Annie con sentido práctico.

—Hablando de Tony —aventuró Pru.

—¿Sí?

—Aún no le has contado lo de mi embarazo, ¿verdad?

—No, claro que no. Te prometí que no lo haría, ¿lo recuerdas?

—Sí, perdona.

Annie sonrió a su hermana.

—No podrás mantenerlo en secreto por mucho más tiempo, Pru.

—Lo sé. Lo que ocurre es que ha sido todo tan repentino. La idea de estar embarazada me resulta muy extraña. Necesito un poco de tiempo para acostumbrarme.

—Lo comprendo. —Annie estaba a punto de añadir algo cuando fue interrumpida por el sonido del timbre de la puerta—. Parece que tenemos visita. Volveré enseguida. Vigila a los niños mientras tanto.

—Claro.

Pru observó cómo su hermana se adentraba en el interior de la casa y después volvió su atención a Katy y a Dave, que estaban ocupados jugando.

—¿No vas a meterte otra vez en la piscina, tía Pru? —Preguntó Katy desde el colchón de goma.

Dave estaba muy ocupado intentando tirar a su hermana al agua.

—Dentro de un poco —respondió Pru.

Dobló las piernas en su asiento y se inclinó hacia delante para poder observar mejor a los niños. Los dos estaban familiarizados con el agua, pero aún eran pequeños y vulnerables. Annie y Tony les cuidaban mucho.

Ella también cuidaría a su propio hijo, reflexionó Pru, sintiéndose sabía y maternal, pero no se extralimitaría. Los niños necesitaban espacio para sí mismos. Espacio para crecer y para cometer sus propias equivocaciones.

Hasta cierto punto.

Pru pensó que si tenía una hija haría lo que pudiese para prevenirla contra el mismo error que ella había cometido, al igual que su tía Wilhelmina había intentado prevenirlas a ella y a su hermana de que no cometieran la misma equivocación de su madre.

Pru salió de sus filosóficas reflexiones por el sonido de la voz de

su hermana. Annie, por alguna razón, parecía irritada. Pru no podía comprender las palabras, pero captó el tono. Automáticamente miró en dirección a la puerta de la cocina, justo en el momento en que ésta se abría bruscamente.

No fue Annie quien apareció por la puerta primero. Era Case McCord.

El vaso de limonada de Pru se balanceó precariamente en su mano, derramando unas dulces y pegajosas gotas en sus muslos desnudos. Toda su atención se centró en el hombre que se estaba aproximando a ella.

Una peligrosa y engañosa llama de esperanza se avivó en el corazón de Pru en ese mismo momento, y se dio cuenta de que nunca se había extinguido por completo. Parte de ella había estado alimentando esa esperanza desde el día en que salió de la casa de McCord en La Jolla.

Los ojos de él se clavaron en el rostro de Pru inmediatamente, Y ella se sobresaltó por el impacto de su oscura y penetrante mirada. Se quedó sentada inmóvil en la hamaca, sin apenas atreverse a moverse. La autenticidad de la presencia de McCord era casi más de lo que podía creer.

Con un deseo que esperaba no fuese advertido, Pru le examinó. Iba vestido como de costumbre: pantalones vaqueros y camisa de manga larga remangada hasta los codos. Su cabello estaba ligeramente alborotado, como si se hubiera pasado la mano descuidadamente en un gesto de impaciencia. Sus botas sonaron sobre los azulejos del patio. Llegó hasta Pru a largas zancadas.

Pru apenas fue consciente de la irritada Annie que, arrastrada por la fuerza de McCord, le había seguido y ahora le gritaba:

—¡Maldita sea! Usted no tiene derecho a entrar aquí así, ladrando. Mi hermana tiene derecho a decidir si quiere verle o no. No quiero que se la moleste, ¿me oye?

—¿Mama? ¿Qué pasa?

Katy dejó de jugar para lanzar una mirada curiosa al recién llegado. A su lado, Dave también se quedó quieto. Sus azules ojos se fijaron en el extraño con gran interés.

—No pasa nada —declaró Annie forzadamente—. Este hombre dice que quiere ver a vuestra tía Pru, eso es todo. Seguid jugando.

Annie se dirigió a Pru:

—No supe quién era hasta que no estuvo dentro de la casa, Pru. Lo siento. No tienes por qué hablar con él si no quieres.

McCord habló por primera vez delante de Pru.

—Hablará conmigo —anunció con un tono suave y tranquilo de voz—. ¿Verdad, Pru?

Muy despacio, Pru movió las piernas y se sentó al borde de la tumbona. Sus ojos no abandonaron el rostro de McCord ni por un momento.

—¿Qué estás haciendo aquí, McCord?

La sonrisa de él era irónica, triste y extrañamente tierna. Sus oscuros ojos estaban ensombrecidos.

—Sabes la respuesta, ¿no es cierto, Pru? He venido a verte.

El pulso de Pru latía con demasiada fuerza, demasiado rápido.

—¿Por que?

Él se agachó frente a ella con lo que sus miradas se encontraron al mismo nivel.

—Creo que también conoces la respuesta a esa pregunta. He venido para llevarte a casa conmigo. Allí es donde tú quieres estar y donde yo quiero que estés.

Ella agitó la cabeza, se sentía mareada. No podía creer que McCord estuviese allí. Él no era la clase de hombre que corría detrás de una mujer, de ninguna mujer.

—No sé qué decir —susurró Pru.

Él extendió las manos y cogió las de Pru entre las suyas.

—Normalmente no sueles quedarte sin habla.

McCord se puso en pie y obligó a Pru a que hiciese lo mismo.

—¿Por qué estás tan sorprendida, cariño? ¿Acaso no esperabas verme uno de estos días?

—No —respondió ella sinceramente mientras su mente comenzaba a despejarse—. Asumí que hablabas en serio cuando dijiste que no tenías ninguna intención de correr detrás de mí. Tú siempre hablas en serio, McCord.

—Puedo cometer errores como todo el mundo.

Pru reconoció la familiar arrogancia que había detrás de aquellas palabras.

—No me cabe la menor duda. Lo que pasa es que no esperaba que los admitieses. Al menos, no tan pronto.

Él rió suavemente y le apretó la mano.

—Vámonos a algún sitio donde podamos hablar. Son casi las cinco y media. Ve a cambiarte de ropa y nos iremos a cenar y a tomar una copa. No necesitamos público.

McCord señaló a los dos niños y a Annie, que se encontraban observando el encuentro con toda atención.

Las palabras de McCord sacaron a Annie de su involuntario silencio. Annie miró a su hermana.

—No tienes que ir a ninguna parte con él, Pru.

—Lo sé —respondió Pru, mirando a McCord—. Dame una razón para que vaya contigo, McCord.

—¿Para venir conmigo?

La arrogancia de él se percibía ahora con más fuerza. Resultaba evidente en la forma en que arqueó las cejas y el modo en que su sonrisa se endureció. No estaba acostumbrado a justificar sus actos.

—¿Necesito darte una razón? ¿No quieres venir conmigo, Pru?

—No si tienes la impresión de que lo nuestro va a volver al mismo lugar en que estaba antes. No estaba sufriendo un ataque de histeria el día que me marché. Y tampoco lo hice presa de ira. Me fui porque era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias. Y no he cambiado de idea.

—Yo sí —le dijo él simplemente.

Ella le miró fijamente.

—¿Que has cambiado de idea?

—Dejaste muy claro que todo se había terminado si no nos casábamos. Quiero que vuelvas. Si la única forma en que puedo tenerte es casándome, no hay nada más que discutir. Ve a cambiarte de ropa, Pru. Iremos a algún sitio tranquilo donde podamos hablar de nuestro matrimonio.

La boca de Pru tembló mientras intentaba responder algo. Pero ninguna palabra afloró sus labios. Pru se volvió para mirar a su hermana, en busca de una señal que le indicase cómo manejar la situación. Pero Annie parecía sumida en sus pensamientos.

—Ve a vestirte, Pru —dijo Annie con voz suave—. McCord tiene razón. No podéis mantener una conversación tranquila aquí con todos nosotros.

Pru miró a McCord. La expresión de su rostro era tranquila y observadora, ligeramente expectante, como si tuviese miedo de que ella saliera corriendo.

Pensar que él esperaba que ella se comportase de forma tan ridícula envió una cierta cantidad de adrenalina al sistema nervioso de Pru, proporcionándole fuerza. Con un frío asentimiento de cabeza, se disculpó Y se encaminó a las puertas correderas de cristales que daban al cuarto de estar. Un momento después, Pru desapareció en el interior de la casa.

McCord la observó mientras se iba, consciente de que su cuerpo se ponía rígido sólo con ver las redondeadas nalgas de Pru cubiertas por el bikini rojo que llevaba. Sólo Dios sabía cuánto la había echado de menos. La última semana había sido una de las más frustrantes y terribles que había pasado en su vida.

—Ella estaba casi segura de que no iría a buscarla —señaló Annie secamente, interrumpiendo los pensamientos de McCord.

McCord volvió su atención hacia la hermana de Pru. No se parecía mucho a Pru. Annie era una mujer rubia con los ojos azules, mientras que el cabello de Pru era mucho más largo y oscuro con tonos cobrizos. También le gustaban mucho más los verdes ojos de Pru. Vio una hostilidad producida por el sentimiento de protección en la mirada de Annie y suspiró para su adentro. No estaba sorprendido.

—Tampoco me he presentado como es debido, señora Gates.

—No se preocupe por eso. Me imaginé quién era. ¿Habla en serio respecto a casarse con Pru, o es sólo un truco para que vuelva a San Diego con usted?

McCord sintió una leve oleada de irritación ante el claro escepticismo de la expresión de Annie. Con frialdad, reprimió su ira.

—Hablo completamente en serio. De lo contrario, no lo habría mencionado.

—¿Cuándo?

Él la miró sin comprender.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo va a casarse con ella? —Preguntó Annie impaciente.

—Tan pronto como sea posible.

—Muy bien —respondió Annie—. Creo que es lo mejor.

Annie volvió de nuevo su atención a la piscina.

—Vamos niños. Es hora de que salgáis de ahí, tenéis que cenar.

Katy y su hermana subieron con reluctancia los escalones de la piscina.

—¿Va a cenar con nosotros él, mamá? —Preguntó la niña con los ojos fijos en McCord.

—No —respondió su madre—. Va a llevar a la tía Pru a cenar fuera. Vamos, daos prisa.

Annie volvió a dirigirse a McCord:

—Siéntese, señor McCord. Mi hermana volverá dentro de unos minutos.

Annie se encaminó hacia el interior de la casa, pero se detuvo bruscamente cuando McCord dijo:

—Cuidaré de su hermana, Annie.

Los ojos de Annie se clavaron en él.

—No va a ser tan fácil como cree, McCord.

—¿Qué es lo que no va a ser tan fácil?

—Convencerla de que se case con usted. Ya ha hecho usted un trabajo muy bueno convenciéndola de que no quería casarse con ella.

Annie continuó su camino hacia la casa.

McCord se quedó junto a la piscina pensativo. Annie tenía razón. Había hecho un buen trabajo convenciendo a Pru de que nunca se casaría con ella. Había sido sincero al respecto desde el principio, a pesar de que entonces le preocupó la posibilidad de poder perderla por ello. Pero Pru se había arrojado a sus brazos con toda su dulce y apasionada generosidad. Luego se había ido a vivir con él y había comenzado a transformar su casa en un hogar. En lo que a McCord concernía, la relación entre Pru y él era más sólida que la de la mayoría de los matrimonios. Él se había puesto furioso y le había sorprendido la insistencia de Pru por hablar de su futuro. Ver cómo su dulce, generosa y apasionada Prudence se convertía en una caprichosa y exigente mujer que se atrevía a amenazarle con aquel ultimátum le enfureció. Decidió inmediatamente que el modo más efectivo de enseñarle que no iba a dejarse manipular por una mujer era no hacerle caso.

Pero el ultimátum de Pru había sido completamente serio.

El día siguiente a la partida de Pru, McCord se repitió una y mil veces que volvería. Ella le amaba, de eso estaba seguro. Estaba convencido de que, cuando el primer estallido de ira se calmase, ella volvería corriendo a arrojarse en sus brazos.

No salió de su sorpresa de que ella hubiese llevado su amenaza a

cabo hasta que la cuenta de la clínica llegó a su casa. Hasta el momento en que abrió el sobre y examinó el contenido. Muchas cosas le resultaron claras súbitamente. Por sí sola, Pru muy bien podía haber vuelto junto a su amante. Pero ya no estaba sola. Estaba embarazada.

Llevaba en sus entrañas a su hijo; el hijo de un hombre que había proclamado con suma arrogancia que no tenía ningún interés en casarse. Fue entonces cuando McCord se dio cuenta exactamente de lo que se escondía tras la decisión de Pru de abandonarle.

Esa misma noche, McCord tendría que volver a tranquilizarla, a calmar sus inseguridades y sus miedos hasta que ella volviera a sentirse segura con él una vez más. Porque ya no había otra opción. En el instante en que se enteró de que Pru estaba embarazada, todo el mundo de McCord cambió.

Ya no podía permitir que el pasado moldease su presente.

McCord estaba de pie y sólo bajo el sol que calentaba los azulejos del patio y pensó en el pasado. En los tres últimos años, durante los cuales había cortado con todo su mundo anterior. Se había dicho a sí mismo que podía vivir sin el pasado y sin la gente que había conocido hasta entonces. Se había alejado del obstinado y orgulloso hombre que era su padre, del amargo recuerdo de la muerte de su novia y del hijo que llevaba en sus entrañas en aquel terrible momento. También se había alejado de su herencia.

Pero ahora se iba a casar e iba a tener un hijo. Todo había cambiado.

Capítulo 3

Pru pidió un zumo de frutas en vez de su acostumbrado vaso de vino cuando la camarera se les aproximó para tomar nota de los aperitivos. McCord la miró con una expresión de sorpresa.

—¿Has decidido rendirle honor a tu nombre esta noche? ¿Tienes miedo de que el alcohol te afecte el cerebro?

—Creo que un poco de prudencia me vendrá bien.

Pru había recobrado el control. Allí, sentada frente a él en el agradable bar que había junto al comedor del restaurante, Pru fue capaz por fin de mirarle de forma cauta y racional.

Era demasiado pronto para confesarle que estaba embarazada Y que evitaba el alcohol sólo por esa razón. Tenía que actuar con sumo cuidado. McCord, como de costumbre, iba muy rápido. La última vez que había sido tan rápido, ella había accedido a vivir con él.

McCord llevó sus manos al otro extremo de la mesa y cogió las de Pru. Sus ojos estaban ocultos en las sombras, pero el oscuro fuego que emanaba de ellos era bastante evidente para alguien que le conociese tan bien como Pru pensaba que le conocía.

—No tienes por qué preocuparte, cariño. Si acabamos en la cama esta noche será porque tú lo hayas querido, no porque te haya emborrachado yo para seducirte. Ten un poco de confianza en mí. Nunca he utilizado esas tácticas contigo.

—Nunca has tenido que hacerlo —se oyó a sí misma admitir Pru.

El zumo de frutas y el *whisky* de McCord llegaron antes de que él

pudiera responder. Cuando la camarera se alejó, Pru se quedó contemplando su bebida.

—¿Te preocupa, Pru? —Preguntó McCord con voz dulce—. Me refiero al hecho de que tú me desearas tanto como yo a ti.

Él levantó la cabeza con ojos serios y un tanto turbados.

—No me avergüenzo de lo que sentía por ti, pero creo que eso te ponía las cosas más fáciles y muy difíciles para mí.

—Estás enamorada de mí, ¿verdad, Pru?

La mirada de McCord era directa, no permitía evasivas.

—Ése es el quid de la cuestión. Es la razón por la que te acostaste conmigo y la que te hizo, finalmente, acceder a venir a vivir a mi casa.

Ella forzó un pequeño encogimiento de hombros.

—Parece que siempre tienes la respuesta para todo, ¿no, McCord?

—¿Vas a negarlo?

—No. No tiene sentido. De todos modos, no importa. Creerás lo que quieras creer. La verdadera cuestión es qué sientes tú por mí.

McCord parpadeó por la forma en que ella había tornado los papeles.

—Quiero que vuelvas. Te quiero en mi cama y en mi casa. Me he dado cuenta de que necesitas la seguridad del matrimonio para ser feliz. Deseo, por lo tanto, darte esa seguridad.

Pru apartó a un lado su vaso de zumo Y se inclinó hacia adelante para hacer la única pregunta que tenía importancia.

—¿Estás enamorado de mí, McCord?

Él se quedó en silencio durante unos momentos.

—No lo sé —dijo él con brusca sinceridad—. ¿Tú qué piensas?

Pru sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Yo creo que sí, pero por alguna razón que no conozco, te va a costar mucho admitirlo. Ojalá supiera por qué.

McCord no ocultó su sorpresa, las palabras de Pru le habían dejado atónito.

—¿De qué demonios estás hablando?

Ella sonrió y se recostó en su asiento, estudiándole. El escote del ceñido vestido de algodón blanco que Pru llevaba resbaló ligeramente hacia un lado, revelando las delicadas curvas de su hombro. La luz de las velas iluminaba la delgada cadena de oro que

llevaba alrededor del cuello.

—¿No te das cuenta de lo poco que sé yo o cualquier otra persona sobre ti, McCord? J. P. sabe que eres brillante en tu profesión y que tienes un talento especial para el trabajo en el campo. Martha sabe que te gustan los pasteles de crema de cacahuete y que detestas los licores dulces después de las comidas. Steve sabe que te gustan los jardines y los huertos, y que te encanta plantar verduras en el jardín de tu casa.

—¿Y qué hay respecto a ti, Pru? ¿Qué sabes tú de mí?

Ella hizo un pequeño gesto con la mano.

—Sé que fuiste a buenos colegios, que estás muy comprometido con el trabajo de la Fundación y que me has sido fiel desde que nos conocemos.

Él sonrió perezosamente.

—¿Qué te hace ésta tan segura de lo último?

—No lo sé. Pero estoy segura.

McCord asintió.

—Sigue con tu lista.

—Bueno, he aprendido muchas pequeñas cosas sobre ti…

—Incluyendo cómo complacerme en la cama.

Pru intentó ignorar la deliberada expresión de los ojos de McCord.

—Eres un buen maestro. Pero ésa no es la cuestión, McCord. Lo que estaba a punto de decir es que, a pesar de que sé muchos pequeños detalles sobre ti, hay una enormidad de cosas importantes que aún no comprendo.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como por ejemplo por qué te opones tan rotundamente al matrimonio.

Se hizo un profundo silencio antes de que Pru preguntara:

—¿Has estado alguna vez casado, McCord?

—No. Estuve prometido hace tres años.

Ella se mordió el labio inferior, considerando la lacónica respuesta.

—¿Y las cosas salieron mal?

—Muy mal.

—Todavía no… ¿Sigues enamorado de ella?

—Está muerta, Pru. Se mató en un accidente de coche. Y no, no

pienso en ella.

El tono de la voz de McCord indicó que era todo lo que estaba dispuesto a decir al respecto.

—¿Es ésa la razón por la que no querías casarte? ¿Demasiado trauma arrastrado por tu primer compromiso?

Él levantó su vaso de *whisky* y dio un sorbo.

—Lo que ocurrió en el pasado no te concierne, Pru.

—Quizás no, pero tengo derecho a saber por qué, repentinamente, has cambiado de idea respecto a casarte conmigo —le respondió ella.

McCord dejó su vaso en la mesa.

—Ya te he dicho por qué he cambiado de idea. Quiero que vuelvas y tú has dejado muy claro que el matrimonio es tu precio.

Pru tembló y cerró los ojos por el dolor que la habían producido las palabras de McCord. Se quedó sentada muy quieta.

—Esto no va a funcionar, ¿verdad? Lo siento, McCord. Por favor, créeme, nunca intenté ponerme un precio y exigir que lo pagases. Nunca quise que nos encontrásemos en esta situación. Me gustaría poder poner las cosas más fáciles para los dos. Desgraciadamente, no puedo vivir contigo. Ya no. Pero ahora sé que tampoco me puedo casar contigo. No mientras tú veas todo esto como una transacción de negocios. Me niego a venderme a cambio de un anillo en el dedo.

—Pru…

Ella le ignoró y se levantó de la mesa.

—No tienes por qué preocuparte por mí, llamaré un taxi.

—Maldita sea, Pru, siéntate.

McCord estaba de pie antes de que ella hubiera podido rodear la mesa. La mano de él se cerró sobre la muñeca de Pru, ejerciendo la fuerza suficiente para forzarla, suave pero firmemente, a que volviera a sentarse. Los ojos de McCord brillaban con irritación.

—Ya te has apartado de mí en una ocasión en presencia de la gente. No voy a dejar que lo hagas una segunda vez. Ya has destrozado mi ego y mi orgullo, señorita. No necesito otra dosis de temperamento femenino. ¿No es suficiente para ti que me encuentre aquí de rodillas pidiéndote que te cases conmigo?

Pru le miró fijamente. Cuando se dio cuenta de que no tenía otra salida, volvió a sentarse en la silla.

Se hizo un profundo silencio. Luego Pru añadió:

—¿De rodillas, McCord? Perdóname, por favor, no me había dado cuenta que te estabas arrastrando. Tenía la equivocada impresión de que estabas aquí para ordenar me que me casara contigo.

McCord ladeó la boca irónicamente.

—No cabe duda de que simplificaría mi vida si pudiera. ¿Sabes por lo que he pasado la semana anterior? Desde el momento que te fuiste, Martha y Steve apenas me han dirigido la palabra. J. P. me ha soltado, al menos una vez al día, un sermón sobre cómo tratar a una buena mujer. Parecía como si te hubiera atado a los pies de mi cama y te hubiera forzado a vivir en pecado durante los últimos tres meses. Incluso si té con venciese de que volvieras conmigo sin casamos, estoy completamente seguro de que J. P., Martha y Steve no me lo permitirían. Creen que he sido un miserable contigo durante demasiado tiempo. Ahora que te has escapado de mis garras, esperan que te mantengas fuera de mi alcance hasta que te ponga un anillo en el dedo.

—No tenía ni idea —murmuró Pru secamente— de que todavía mucha gente en este mundo alberga los mismos sentimientos que mi tía Wilhelmina.

McCord dejó escapar un gruñido.

—¿Es ésa la famosa tía que te aleccionó sobre no irte a la cama con un hombre hasta que no te llevase al altar?

—La misma.

Por alguna razón, Pru se sentía ahora más animada. Se dio cuenta de que parte de la tensión entre ella y McCord había desaparecido.

—Estoy pensando —comenzó a decir McCord— que hay unas cuantas cosas que no sé sobre ti. Ni siquiera había conocido a tu hermana hasta hoy. ¿Hay alguien más en tu familia?

—Sólo la tía Wilhelmina. Vive en Spot, Tejas.

—¿Y tus padres? —Preguntó él con cautela.

—Mi madre está muerta —dijo Pru con calma—. Se mató al poco de nacer yo. Iba en un coche con un hombre que conducía completamente borracho. Puede que fuese mi padre. Iban camino de Méjico. Me gusta pensar que iban a casarse al otro lado de la frontera. Es una fantasía que me viene de la infancia.

—Oh, Pru, no sabía…

—No tiene importancia. Nunca la conocí. Annie sufrió más que yo. Es cinco años mayor que yo y tiene recuerdos de mi madre.

—¿Y su padre?

—Un camionero. Desapareció mucho antes de que Annie naciera. Mi madre, aparentemente, era una mujer descuidada a la hora de elegir a sus compañeros masculinos. También estaba desesperada por abandonar Spot. Parece ser que pensó que un hombre la ayudaría a salir de allí. El resultado fueron dos hijas ilegítimas. Mi tía tiene mucho miedo de que sea una cosa de familia.

—¿Qué creéis tu hermana y tú?

Pru sonrió con condescendencia.

—Pensamos que mi madre nació condenadamente pobre y que en dos ocasiones intentó escapar con desesperación de esa pobreza mediante un hombre que esperaba se casase con ella. Las dos veces se equivocó.

—¿Así que fue tu tía quien os crió?

Pru asintió.

—Mi tía siempre se sintió muy orgullosa de haber salido de la pobreza honradamente. Se procuró una educación. Se hizo profesora y se las arregló para educar a sus dos niñas con su salario. —Pru hizo una pausa y luego siguió hablando lentamente—. Es muy difícil crecer bajo el cuidado de alguien que no hace un secreto del hecho de que se vio forzada a hacer grandes sacrificios por nosotras. Francamente, algunas veces deseé que nos hubiera dejado en una institución estatal a Annie y a mí.

Pru volvió a interrumpirse y sonrió.

—Pero, por supuesto, la tía Wilhelmina nunca habría hecho semejante cosa. Es una mujer honorable que siempre cumple con su deber.

—Al mismo tiempo que también se aseguró que todo el mundo lo reconociese, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Conozco a esa clase de personas —respondió McCord sonriendo.

—Bueno, yo no puedo quejarme. La tía Wilhelmina es una buena mujer. Dedicó su vida a asegurarse de que ni Annie ni yo

siguiéramos los pasos de mi madre. Era muy estricta con nosotras, pero consiguió que fuéramos al colegio y luego a la universidad. Y nos comprendió cuando quisimos marcharnos de Spot, después de que acabáramos los estudios. Tenía sus dudas sobre si no era demasiado arriesgado que nos marchásemos a California, pero comprendió que había hecho todo cuanto estaba en su mano por inculcamos buenos valores morales. A partir de entonces, era asunto nuestro cómo manejábamos nuestras vidas. Le encantó que Annie se casara con Tony Gates. Podía dejar, de preocuparse por una de nosotras por lo menos. Viene a visitarles con frecuencia. Creo que se está dulcificando con los años. Parece disfrutar mucho con los niños de Annie.

—¿Entonces nunca le hablaste de tu relación conmigo?

McCord levantó una mano antes de que Pru pudiera responder.

—Olvida la pregunta. Es obvio que no ibas a dejar que se enterara de que estabas viviendo con un hombre. Me imagino que es la clase de persona que se subiría por las paredes.

—Es más posible que decidiera que se trata de algo malo que llevamos en la sangre —le corrigió Pru.

McCord agitó la cabeza.

—Sabía que no te resultó fácil tomar la decisión de venirte a vivir conmigo, pero no tenía ni idea de los muchos prejuicios que tuviste que superar.

Pru consideró las palabras de McCord.

—Era una situación inestable desde el principio. Pero es posible que hubiera podido seguir así, si no… —Pru se interrumpió.

—¿Sino qué, cariño?

McCord quiso abrirle la posibilidad de seguir hablando. Quizás le contara así lo del niño. Pero ella se echó atrás. Él se preguntó por qué, pero no dijo nada. Después de todo, era su sorpresa. Pru tenía derecho a explicárselo a su manera y en el momento que escogiese.

—No tiene importancia, McCord. ¿Que vamos a hacer?

—Casarnos.

—No estoy segura. No sé. Hay muchas cosas a considerar. Muchas cosas sobre ti de las que no sé nada.

—No te preocupes por eso, Pru. Tú me quieres y yo no deseo otra mujer, excepto tú. Recientemente, me he dado cuenta de que necesitas una licencia de matrimonio para estar contenta. Me

aseguraré que la consigas.

Ella tenía razón respecto a algunos aspectos de la situación. Había muchas cosas que Pru debería saber respecto a él, pensó McCord, pero aquella noche no era el momento adecuado para contárselas. Aún se sentía tensa e insegura, a pesar de que la atmósfera se había relajado entre los dos. Él no quería intentar explicarle su situación familiar todavía. Podría hacerlo en otro momento. Ahora, tenía que concentrar todas sus fuerzas en volver a introducirla en su vida.

—Cariño, me conoces tan bien como cualquier otra persona en el mundo. Mejor, si quieres que sea sincero. Sabes que nunca te he mentido. Tienes que creerme cuando te digo que te quiero a mi lado.

—¿Pero el matrimonio?

McCord vio la ansiedad y la esperanza que iluminaban sus ojos. Realmente, ella le amaba, pensó McCord. Simplemente, tenía miedo de admitirlo. Se sintió enternecido por el hecho de que no hubiera utilizado su embarazo como una baza a jugar. Le hizo darse cuenta de lo profundo que era el orgullo de Pru.

Durante la semana anterior, él había empezado a pensar que el matrimonio quizás no fuese una idea tan mala como había creído. Esta idea había ido creciendo en él. Como un hongo, habría dicho J.
P. Mc
Cord descubrió que le gustaba bastante la idea de tener a Pru comprometida legalmente con él al igual que emocionalmente. Eso se ajustaba bastante al lado posesivo de su naturaleza. Se preguntó por qué no había pensado en ello antes. Probablemente, admitió en silencio, porque no había tenido la necesidad de hacerlo. J. P. tenía razón. No había habido ninguna razón para cambiar una situación que le había venido muy bien.

—Sí, Pru. Matrimonio. Eso es lo que tú quieres y yo también lo quiero.

Ella no pareció encantada con la forma en que él lo dijo, pero tampoco se levantó de un salto de la silla y salió corriendo. Pru se quedó en silencio durante unos momentos. Cuando habló, su voz sonó muy suave.

—¿Alguna vez has…? —Pru se detuvo, se aclaró la garganta y

luego lo intentó de nuevo—. ¿Alguna vez has pensado en tener hijos?

McCord sonrió, intentando reafirmarla en su pregunta.

—Me imagino que si vamos a casamos, podemos recorrer todo el camino. Y cuanto antes mejor. El tiempo pasa volando, ¿no? Creo que seríamos buenos padres, ¿tú no?

—Sí —dijo ella alegremente—. Creo que sí lo seríamos.

Había un rastro de alivio en los ojos de Pru, pero no dijo nada.

Después, él se concentró en pasar el resto de la velada de la forma más relajada posible. Deliberadamente, cambió la conversación a temas más intranscendentes, contándole las novedades de la Fundación y pasándole el informe de Steve respecto al jardín.

—Un día de estos voy a encontrar la forma de enseñarle a guardar las herramientas —dijo McCord después de haberle descrito cómo iban los tomates que habían plantado.

—Le encanta la horticultura y está aprendiendo mucho de ti. Sabes perfectamente que te gusta enseñarle —señaló Pru—. ¿Por qué vas a montar un escándalo por una tontería?

—No tiene cuidado con las herramientas y alguien se puede hacer daño, por eso mismo —gruñó McCord.

Pru sonrió.

—Es algo sin ninguna importancia. No te preocupes por ello.

—Ya veremos si sigues diciendo lo mismo después de que pises un rastrillo —contestó McCord.

Debido a la tendencia de McCord a dejar las cosas claras en todos los aspectos, habría preferido presionar un poco más a Pru. Ahora que él había tomado una decisión, se sentía impaciente ante la incertidumbre de ella. Pero estaba cada vez más seguro del lado sobre el cual se inclinaría la balanza.

Cuando la cena ya estaba concluyendo, McCord se forzó a considerar sus opciones inmediatas. Tenía una simple elección que hacer. O se la llevaba a la habitación del hotel donde se hospedaba o la dejaba en casa de su hermana y se despedía de ella con un tierno y casto beso.

No había duda de la opción que iba a escoger. Había pasado la tarde en un estado de semiexcitación. Un roce era todo lo que se requería para que estallase. Resultaba obvio que Pru estaba

mostrándose precavida respecto a tocarle. Él se preguntó si eso significaba que ella también se encontraba en la misma situación que él.

Ella era su mujer, pensó McCord, y la conocía muy bien. Si la presionaba un poco, conseguiría llevársela a la cama. Era donde él quería que Pru estuviese y tenía la impresión de que, aunque Pru no estuviera del todo preparada para admitirlo, era también donde ella quería encontrarse.

Cuando se levantaron para abandonar el restaurante, los ojos de McCord se detuvieron durante un momento en la delicada curva de los senos de ella bajo el fino algodón del vestido. Cuando ella avanzó hacia la puerta delante de él, McCord fue consciente de lo sutilmente provocativas que eran sus caderas. Iba a resultar fascinante observar los cambios que su delgado cuerpo experimentaría durante el embarazo.

McCord, súbitamente, descubrió que la idea de que su hijo estuviese descansando ahora a salvo en aquel cálido nido era mucho más excitante de lo que había creído posible. Sintió unos terribles deseos de hacer el amor con la mujer que estaba llevando a su hijo en las entrañas. Aquella fuerte y posesiva sensación le sobresaltó, cortándole casi la respiración. Al sentir que algo pasaba, Pru le miró repentinamente frunciendo el ceño.

—¿McCord? ¿Te ocurre algo?

—No —respondió él, tenso, sabiendo ahora qué opción iba a tomar—. No ocurre nada. Al menos, nada sobre lo que yo pueda hacer algo esta noche.

Él la cogió del brazo cuando salieron a la calle. El Ferrari plateado estaba aparcado a una manzana de distancia.

—Es hora de que te lleve de vuelta a casa de tu hermana. Se está haciendo tarde.

Pru aspiró el cálido aire, consciente de la reconfortante fuerza del brazo de McCord.

—¿Vas a llevarme directamente a casa?

—No he dicho eso. He dicho que te iba a llevar directamente a casa de tu hermana Annie. La casa de tu hermana no es tu casa, Pru. Tu casa está conmigo.

—Pareces muy seguro de eso.

—Lo estoy —respondió él y se detuvo junto al Ferrari, luego

abrió la puerta del coche—. Y cuando tú también estés segura, te llevaré a casa. Hasta entonces, no haré otra cosa que no sea devolverte a casa de tu hermana.

Ella le lanzó una mirada cautelosa mientras se deslizaba en el asiento. McCord sonrió débilmente al ver la expresión de los ojos de Pru.

Sin mediar palabra, McCord condujo el coche a lo largo de una calle llena de palmeras que acababa en el barrio donde Annie vivía. Hasta que no aparcó el coche delante de la casa no habló.

—Te recogeré mañana por la mañana. Podemos pasar el día en la playa.

McCord se quedó observándola con un brazo descansando sobre el volante mientras esperaba una respuesta, Pru se obligó a pensar con claridad y con lógica, pero no pudo.

—De acuerdo —se oyó decir a sí misma—. Me parece bien.

Él asintió e inmediatamente salió del coche. Cuando la hubo acompañado hasta la puerta de la casa de Annie, se detuvo. Pru supo al instante que McCord se iba a dar media vuelta y que se marcharía inmediatamente. Por primera vez aquella tarde, Pru extendió una mano para tocarle.

—¿McCord?

—¿Dime, Pru?

—Yo… ¿No quieres entrar? Todavía no has conocido a Tony.

—Puedo esperar hasta que estés segura de que voy a formar parte de tu familia.

McCord se inclinó para rozar la boca de Pru con la suya. El beso fue rápido y ligero.

Pru emitió un pequeño gemido, una mezcla de protesta y deseo que casi se perdió entre los suaves sonidos de la noche. Si McCord lo oyó, no dio muestras de ello. Él levantó su rostro casi al momento, como si el roce de los labios de Pru le hubiese quemado.

—El timbre —dijo él.

Pru parpadeó.

—¿Qué?

Que llames al timbre.

—Oh.

Pru comenzó a rebuscar en su bolso.

—No te preocupes. Tengo la llave.

Él se la cogió y la insertó en la cerradura. Cuando ella hubo traspasado el umbral, McCord le dio las buenas noches y se fue.

Pru se sintió ante la duda de gritar o reír. Muy despacio, cerró la puerta y se apoyó en ella. Annie apareció en la entrada, sus preocupados ojos estaban repletos de preguntas.

—No sé por qué —comenzó a decir Annie—, pero no te esperaba esta noche.

—Eso es porque no conoces a Case McCord.

Pru se apartó de la puerta.

—Es un hombre muy listo. Lo suficientemente listo como para saber cuándo presionar y cuándo dejar que sus víctimas caigan solas en la trampa.

—No parece que te molesten mucho sus tácticas.

Pru sonrió enigmáticamente.

—No estoy molesta porque creo que habla en serio, Annie. Creo que, realmente, quiere casarse conmigo.

Annie sonrió.

—Creo que tienes razón. ¿Durante cuánto tiempo vas a tenerle en la duda?

Pru se tocó el vientre.

—No mucho. Sólo quiero el tiempo suficiente para estar segura. No creía que fuera a venir a buscarme, Annie. Sinceramente, pensé que nunca volvería a verle.

—Entonces es que no le conoces tan bien como crees. Tan sólo con una mirada que le lancé esta tarde cuando entró en la casa, supe inmediatamente que no se marcharía sin ti.

Ella le tuvo esperando dos días más. Pasaron uno de esos dos días en la playa y el otro en Disneylandia. Fue maravilloso volver a divertirse frívolamente con McCord de nuevo, pensó Pru en el camino de vuelta a Disneylandia. Miró a McCord, que estaba concentrado en el denso tráfico de Los Ángeles.

—¿Cuánto tiempo té queda, McCord? ¿No te necesita J. P.?

McCord sonrió maliciosamente, pero no apartó los ojos del tráfico.

—J. P. me ha dado estrictas instrucciones de no volver sin ti.

Los ojos de Pru se agrandaron.

—No sabía que estuviese tan preocupado por perder una insignificante editora de publicaciones.

—Creo que son tus habilidades como anfitriona lo que más echa de menos. Está acostumbrado a que tú organices las fiestas, los cócteles y las cenas que organiza la Fundación. Le has acostumbrado mal. Está desesperado con la primera fiesta anual que la Fundación va a dar para recaudar fondos. No olvides que fuiste tú quien le metió la idea en la cabeza. Recuerda que le aseguraste que conseguiría una fortuna en donativos si hacía una fiesta. Lo único que J. P. sabe hacer es asar un filete en una barbacoa. Lo del caviar y los canapés le desborda por completo.

—Podría encontrar otra anfitriona.

—Quiere que vuelvas. —McCord se detuvo un instante antes de añadir—: Y yo también. J. P. dice que sin ti, soy tan útil como…

Pru mantuvo la mirada en el duro perfil y preguntó dulcemente:

—¿Tan útil como las glándulas mamarias de un toro?

—Algo así. J. P. fue un poco más gráfico.

—Apuesto a que sí. Es la clase de cosa que J. P. o mi tía dirían.

Pru se quedó en silencio durante unos minutos, mirando a través de la ventanilla del coche. Luego, asintió para sí misma.

—De acuerdo.

McCord se arriesgó a mirarla de soslayo.

—¿De acuerdo? ¿Estás aceptando mi proposición?

—Sí —respondió ella sonriente—. Si estás seguro de que quieres casarte conmigo, McCord, sí, acepto.

McCord volvió a fijar su atención en el tráfico.

—Has escogido un momento excelente para decírmelo.

—¿Alguna queja?

—No, señora —le aseguró él fervientemente.

—Estás seguro, ¿verdad, McCord? —Preguntó ella con calma—. No podría soportar que… Que cambiaras de idea o que te arrepintieras de haberte casado conmigo. De verdad que no quiero obligarte a que lo hagas.

—Lo sé, Pru. Deja de preocuparte. Estoy muy seguro de que quiero casarme contigo.

Aquella tarde Pru y McCord le dieron la noticia a Annie y a Tony. Annie rió y abrazó a su hermana. Tony, un delgado y atractivo hombre de treinta y pocos años, estrechó la mano de McCord y le ofreció una copa.

—La necesitarás antes de hablar con la tía Wilhelmina —le

informó a McCord.

—No sabía que iba a conocerla.

McCord aceptó el *whisky* y se sentó en el sofá al lado de Pru. Miró a su novia con expresión de perplejidad.

—No me digas que está aquí. Creía que vivía en Tejas.

Fue Annie quien le respondió.

—Y está en Tejas. Pero tendremos que llamarla por teléfono después para decirle que Pru se va a casar. De lo contrario, nunca se lo perdonaría.

Pru hizo una mueca.

—No es para tanto.

—Vamos, Pru, no hablas en serio —dijo Annie sonriendo—. ¿Qué té pasa? ¿Tienes miedo de que McCord cambie de idea después de hablar con la tía Wilhelmina?

—Es una posibilidad a tener en cuenta.

Tony soltó una carcajada.

—Sobrevivirás, McCord.

—¿Tan terrible va a ser? —Preguntó McCord, aunque sus ojos reían cuando miró de reojo a Pru.

—No te preocupes. Yo conseguí pasar el interrogatorio, así que espero que, haciendo acopio de todo valor, hagas lo mismo.

—¿Interrogatorio? —Preguntó McCord indeciso.

—Claro —le respondió Tony—. Te preguntará cuánto dinero ganas, si tienes tu propia casa, cuáles son tus expectativas para el futuro, y si tienes o no un seguro de vida y un plan de jubilación. Después, querrá saber si te casas con Pru porque la has metido en un lío.

Pru se quedó inmóvil, consciente de que sus mejillas enrojecieron instantáneamente. Le lanzó una angustiosa mirada a su hermana. Annie negó con la cabeza, subrepticiamente, asegurándole a Pru que no le había contado nada a Tony sobre el niño. Pru respiró aliviada. Luego, miró a McCord. Éste parecía ignorar su tensión. Estaba riendo por lo que Tony le había contado.

—¿Ha intentado alguien decirle a la tía Wilhelmina que las respuestas a esas preguntas no son asunto suyo? —Preguntó McCord.

—¿Estás bromeando? ¿Decirle a la tía Wilhelmina que se ocupe de sus propios asuntos? Qué descabellada idea —respondió Tony

con una expresión de sorpresa fingida.

Annie levantó una mano para silenciar a su marido.

—Ya está bien. Vas a asustar a McCord incluso antes de que hable Con ella. Tony está exagerando. Tiene un extraño sentido del humor.

—Me alegro de saberlo —dijo McCord—. ¿Por qué no llamamos ya y acabamos así cuanto antes?

Pru miró su reloj.

—Son casi la nueve en Tejas. ¿Por qué no esperamos hasta mañana?

—¿Nerviosa, cariño? —Le preguntó McCord riendo abiertamente —. ¿Temerosa de que salga corriendo después de haber hablado con tu tía Wilhelmina?

—No, es sólo que…

—No te preocupes —dijo él gentilmente cambiando de expresión y haciéndose cargo de la situación—. Sean los que sean los problemas que tienes con tu tía Wilhelmina no es nada comparado con los problemas que yo tengo con mi familia. Al menos tú tienes relaciones con tu tía.

—¿De qué estás hablando? —Preguntó Pru, atónita—. ¿Qué familia? Nunca me has mencionado ninguna familia, McCord.

Él cogió el teléfono que estaba en una pequeña mesa a su lado y se lo dio a Pru.

—Llama a tu tía.

Pero McCord…

—Cada obstáculo a su tiempo, Pru. Llama a tu tía.

Pru sentía los dedos fríos y adormecidos mientras marcaba el teléfono de su tía en Tejas. Algo malo ocurría. Le vino a la cabeza la idea de que había muchas cosas que no sabía sobre Case McCord.

Capítulo 4

Tres noches después, Pru se encontraba delante del espejo del elegante cuarto de baño del hotel Y se preguntó por qué se sentía tan nerviosa. Era McCord quien la esperaba en el dormitorio. El mismo hombre con quien había vivido durante tres meses. El que la había instruido sobre las maravillas de su propia sexualidad. El hombre que la hacía sentirse increíblemente hermosa en la cama.

El hombre que la había dejado embarazada.

No era que le pareciese un extraño. Había sido su amante y ahora era su marido. Muy pronto, seria el padre de su hijo. El ataque de nervios de recién casada no tenía sentido.

Se habían casado esa misma tarde con una pequeña y sencilla ceremonia a la que sólo habían asistido Annie Y Tony. Teniendo en cuenta las dudas, la incertidumbre y las dolorosas emociones que Pru había sentido durante las dos semanas precedentes a la boda, la ceremonia resulto ser una especie de anticlímax. Había sido consciente de la fuerza y la tranquilidad de McCord al hacer sus votos, había oído sus propias Y suaves palabras Y luego, rápidamente, todo se había terminado.

McCord la había conducido hasta el Ferrari y después se había dirigido hacia su nuevo cuñado para despedirse. Annie se había inclinado para hablar con su hermana a través de la ventanilla del coche.

—Todavía no le has dicho lo del niño, ¿verdad? —Le susurró Annie.

Pru había negado con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo.

—No. Es una ocasión especial. La boda y la luna de miel son para nosotros dos solos, para McCord y para mí. Quiero que podamos concentrarnos el uno en el otro durante uno o dos días. Luego se lo contaré.

—Lo comprendo —respondió Annie sonriente—. Creo que me gusta tu marido, Pru. La verdad es que, el otro día, manejó a la tía Wilhelmina muy bien. Creí que iba a morirme de risa cuando ella empezó a interrogarle mientras él la escuchaba, sonreía y luego le dijo que haría que su banquero le escribiese una carta mandándole sus referencias. Pobre Wilhelmina. Puedo imaginarme la cara que pondría. Ella preguntándole todas esas cosas y él quitándoselas de encima de un plumazo.

—Es muy bueno a la hora de ignorar lo que no considera importante.

—Lo mejor fue cuando ella le preguntó si no te había metido en un lío —dijo Annie casi riendo—. Tony tenía razón. La tía Wilhelmina hace ese tipo de preguntas. No podía creerlo.

Pru se había ruborizado al recordar la respuesta de McCord. Aunque ni ella ni los otros habían podido oír la pregunta, todos supieron cuál había sido porque McCord, con el teléfono al oído, había fijado su divertida mirada en las rojas mejillas de Pru.

—No te preocupes por eso, tía Wilhelmina. Si hay algún problema no es nada de lo que yo no me pueda encargar.

Por un instante, Pru se había preguntado si McCord sabría lo de su embarazo. La intensidad de su mirada casi la había quemado. Pero, inmediatamente después, se había dicho a sí misma que eso era imposible.

La tía Wilhelmina se había quedado demasiado atónita durante unos segundos como para responderle. Al final, cuando McCord le había pasado el teléfono de nuevo a Pru, ella se había mostrado razonablemente satisfecha con McCord:

—Parece que tiene los pies en el suelo, Pru —había declarado la tía Wilhelmina—. Atrevido como el propio descaro y orgulloso como el demonio, pero eso no está mal en un hombre. También parece más escurridizo que una pelota sobre una pista de hielo. Puedes estar contenta de que se case contigo. Es la clase de hombre que te habría llevado a la cama sin preocuparse por colocarte un anillo. Llámame después de que vuelvas de tu luna de miel.

—¿Y bien? —Había preguntado McCord no demasiado preocupado—. ¿Cuál es el veredicto?

Pru se había aclarado la garganta.

—Dice que eres más resbaladizo que una pelota en una pista de hielo y que yo debería estar contenta de que te vayas a casar conmigo porque no pareces ser de los que se casan.

McCord había hecho una mueca de susto.

—Esa mujer tiene una visión muy limitada de las cosas, ¿no? —Luego añadió sonriendo—: ¿Estás contenta de que me case contigo, Pru?

Ella había pestañeado, simulando admiración y gratitud.

—Oh, sí, te estoy terriblemente agradecida. Las palabras se me quedan cortas para expresar mi gratitud.

McCord había reído y después le colocó una mano en la nuca. Luego, la había atraído hacia sí para darle un beso en la nariz.

—¡Cómo si hubiese tenido elección!

Pru no había sabido cómo interpretar el comentario, por lo que decidió tomárselo a broma.

Después de la ceremonia, McCord la había llevado a la costa, más allá de Ventura. Se habían detenido en un precioso hotel con vistas al océano y Pru se había sentido encantada con la chimenea, el enorme cuarto de baño y los muebles de la pequeña *suite*. Era el perfecto hotel para una luna de miel.

Pero ahora se encontraba increíblemente nerviosa y no sabía la razón. Había una cosa segura, cuanto más retrasase la entrada en el dormitorio, más nerviosa se pondría.

Lanzó una última mirada a los vaporosos pliegues de la négligée que había comprado para su luna de miel y luego enderezó los hombros y abrió la puerta que daba al dormitorio.

Él había abierto una botella de champán que había pedido al servicio del hotel. Cuando oyó abrirse la puerta del cuarto de baño, se dio media vuelta para mirar a su esposa. Sus ojos eran infinitamente oscuros e impenetrables, pero el brillo de posesión que había en ellos resultaba inconfundible. Pru se detuvo en el umbral de la puerta, un poco desconcertada por la intensidad de su mirada.

McCord sonrió débilmente y alcanzó la botella de champán. Llenó las dos copas, las cogió, cruzó la estancia hasta donde se

encontraba ella y le ofreció una de las copas. Pru la tomó con manos temblorosas y consiguió devolverle la sonrisa.

—Lo sé —dijo McCord con un tono suave y tranquilizador de voz mientras seguía mirándola—. Yo también estoy un poco nervioso.

—Supongo que ésa es una de las ventajas de haber vivido con un hombre antes de casarte con él —murmuró Pru—. Te conoce lo suficientemente bien el día de la noche de bodas como para saber cómo te sientes cuando sales del cuarto de baño.

—Tiene sus ventajas la familiaridad, ¿verdad?

McCord hizo un brindis e instó a Pru a que bebiese. Pru recordó los consejos que les daban a las mujeres embarazadas respecto a no beber y se contentó con apenas mojarse los labios. Luego, arrugó la nariz como si se hubiera dado cuenta de que, realmente, no le gustaba mucho el sabor. Extraño. Normalmente le gustaba el buen champán.

—Si estamos tan familiarizados el uno con el otro, ¿por qué nos sentimos tan nerviosos? —Preguntó Pru, mirando a McCord.

Él se encogió de hombros.

—Probablemente porque aunque todo está dicho y hecho, es diferente estar casado.

Pru sintió una oleada de intranquilidad. Sus ojos se agrandaron bajo la débil luz; la ansiedad se reflejaba en ellos.

—McCord, ¿estás completamente seguro de que era lo que querías?

Él le cogió la copa de champán, la dejó junto a la suya y luego rodeó a Pru con sus poderosos brazos. Ella se encontró fascinada por la masculina incertidumbre que emanaba de los ojos de McCord al mirarla.

—Sí, mi encantadora Prudence, es lo que quería. Simplemente me llevó un poco de tiempo darme cuenta.

McCord acarició levemente la boca de ella con la suya y luego su abrazo se hizo más firme.

La sonrisa de Pru reflejaba alivio mientras él la estrechaba contra su duro pecho. Sobrecogida por la intensidad de lo que sentía por él y por el tremendo alivio de estar por fin de nuevo con McCord, Pru se aferró a él. Descansó la cabeza contra sus hombros desnudos y cerró los ojos mientras el masculino aroma que

emanaba de él le llenaba los sentidos.

—Pensé que nunca más te volvería a ver —susurró Pru.

—No deberías haberlo hecho.

McCord depositó un tierno beso en su cabello.

—Dijiste que no irías detrás de mí.

—En aquellos momentos estaba furioso como el mismo demonio. Además, pensaba que no hablabas en serio, que era una bravuconada. No podía creer que fueras a dejarme en serio.

Repentinamente, Pru se sintió culpable y sus brazos estrecharon la cintura de McCord.

—Lo siento. Creí que debía abandonarte.

—Lo sé —dijo él con ternura—. Después de estar conociéndote todos estos meses y tras haber hablado con tu tía Wilhelmina, pienso que es un milagro que hayas vivido conmigo durante tanto tiempo antes de exigirme un compromiso. Eres la clase de mujer que se compromete y quiere lo mismo a cambio. Debería haberme dado cuenta hace meses. Debería haber imaginado lo que ocurriría tan pronto como me di cuenta de que estabas enamorada de mí.

Pru giró el rostro y sorprendió a McCord dándole un pequeño mordisco en el pecho con sus blancos dientes.

—Bestia. ¿Qué te hace estar tan seguro de que estoy enamorada de ti?

—No sé. Desde la primera vez que te llevé a la cama me sentí muy seguro de ti.

McCord la abrazó con más fuerza cuando ella empezó a protestar.

—Sé que suena muy arrogante, pero es culpa tuya. Nunca intentaste ocultar las emociones que sentías estando conmigo. Por eso no le di mucha importancia cuando me amenazaste con abandonarme. Pensé que me amabas demasiado como para llevar a cabo tu amenaza.

—Pensé que no tenía otra elección.

Las manos de McCord se movieron despacio y lujuriosamente a lo largo de la delgada espalda de Pru, suavizando la tensión que había en ella.

—Lo sé, cariño. Creo que además tenías razón. No podíamos seguir mucho más tiempo como estábamos. Era hora de pensar en el futuro.

La profunda voz de McCord era un susurro aterciopelado contra la piel de Pru. Le sujetó la barbilla y le levantó el rostro para besarla.

Los últimos restos de incertidumbre de Pru desaparecieron con un silencioso suspiro al sentir aquel beso. El deseo de McCord la hizo estremecerse, avivando todos sus sentidos. McCord la quería con el mismo deseo ilimitado que ella siempre había sentido por él.

En brazos de McCord, Pru se sintió como si hubiera sido arrastrada hacia una profunda y torrencial cascada de deseo. Pero sabía por experiencia que ella convertiría ese torrencial en un lento y perezoso río de placer.

La boca de McCord se movía pesada sobre la suya hasta que Pru, con un pequeño gemido de placer, abrió los labios. Luego, tembló, perdida en los brazos de él.

—Hace tanto tiempo… —murmuró McCord junto a la boca de Pru.

—Sólo un par de semanas.

—Parece toda una eternidad. Él profundizó el beso de nuevo hasta que ella quedó íntimamente apoyada contra su cuerpo. Cuando McCord sintió los dedos de Pru aferrarse a sus hombros, gimió y la levantó en sus brazos.

—¿McCord?

Pru le miró con abiertos y confiados ojos que brillaron de amor.

—Me he dicho a mí mismo que esta noche iba a darte un tratamiento especial. Pero si me miras así, incluso antes de haberte llevado a la cama, no seré capaz de durar lo suficiente como para hacerlo como es debido.

Él la depositó en la ancha cama y se la quedó mirando.

Pru sonrió.

—¿Acaso no sabes que siempre es especial contigo? Siempre duras lo suficiente como para hacer lo que es debido.

McCord sonrió y se llevó las manos a la cremallera de los pantalones.

—Supongo que ésa es otra ventaja de nuestra noche de bodas, ¿no, cariño? No tenemos por qué preocupamos respecto a sí conseguiremos complacemos.

Los vaqueros cayeron al suelo y McCord se acercó a la cama.

El pulso de Pru se aceleró a la vista de su esbelto y duro cuerpo.

Le había visto excitado con anterioridad, por supuesto, pero la vista de su cuerpo nunca dejaba de producirle un estremecimiento.

—Debería estar acostumbrada a verte desnudo.

Las yemas de los dedos de Pru acariciaron suavemente el fuerte muslo mientras se acomodaba despacio en la cama, junto a ella.

—Pero, en cierta forma, creo que nunca me acostumbraré completamente a compartir la misma habitación contigo.

McCord emitió una profunda carcajada.

—Lo sé. Me gusta la forma en que siempre parpadeas y té quedas mirándome fijamente durante unos segundos cuando me ves desnudo. Hace maravillas con mi ego.

McCord se inclinó para besarle la base de la garganta.

—No te preocupes. Lo superarás en algún momento durante los próximos sesenta años.

Pru hundió los dedos en el espeso cabello de McCord y levantó la vista hacia él con repentina intensidad.

—¿Crees que estaremos juntos tanto tiempo?

Los ojos de él resplandecieron.

—Los dos hemos hecho una promesa hoy, Pru. Ahora que está hecho, ya no podemos volvemos atrás. No hago promesas ni establezco compromisos a la ligera, y tú tampoco. Vamos a hacer que este matrimonio funcione.

Aquellas palabras eran una promesa y Pru las aceptó como tal. Con un suave y gutural gemido, ella rodeó el cuello de McCord con sus brazos y atrajo la cabeza de él hacia sí. McCord abrió sus labios una vez más.

El ligero tejido de su camisón fue retirado hasta que McCord consiguió liberar el pequeño y turgente pecho de Pru. Cuando la mano de él acarició ligeramente uno de sus, pezones hasta conseguir ponerlo erecto, Pru jadeó. Él absorbió el leve sonido de deseo de los labios de Pru y luego deslizó su cálida mano sobre la otra rosada aureola. Cuando terminó con aquel suave roce, los senos de Pru estaban exquisitamente sensibles.

Ella gimió junto a la boca de McCord y buscó los duros contornos del cuerpo de él con manos impacientes. Sus dedos jugaron con la mata de rizado vello del pecho masculino y se deslizaron por los lisos pezones, hasta que fue McCord quien emitió suaves gemidos de placer. Las manos de él bajaron por el estómago

de Pru para extender sus dedos posesivamente sobre ella.

—¡Eres tan dulce, *sexy* y sincera cuando haces el amor…! —Murmuró él—. Siempre te has entregado a mí por completo.

Ella se estremeció. De repente había recordado que no había sido del todo sincera con él últimamente. McCord aún no sabía nada del niño.

—Dudo que estuvieras sobrecogido con mi generosidad hace dos semanas, cuando te abandoné —susurró Pru.

—No hubo ninguna falta de generosidad en ello. Hiciste lo que creías que tenías que hacer. Te sentías desesperada. Ahora lo comprendo.

McCord depositó una hilera de ardientes y húmedos besos sobre las curvas de los senos de Pru y luego se abrió paso hasta su ombligo.

—Oh, McCord —exclamó Pru, agitándose—. Me alegro tanto de que decidieras casarte conmigo… Nunca habría sido lo mismo con otro hombre. Me habría sentido tan sola…

—Y yo.

Los dedos de McCord siguieron bajando, moviéndose hacia el lugar que protegía los más exóticos secretos. Con infalible experiencia, McCord exploró el corazón del deseo de Pru. Sus dedos se perdieron por aquella calidez.

Pru se aferró a los fuertes hombros mientras sentía las deliciosamente familiares sensaciones, aunque siempre nuevas, que habían empezado a sacudirle todo el cuerpo. Las manos de McCord siempre habían obrado milagros, pensó ella. Era un alivio indescriptible saber que ya no tendría que vivir sin aquella magia.

Con innegable y tierna energía, McCord fue más allá, instándola a que apartara las piernas para poder acariciar hasta el lugar más recóndito. Cuando los dedos de McCord encontraron la fuente del húmedo calor entre las piernas de Pru, ella gritó suavemente. Luego, Pru colocó su boca en los hombros de él y clavó sus dientes con suave y femenino ardor.

—¡Ah! —Exclamó McCord absorbido por su deseo—. Cada vez que empiezo a pensar que eres toda dulzura, consigues recordarme que hay algo felino en ti.

—Deberías saberlo. Tú eres quien ha despertado esos instintos.

Pru oyó su *sexy* risa y luego bajó la mano por el cuerpo de

McCord con el fin de encontrar el centro de su virilidad. Cuando tocó la dura evidencia del deseo de McCord, él gimió y murmuró ardientes palabras junto a su oído.

La sexual exigencia de su voz era tan excitante como sus caricias y Pru se agitó inquieta, abriéndose más e invitándole.

—Así es como me gusta verte, cariño. Ardiente, húmeda y necesitándome —susurró McCord.

Ella aumentó la presión sobre él de la misma forma en que McCord lo hizo con ella.

—Te necesito, McCord. Mucho…

Pru estaba ansiosa por satisfacer el deseo que él había despertado en ella. Cuando se movió contra él, ciñendo su brazo sobre el cuello de McCord, captó un rápido destello dorado. Era el anillo que él le había colocado aquella misma tarde. Le amaba. Le amaba tanto que nunca más le dejaría.

—Sólo han sido dos semanas sin ti y me parece que voy a estallar —comentó irónicamente McCord, ligeramente molesto, pues su control se estaba extinguiendo rápidamente—. No debería sorprenderme. Siempre has producido el mismo efecto en mí desde el momento en que te conocí. Creo que va a gustarme estar casado. Va a ser maravilloso saber que, realmente, me perteneces; tanto legalmente como en todos los sentidos. Me pregunto por qué no se me ocurrió antes.

Pru no podía responder a esa pregunta. Sólo podía sentirse contenta de que McCord la hubiera formulado.

—Ámame, McCord —le rogó, abrazándole con más fuerza—. Por favor, ámame.

El no respondió, pero deslizó su muslo agresivamente entre las piernas de Pru. McCord buscó la garganta de ella con sus labios mientras bajaba por aquel delicado cuerpo. Pru sintió la solidez de su masculinidad acariciar la suave piel del interior de sus muslos y luego, la mano de McCord se aferró a las redondeadas nalgas de Pru, levantándola. Pero McCord no se introdujo en el interior de ella.

Pru, súbitamente, fue consciente de la quietud de él y abrió los párpados para encontrarse con el fuego de su mirada. Nunca antes le había visto indeciso. El cuerpo de McCord temblaba por la fuerza de su deseo. Pero se estaba conteniendo.

—¿McCord?

—Hazlo tú, Pru. Guíame. Introdúceme tú, mi amor. Hazme saber que me quieres y cómo me quieres exactamente. Seré tan cuidadoso, lento y suave como tú desees que sea. Lo prometo.

Ella agitó la cabeza confusa. Era un nuevo aspecto del McCord que creía conocer tan bien. La consideración de él la enterneció profundamente. Pru hundió los dedos en los oscuros cabellos y sonrió.

—Quiero que seas como siempre eres conmigo. Nunca, nunca me has hecho daño, McCord.

Él cerró los ojos durante un instante. Cuando los abrió de nuevo, su brillo abrasó a Pru.

—A veces soy un poco duro contigo.

Ella no le comprendió.

—Sólo de forma muy excitante. ¿Acaso me he quejado alguna vez?

La sonrisa de Pru era inconscientemente provocativa.

—No —respondió McCord con voz temblorosa—. Siempre eres maravillosa conmigo. Soy adicto a ti, ¿lo sabías? Pero pensé que ahora tú… Es decir, me imaginé que quizás quisieras que fuera más despacio, más suavemente que de costumbre.

Pru sonrió.

—¿Porqué ésta es mi noche de bodas? No te preocupes, McCord. Todo lo que quiero esta noche es lo que siempre me has dado. Pero si quieres una pequeña indicación…

Pru deslizó una mano por el cuerpo de él y le condujo como él había querido.

McCord se dio cuenta de que había cometido una equivocación. El contacto con sus dedos era casi más de lo que podía soportar en ese momento.

—Es suficiente —dijo él entre jadeos. Luego, apartó la mano de Pru—. Olvídalo. No es una buena idea. No duraré si no retiras la mano.

McCord había esperado lo suficiente. Ella había dicho que no había necesidad de tener más cuidado que de costumbre. Él se fiaba de que ella supiese lo que era mejor en semejantes circunstancias. Pru nunca haría nada que pudiese poner en peligro su embarazo.

La imagen de Pru más redondeada y llena con su hijo ocupó la

mente de McCord mientras introducía todo el deseo contenido durante dos semanas. Era una imagen insoportablemente excitante que amenazó con acabar con el poco control de sí mismo que le quedaba.

Como si sintiese el poderoso deseo que le sacudía, Pru respondió inmediatamente. Su cuerpo comenzó a temblar. Sus ojos estaban firmemente cerrados a las olas de sensación que tensaban su delgada suavidad. McCord anhelaba la sensación del cuerpo de Pru cuando vibraba sensualmente como lo estaba haciendo esa noche. El efecto en él era más fuerte que el de una droga. Llenaba todos sus sentidos, mandándole oleadas de placer por todo el cuerpo.

Nunca podría saciarse de ella, pensó. Deslizó una mano por debajo de Pru sujetándole las caderas y empujó su miembro al mismo tiempo que se sentía parte de ella.

—Sí, McCord. Sí, mi amor. Por favor, por favor, oh, sí, por favor.

Él oyó el quebrantado acento del último «por favor» y luego sintió que el cuerpo de Pru se cerraba sobre el suyo. Ella estaba fuera de sí, sus sentidos escapaban a todo control, como siempre ocurría.

—Oh, Dios, Pru.

Lo que McCord pudo decir después se perdió entre espasmódicas sacudidas de alivio. McCord se aferró a Pru con una fuerza tal que ni una bomba podría haber les separado. La asió con violenta fuerza mientras juntos compartían momentos de exquisita y silenciosa unión.

Permanecieron abrazados en la cama durante un rato hasta que sus cuerpos volvieron a la realidad. McCord esperó a sentir su respiración a un ritmo normal antes de que, reluctantemente, saliera del cálido y suave cuerpo de Pru.

—Mi esposa.

La extraña sensación de posesividad y satisfacción que había experimentado desde que puso el anillo en el dedo de Pru aquella tarde le sobrecogió. Luego, miró aquel amado rostro.

—Ahora eres mi esposa.

—Y tú eres mi marido.

Los ojos de Pru reflejaban felicidad. Se acurrucó contra él Y McCord pudo sentir la confianza que le tenía ella mientras buscaba refugio en sus brazos.

—Estoy contento —dijo repentinamente McCord—. Estoy contento de que todo esté ya claro. No volverás a salir corriendo.

Fue una afirmación, no una pregunta, pero a Pru no pareció molestarle ni importar le. Ella depositó un leve beso en el húmedo pecho de McCord y agitó la cabeza con resolución.

—Nunca más.

Mientras Pru se dormía en sus brazos, McCord se preguntó lleno de afecto cuánto tiempo más le iba a tener ella esperando hasta contarle lo del niño.

Pru se despertó a la mañana siguiente con un claro malestar. Se sintió momentáneamente desorientada y luego recibió el impacto de una náusea.

Había creído que sería una de las afortunadas que no sufrían mareos matutinos. Aparentemente se había equivocado.

—Oh, Dios.

Se quedó tumbada muy quieta, mirando al techo con la esperanza de que se le pasase el malestar.

McCord se agitó por el sonido de las palabras de Pru. Su brazo descansaba sobre el estómago de ella. Pru deseó con todas sus fuerzas que lo retirase. Normalmente, le encantaba que él la abrazase mientras dormían. Pero aquella mañana el peso en su estómago parecía contribuir a aumentar aquella desagradable sensación.

—¿Ya estás despierta?

McCord se había dado media vuelta y había colocado un pie sobre la pierna de Pru. Después, movió la mano sobre el estómago de ella.

El pequeño movimiento fue suficiente como para que el malestar se convirtiese definitivamente en angustia. Pru se sintió súbitamente segura de que permanecer tumbada quieta no le iba salvar.

¡Que forma de darle la noticia!

—¿Cariño? —Le dijo McCord examinándola—. ¿Te encuentras bien?

—Tengo que ir al cuarto de baño —respondió Pru urgentemente.

Pru retiró las mantas de la cama y se incorporó.

—Ya veo.

Pru ya se encontraba frente a la puerta del baño, la abrió y la

cerró de un golpe, echando el seguro.

Los siguientes minutos fueron bastante desagradables para Pru. Pero le resultó aún más desagradable la idea de que era una forma muy estúpida de darle a McCord la noticia de que estaba embarazada. Había planeado hacerlo de modo mucho más digno y romántico.

Acabó de vomitar justo en el momento en que McCord empezó a golpear la puerta.

—¿Pru? ¿Estás mala? ¿Qué te ocurre? Abre la puerta, cielo.

A Pru se le ocurrió pensar que nunca se había puesto mala delante de él. Normalmente, tenía una salud de hierro.

—Estoy bien, McCord. Saldré dentro de un minuto.

—Abre ahora mismo la puerta, Pru.

La preocupación fue rápidamente reemplazada por la firme orden de la voz de McCord.

Pru conocía ese tono de voz. También sabía que no iba a contárselo esa misma mañana. La náusea ya había pasado, pero aún se sentía débil. No tenía sentido discutir con McCord a menos que se sintiese en plena forma. Ya era difícil incluso en ese caso. Vacilante, Pru abrió la puerta.

McCord permaneció en el umbral con las manos en las caderas y mirándola con una fiera preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Es sólo que me desperté con náuseas, eso es todo.

Él la examinó el pálido rostro.

—Ya lo veo. ¿Te sientes mejor ahora?

—Creo que sobreviviré.

Parecía que McCord iba a añadir algo, pero luego cambió de idea. Su voz se suavizó.

—Túmbate un rato, cariño. Me daré una ducha y luego hablaremos cuando salga. Para entonces, te sentirás mejor.

¿Hablar de qué?, Se preguntó Pru. ¿Cómo sabía él que ella quería hablarle de algo importante? No podía comprender sus palabras, pero no quiso contradecirle. Unos momentos en la cama serían suficientes para sentirse mejor. Podría pensar, mientras tanto, cómo decirle que iba a ser padre.

Él la condujo hasta la cama y luego le dio una palmadita en los hombros. Después, le sonrió enigmáticamente.

—Estaré de vuelta dentro de quince minutos.

McCord se inclinó y la besó en la frente. Luego desapareció en el cuarto de baño.

Pru le siguió con la mirada, perpleja. Se estaba tomando con demasiada tranquilidad que su esposa se sintiese enferma nada más despertarse. Pru se preguntó cuánto tardaría en atar cabos. McCord no era tonto. De hecho era terriblemente listo.

Pru asimiló el hecho y la luz comenzó a abrirse paso en su mente.

Él lo sabía.

De repente, se sintió segura de ello. Pru apartó las ropas de la cama y se incorporó de un salto.

—Es imposible —se dijo a sí misma con la respiración entrecortada.

No podía saberlo. Nadie excepto su hermana lo sabía, y estaba segura de que Annie no había descubierto su secreto.

Sólo había una fuente de información. Debían haber telefoneado de la clínica por alguna razón. O quizás habían mandado una carta.

La cuenta. Por supuesto. Había olvidado la cuenta que tenía que llegar por correos. McCord debía haber tenido la mayor sorpresa de su vida al abrir la carta.

Un poco temblorosa, Pru miró alrededor de la habitación. Era improbable que él hubiese dejado el papel en casa, ya que habría contado con la posibilidad de enfrentarse a ella con lo que sabía.

McCord siempre estaba preparado. Debía llevar la cuenta de la clínica consigo como prueba en caso de que ella hubiera intentado negar que estaba embarazada. Pru cruzó la habitación precipitadamente Y abrió la puerta del armario. Oyó el ruido de la ducha en la distancia mientras, rápidamente, rebuscaba en los bolsillos de la chaqueta de McCord. Luego, se arrodilló para abrir la cremallera de la bolsa de viaje de él.

En su interior encontró muda limpia, camisas, un par de corbatas de seda y un sobre con la dirección de la clínica.

Pru se puso de pie muy despacio, con el sobre en sus manos, mientras la puerta del cuarto de baño se abría. Se dio la vuelta y vio a McCord de pie en la puerta con una toalla atada a la cintura. Él la observaba con ojos impenetrables.

—¿Qué ocurre, Pru?

Los dedos de ella aferraron el sobre.

—Lo sabías, ¿verdad? Te enteraste de que estaba embarazada. Por eso insististe en casarte conmigo. Lo sabías.

Capítulo 5

—Lo sabía —dijo McCord con calma.

—¡Maldita sea! ¿Por que no me lo dijiste? —Gritó Pru.

—¿Por qué no me dijiste tú nada? —contraatacó McCord.

—¡No quería que te casaras conmigo por el hecho de haberme dejado embarazada!

—¡Demonios! —exclamó McCord con tono muy severo—. Debí suponerlo. Me estuve preguntando por qué no me lo habías contado. Pensé que quizás eras demasiado orgullosa como para utilizar al niño con el fin de conseguir lo que querías. Supongo que, en parte, también ha sido por eso, ¿no?

Ella ignoró su lógica.

—¿Cómo has podido hacerme esto, McCord? Lo has estropeado todo.

Pru sintió cómo sus emociones se escapaban a todo control. Arrojó el sobre incriminador a la papelera, pero éste cayó sobre la alfombra.

McCord se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta. Siempre hacía lo mismo en semejantes situaciones, pensó Pru resentida. En las raras ocasiones en las que habían discutido acaloradamente, McCord había pasado gran parte del tiempo apoyado contra el marco de alguna puerta observándola con aquella profunda mirada.

—Te estás dejando llevar por las emociones, Pru. Supongo que es natural en tu estado, pero creo que será mejor que te tranquilices y mires la situación de forma más racional.

—¿De forma más racional? —Estalló ella—. ¿Significa eso que mi tía tenía razón? ¿Que debería estar agradecida que decidieras casarte conmigo? Bueno, tengo noticias para vosotros dos. No soy una pobre chica de pueblo que piensa que la única forma de salir de la pobreza es casándose. Puedo permitirme el lujo de tener este niño y mantener lo yo sola. Muchas mujeres lo hacen en nuestros días.

—Pero tú no vas a tener este niño sola y a criarlo sola, ¿no es cierto, Pru? Ahora estás casada conmigo.

McCord miró deliberadamente el vientre de Pru y luego volvió a levantar la vista.

—Yo soy el padre de tu hijo. Si no hubiera ido detrás de ti, nunca me lo habrías contado, ¿verdad? ¿Por qué no, Pru? ¿Tenías miedo de que si me enteraba de que estabas embarazada te hubiera dejado o te hubiera exigido que abortaras?

Ella se quedó mirándole con expresión atónita. Era la frialdad de sus palabras, más que lo que había dicho, lo que la sorprendió.

—Por supuesto que no. Tenía miedo de que te casaras conmigo si te enterabas de que estaba embarazada. Por eso no te lo dije. ¿Lo entiendes?

Él se apartó de la puerta y empezó a caminar en dirección a Pru lentamente. Ella intentó retroceder, pero no había sitio donde hacer lo. El armario se encontraba justamente a su espalda. Cuando las manos de McCord se cerraron sobre sus hombros, ella se sobresaltó, no porque le hubiera hecho daño sino por la expresión de los ojos de él.

—No, no lo comprendo —dijo McCord—. Tú que rías que nos casásemos. Si pensabas que me casaría contigo si sabía que estabas embarazada, ¿por qué no lo utilizaste como un medio de conseguir lo que deseabas? Dime, Pru. Eso es algo que no he conseguido entender.

—Forzarte a casarte conmigo porque voy a tener un niño no es una base muy sólida para hacer que un matrimonio salga bien. Te di un ultimátum, como tú lo llamas, porque pensé que quizás te haría comprender y te haría ver que lo que había entre los dos era una garantía suficiente como para… como para establecer algo más permanente. Cuando viniste a casa de mi hermana en Pasadena, me imaginé que, por fin, habías llegado a esa conclusión y que querías

casarte conmigo después de todo.

McCord agitó levemente los brazos de Pru.

—Pru, escúchame. Yo quería casarme contigo.

—Porque te enteraste de que estaba embarazada.

—No voy a negar que ésa fue una de las razones, pero te habría seguido incluso aunque no hubiera llegado esa factura de la clínica.

Ella le miró fijamente.

—Sólo contéstame a una pregunta, McCord.

La boca de McCord se puso tensa.

—¿Qué pregunta?

—¿La factura de la clínica llegó antes o después de que hubieras decidido venir a buscarme a Pasadena?

Hubo una breve pausa que le dio a Pro la respuesta antes de que McCord abriera la boca. Ella dio un suspiro de resignación mientras él decía cautelosamente:

—Pru, la factura de la clínica llegó con el correo el día después de que te marcharas. Yo todavía estaba hecho una fiera porque te hubieras atrevido a dejarme.

Pru asintió, aceptando los hechos.

—Entonces fue saber que estaba embarazada lo que te hizo actuar. Apareciste en pasadena unos días después. Me imagino que te llevó tu tiempo enterarte de dónde estaba.

—Sí, maldita sea. Tuve que convencer a J. P. de que me diera tu ficha personal. No fue fácil localizarte. ¿Por qué no me contaste nada sobre tu familia, Pru?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué nunca me hablaste tú de la tuya? Vamos, McCord. Los matrimonios se intercambian información sobre sus respectivas familias. Sin embargo, la gente que mantiene una relación sin ataduras no tiene por qué hablar de semejantes cosas.

—No sé por qué no. Siempre hemos hablado de todo.

McCord la soltó, atravesó la habitación Y se colocó junto a la ventana.

—No hiciste ningún esfuerzo por hablarme de tu familia porque estabas avergonzada de vivir conmigo. ¿No es eso, Pru?

—Deberías estar agradecido —murmuró ella—. La tía Wilhelmina habría ido con un montón de piedras a tirártelas a la cabeza si se hubiese enterado de que estaba viviendo contigo.

—¿Y tu hermana?

—Se lo conté cuando me fui a vivir contigo. Ella lo comprendió —dijo Pru con calma.

—¿Pero no lo aprobó?

—Estaba preocupada por mí. Creo que pensó que estaba corriendo un gran riesgo.

—Y cuando apareciste en la puerta de su casa sola y embarazada, entonces supo con seguridad que sí habías corrido un gran riesgo, ¿no?

McCord volvió la cabeza con expresión dura en los ojos.

Pru se acercó despacio hasta la cama y se sentó en ella, de espaldas a McCord.

—Debería haber tomado más precauciones. Debería haber tenido más cuidado.

Se hizo un silencio a sus espaldas y luego McCord dijo suavemente:

—Fue culpa mía. Ocurrió la noche que volví de África, ¿no?

Pru asintió.

—Sí.

Él se frotó la nuca siguiendo un reflejo instintivo, como si intentase hacer desaparecer la tensión.

—Nunca me he sentido tan fatigado, disgustado Y deprimido en mi vida como la noche que volví de ese viaje. Nunca había visto la muerte tan dolorosamente. Intentar vislumbrar el futuro de esa gente es casi imposible. Los esfuerzos de la Fundación representan una ayuda insignificante comparado con lo que la tierra, la naturaleza y los gobiernos están haciéndoles a esas personas que intentan mantenerse vivas.

—Lo comprendo —respondió Pru al escuchar la profundidad y las implícitas emociones de la voz de McCord.

—Cuando me desperté a mitad de la noche y me di cuenta de que estaba en casa y de que tú estabas conmigo, no pensé en tomar precauciones. Todo lo que quería era confirmar el hecho de que ambos estábamos aún vivos y de que había un futuro. A la mañana siguiente, pensé en lo descuidado que había sido. Luego, lo olvidé porque tú no dijiste nada. Nunca se me ocurrió que no me contarías nada si te quedaras embarazada.

Él no tenía por qué dar aquellas explicaciones, pensó Pru. Sabía

lo mucho que ese viaje a África le había afectado. Cuando McCord se despertó a mitad de la noche, ella tampoco se había preocupado en tomar precauciones. Todos sus instintos se habían volcado en ofrecerle cariño y ternura.

Por primera vez aquella mañana, Pru se sintió capaz de ironizar.

—Supongo que has conseguido una irrefutable evidencia de la determinación de la vida por continuar —murmuró ella.

Pru sintió que su pequeño estallido de humor le había dejado sorprendido. McCord se apartó de la ventana, se acerco a la cama y se sentó junto a ella. Pru sintió la fuerza de su brazo cuando le rodeó los hombros.

—Sé que no es un comienzo parecido al de un cuento de hadas como a ti, probablemente, te habría gustado —dijo McCord despacio—. Resulta fácil ver que no soy un príncipe azul. Pero vamos a hacer que esto funcione. Te lo dije anoche, te dije que los dos hemos hecho promesas y compromisos.

—¿Y ahora te encuentras atrapado por esas promesas y esos compromisos? —Le retó Pru.

—Sabes muy bien la respuesta. La mirada de McCord era observadora y sombría.

Pru pensó en lo mucho que amaba a aquel hombre y luego pensó en el niño que llevaba dentro. El niño tenía derecho a saber quién era su padre. Despacio y deliberadamente, Pru controló sus emociones. McCord tenía razón, por supuesto. Normalmente la tenía cuando se trataba de aspectos prácticos y racionales de la vida.

—Dadas las circunstancias, el matrimonio parece ser la mejor opción —dijo ella al cabo de un rato.

—Es la única opción y, además, ya está hecho. No hay forma de retroceder.

Pru sonrió débilmente.

—No tienes que volver a repetirlo. Estaba demasiado susceptible hace un rato, pero ahora ya he vuelto en mí.

—Me alegro de oírtelo decir.

No obstante, McCord no parecía completamente convencido.

—Supongo —comenzó a decir Pru pensativa— que la tía Wilhelmina tiene razón. Realmente debería estarte agradecida por haberte casado conmigo. Muchos hombres no se habrían

preocupado.

La mandíbula de McCord se puso rígida.

—¡Por Dios, Pru! No quiero tu gratitud. Los dos hemos originado esta situación y pasaremos por ella juntos. La boca de Pru se curvó ligeramente mientras se liberaba del brazo de McCord y se ponía en pie.

—¿Quieres decir que no tengo que arrodillarme tres veces al día y besarte los pies los viernes?

Él se levantó también y movió las manos posesivamente alrededor del cuello de Pru.

—Puedes besarme los pies —dijo él deliberadamente— en el momento que quieras.

Pru arrugó la nariz.

—No creo que esa clase de divertimento sea bueno para el niño.

La mirada de McCord se suavizó y la atrajo hacia sí, hundiendo el rostro en el cabello de Pru.

—Todo va a salir bien, cariño. Todo va a funcionar. Puede que hayamos comenzado con algunas dificultades, pero las aguas volverán a su cauce una vez que decidamos no estar saltando constantemente a la mínima ocasión.

—Quieres decir que decida no saltar cuando tú dices algo, ¿verdad McCord? Lo cierto es que tú has sido muy comprensivo y generoso en este asunto desde el principio. Ahora me doy cuenta. Perdona por haberme comportado de forma tan egoísta y por haberme dejado llevar por mis emociones e impulsos. Te prometo que no volverá a ocurrir.

McCord bajó la mirada, la fijó en el rostro de Pru y sonrió irónicamente.

—¿Hablas en serio?

Pru asintió decididamente.

—Sí, hablo en serio. No te rías de mí, McCord. Ya he pasado suficiente. No necesito que te rías de mí.

Él gruñó y la estrechó entre sus brazos.

—No me estoy riendo de ti, cielo.

Los senos de Pru quedaron apretados contra el duro pecho de McCord.

—Lo que ocurre es que siento un gran alivio al saber que no va haber más discusiones respecto a nuestro matrimonio.

—Casi nunca discuto contigo, McCord.

—Lo sé. Pero cuando lo haces, me parece encontrarme en medio de una terrible tormenta. Eres impredecible. No sé en qué dirección moverme por miedo a provocarte más.

—Eso no parece impedirte responderme —observó ella secamente.

—Un hombre tiene que hacer algo cuando su mujer echa chispas.

McCord empezó a bajar la cabeza con el fin de besarla, pero ella se escapó de sus brazos.

—¿Pru?

—Se está haciendo tarde. Será mejor que me dé una ducha.

Pru ya había comenzado a andar en dirección al cuarto de baño.

—Parece que me ha vuelto el apetito. No puedo resistir más. Estaré lista dentro de unos minutos, McCord.

La puerta se cerró con cierto impulso. McCord se la quedó mirando pensativo durante un largo momento. Quería creer en lo que le había dicho a su esposa. Quería convencerse a sí mismo de que todo había quedado claro y que todo iría sobre ruedas entre ellos dos desde ese momento.

Pero no tenía sentido engañarse a sí mismo. Pru había aceptado el matrimonio, pero no se sentía verdaderamente feliz o contenta con la situación. Quería estar casada por las razones que ella creía correctas y apropiadas. Y estaba convencida de que él se había casado con ella sólo por un sentimiento de deber y responsabilidad.

Él no disponía de recursos para probar lo contrario.

McCord pasó algún tiempo meditando sobre la ironía de las conclusiones de Pru. Ella había asumido que él se había casado porque se sentía responsable por el niño. McCord se preguntó qué pensaría su familia si supiese lo que pensaba Pru. A McCord aquello le hizo mucha gracia.

Apartó esos pensamientos de su mente mientras se dirigía al armario y sacaba unos pantalones vaqueros y una camisa blanca de manga larga. Por primera vez, pensó seriamente en su propia reacción cuando vio la factura de la clínica. Habría sido algo maravilloso haberle podido ofrecer a Pru por lo menos la seguridad de que se había enterado de lo del niño después de haber decidido ir a buscarla.

Pero la verdad había sido que se encontraba demasiado irritado y furioso el día siguiente a la partida de Pru. Se había sentido traicionado como nunca antes en su vida, ni siquiera se había sentido así hacía tres años, cuando descubrió que su novia, Laura Reynolds, estaba embarazada. Las emociones que le corroyeron desde el momento en que Pru salió por la puerta de su casa le asustaron por su intensidad.

Había pasado mucho tiempo convenciéndose a sí mismo de que Pru volvería arrastrándose. Incluso había llegado a fantasear sobre cómo reaccionaría cuando ocurriese. Sus fantasías se habían visto apoyadas por la gran cantidad de *whisky* que había consumido después de la interminable y aburrida fiesta de J.
P. Se
mejantes fiestas siempre eran aburridas cuando Pru no se encontraba en ellas para amenizarlas.

Antes de haber pormenorizado todos los detalles de su fantasía, la carta con la factura de la clínica había llegado por la mañana. En el momento en que abrió el sobre, todo cambió.

No, no era verdad. Nada había cambiado. McCord se abrochó los pantalones. El resultado final había sido el mismo. De una forma o de otra, habría encontrado la manera de conducir a Pru de vuelta a dónde pertenecía. Su sitio, tanto si ella lo sabía como si no, estaba en su casa y en su cama.

Durante el desayuno, Pru se quedó sorprendida por su propio apetito. Engulló cuatro tostadas, dos huevos pasados por agua, un Bol. De cereales y un vaso grande de zumo de naranja, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Mientras se terminaba la última tostada, vio que McCord la miraba divertido. Se sonrojó y dejó el resto de la tostada en el plato.

—Si no tengo cuidado, voy a engordar una tonelada —murmuró.

Él recogió el trozo de tostada y lo sujetó junto a los labios de Pru.

—No te preocupes por eso. Vas a estar preciosa gordita.

—Muchas gracias —dijo ella disgustada.

Pero tan pronto como Pru abrió la boca él empujó la tostada hacia su interior y ella no tuvo más remedio que comérsela. Estaba deliciosa. Podría haber comido tres tostadas más, pero tuvo cuidado de no decirlo.

—¿Vamos a volver a La Jolla hoy?

McCord titubeó y luego negó con la cabeza.

—No.

Pru echó una mirada alrededor del lujoso comedor.

—¿Quieres quedarte aquí más tiempo?

Ella no estaba muy segura al respecto. La sensación de estar pasando una verdadera luna de miel había terminado esa mañana.

—Me gustaría que nos quedáramos un poco más —dijo McCord, observándola detenidamente—, pero podemos volver en otro momento. Deberíamos volver a La Jolla tan pronto como sea posible; no obstante, hay algo que quiero hacer antes.

Pru asintió. Reconocía que quería volver a casa. Era extraño el modo en que había considerado la casa de McCord como su propia casa desde el momento en que se fue a vivir allí con él.

—Bien.

Pru no ocultó el alivio que sintió. La luna de miel había terminado definitivamente. Había terminado incluso antes de empezar.

McCord vio su reacción y sus oscuros ojos adoptaron una severa expresión.

—Un viaje de una noche no es lo que se dice una luna de miel.

Pru levantó un hombro con estudiada negligencia.

—Es perfectamente adecuado dadas las circunstancias.

Él pareció querer discutir ese punto, pero no lo hizo. Por el contrario, dijo con voz tranquila:

—Hay algo que tenemos que hacer antes de regresar a casa.

Ella le lanzó una mirada interrogante.

—Eso es lo que has dicho. ¿De qué se trata?

McCord sostuvo la taza de café con las dos manos y dio un largo sorbo.

—Quiero presentarte a mi familia.

Pru consideró lo que acababa de oír.

—Haces que parezca como si quisieras presentarme a juicio. ¿Se parecen los miembros de tu familia a mi tía Wilhelmina?

—Créeme, Pru —dijo McCord bruscamente—, la tía Wilhelmina no es nada comparada con mi familia. Al menos, tu tía nunca te desheredó ni pensó que eras desleal, amoral y la deshonra de la familia.

—No estoy segura de que me gusten esos calificativos. Son demasiadas cosas. ¿Qué clase de familia es la tuya?

—Muy orgullosa, muy obstinada y una familia que nunca perdona. También es muy rica. Mi padre empezó a hacer dinero muy pronto con unos terrenos en California. Yo crecí en una granja que dio la casualidad de encontrarse en medio de Orange County. Hace veinte años, mi padre vendió el terreno a una inmobiliaria por una fortuna. Mi padre es un hombre muy sagaz. Ocurrió que tenía un don especial para hacer dinero con la tierra. Convirtió los beneficios de la venta en una compañía inmobiliaria de gran éxito. Oficialmente, todavía sigue siendo presidente de McCord Enterprises, pero día a día ha dejado todo en manos de mi hermano Kyle. Kyle está resultando ser tan sagaz como mi padre y con más éxito. McCord Enterprises está creciendo como la espuma.

Los ojos de Pru se agrandaron.

—¿Tus padres, los dos, están vivos?

—Y mucho —dijo McCord interrumpiéndose para dar otro sorbo de café—. Lo mismo que mi hermano Kyle y mí cuñada Carrie. Kyle es el orgullo de la familia McCord.

La forma en que él pronunció aquellas palabras llamó la atención de Pru.

—¿Se suponía que ése debía ser tu trabajo? ¿Antes de que… te desheredaran?

—Soy el hijo mayor —dijo McCord sin ninguna inflexión de voz —. Mi padre siempre asumió que estaría hecho a la horma de su zapato. Incluso después de que yo insistiera en estudiar agricultura, todavía seguía alimentando sus esperanzas… Intenté complacerle durante unos años.

Pru ladeó la cabeza y comenzó a dar golpecitos en la mesa.

—Tuviste suerte de que te echaran del seno familiar, ¿no?

Fue McCord quien esta vez se sorprendió.

—¿Por qué dices eso?

—Eso te libró de convertirte en un ejecutivo y seguirle los pasos a tu padre. No puedo imaginarme un destino peor para ti, McCord. Necesitas poder estar en contacto con las cosas básicas de la vida. —Pru se interrumpió y sonrió tiernamente—. Eres un agricultor de corazón. Ya os resultan bastante difíciles a ti y a J. P. las relaciones públicas que la Fundación requiere. No puedo imaginarte detrás de

una mesa de despacho durante todo el día. Si te hubieras hecho cargo de la compañía de tu padre, te habrías encontrado atrapado en los confines de una elegante oficina. Lo más cerca que habrías estado del campo habría sido en un campo de golf.

McCord continuó mirándola fijamente durante un largo momento y luego una sonrisa le iluminó el rostro.

—Tienes razón, ¿sabes? Habría sido un desastre. No me di cuenta de ello hasta que no me alejé de allí.

—¿Te alejaste, McCord?

—Oficialmente no. Mis padres dejaron muy claro que les había decepcionado enormemente y que no era merecedor de mi nombre ni de mi apellido. La discusión fue deteriorándose rápidamente después de aquello.

Terminó con mi decisión de marcharme. Cogí el Ferrari y lo que tenía en el banco y eso fue todo.

—¿Qué demonios hiciste para poner a toda tu familia completamente en contra tuya?

Pru no podía imaginar que ningún padre no estuviera orgulloso de tener un hijo como McCord.

—Es una larga y aburrida historia, Pru.

McCord no quería continuar la conversación. Era como si una cortina se hubiera corrido sobre sus ojos. De nuevo, éstos parecían muy oscuros e insondables.

—Digamos que no me casé con la mujer con quien debía casarme.

La boca de Pru se abrió por la sorpresa.

—¿Se suponía que tenías que casarte con alguien en particular? —Preguntó ella tímidamente.

—Fue hace tres años. Ya te lo he contado. Ahora ella está muerta.

—¿La novia sobre la que me hablaste la otra noche durante la cena? —Preguntó Pru nerviosa.

—Eso es. Su padre era el mejor amigo de mi padre y su socio en muchos negocios. Se suponía que Laura iba a heredar un buen pellizco de McCord Enterprises. Poco tiempo antes de morir su padre, él le pidió al mío que cuidara de Laura. Mis padres la miraban como la hija que nunca tuvieron. La madre de Laura había desaparecido años atrás después de su divorcio por lo que, cuando

su padre murió, los McCord se convirtieron en su familia. Ocurrió que todo el mundo pensó que Laura y yo hacíamos una buena pareja.

—¿Incluyendo a ti y a Laura?

Pru contuvo la respiración. Conscientemente, intentó liberar la tensión que se había apoderado de ella.

—Sí —repuso McCord—. Incluyéndonos a Laura ya mí. Era un hermoso ángel rubio. Todo el mundo la quería. Y ella decía que me quería.

—Oh —dijo Pru como toda respuesta.

—Sí, oh.

—¿Y bien? —Dijo finalmente Pru—. ¿Qué ocurrió?

McCord miró su café.

—Cambié de idea respecto al noviazgo. Decidí que, después de todo, no quería casarme con ella. Cuando se lo dije, se enfureció. Estaba histérica. No me atreví a dejarla sola esa noche hasta que, sin saber por qué, se calmó. No salí de su apartamento hasta casi las dos de la mañana, cuando se encontró lo suficientemente tranquila como para echarme. Pero inmediatamente después de que yo me hubiera marchado, ella salió y cogió su coche. La policía dijo que debía ir a casi ciento sesenta kilómetros por hora cuando perdió el control del vehículo.

—Oh, Dios mío —exclamó Pru.

Los ojos de McCord se endurecieron.

—Murió tres horas después en el hospital. Mi familia se congregó junto a su lecho. Fue una escena muy dramática. Laura recuperó la conciencia durante el tiempo suficiente como para informar a todo el mundo allí presente de por qué había ido por una carretera de Los Ángeles a casi ciento sesenta kilómetros por hora a las dos y media de la madrugada.

—¿Te culpó a ti? —Preguntó Pru incrédula.

McCord asintió.

—Se puede decir que fui condenado por las últimas palabras de una mujer en su lecho de muerte. Lo que siguió fue terrible, puedes creerme.

McCord no añadió nada más.

—Qué experiencia más horrible. Qué desastre. ¿Pero es que tu familia no comprendió que, aunque se tratase de una tragedia, no

era culpa tuya?

—No. Había… —McCord hizo una pausa, obviamente buscando las palabras adecuadas—. Bueno, había circunstancias agravantes, supongo.

—¿Qué circunstancias agravantes?

—Ya no tiene importancia, Pru. Todo esto ocurrió hace tres años. La conclusión final es que debía haberme casado con Laura. Había mantenido el noviazgo y le había hecho creer que sería mi esposa. Cuando le dije que no me casaría con ella, se volvió loca. Laura tenía un temperamento muy delicado.

Evidentemente, McCord acababa de decidir que ya había hablado suficiente del tema. Pru sabía que no debía presionarle exigiéndole más información, llegados a ese punto. De hecho, estaba sorprendida por todo lo que le había contado. Durante los últimos quince minutos había conocido más aspectos del pasado de McCord que durante los meses anteriores.

—¿Así que, como resultado, tu padre decidió que tu hermano era el hijo que merecía hacerse cargo de la compañía?

—Algo por el estilo. Ahora parece muy sencillo, ¿verdad? Pero por aquel entonces no.

—¿Has visto con frecuencia a tus padres y a tu hermano durante estos tres años?

—Hace dos años pasé el día de Navidad con ellos. Resultó muy incómodo, por decirlo suavemente. No intenté repetir la experiencia.

—¿Pero ahora has decidido presentarme a tu familia? —Preguntó Pru un tanto incómoda.

—No será agradable, pero nadie va a atacarte, Pru. Es a mí a quien culpan por la situación. No nos quedaremos mucho tiempo, te lo prometo. Sólo quiero que sepan quién eres y también que eres mi esposa. Después de todo, tendrán que enterarse tarde o temprano.

—¿El niño? —Preguntó ella—. ¿Tienes que contarles lo del niño ahora? ¿No podríamos esperar?

—¿Por qué quieres esperar? —Preguntó McCord.

Pru estudió la forma de expresar sus razones con palabras.

—Es demasiado pronto. Todavía me estoy acostumbrando a la idea de que estoy embarazada. Dame un poco más de tiempo, McCord.

—Nada va a cambiar con el tiempo —señaló él con ternura—. Simplemente estarás más y más gorda.

—No tiene gracia —replicó ella viendo humor en la mirada de McCord.

—Lo sé. No debería gastarte bromas al respecto. Me doy cuenta de que has pasado por mucho las últimas semanas. Ahora te estoy pidiendo que te enfrentes a unos familiares a los que ni yo mismo tengo mucho aprecio. No añadiré más tensión anunciando que nos casamos ayer, pero que ya estabas embarazada.

—Gracias, McCord —respondió ella cortésmente.

—Estás un poco avergonzada, ¿no? Ésa es la verdadera razón por la que no quieres que mencione él embazarazo. No quieres que nadie piense que tuviste que casarte.

Pru se mordió los labios. No estaba segura de sus razones. Sólo sabía que se encontraba nerviosa y tensa y que sentía todo tipo de emociones propias de las futuras madres.

—Prefiero no decir nada todavía —murmuró ella con obstinación.

—Si crees que te va a resultar difícil que la gente piense que tuviste que casarte porque estabas embarazada, ¿cómo demonios pudiste pensar que podías tener un hijo tú sola?

—Eso es diferente.

—¿Cuál es la diferencia?

—No puedo explicarlo y ya estoy harta de intentarlo. Vamos a dejar este tema. Anunciaré mi embarazo en el momento apropiado.

Todo se relacionaba con la idea de que Mccord se había casado con ella sólo porque era la clase de hombre que no eludía las responsabilidades. Pru se había casado por razones equivocadas. Necesitaba tiempo para aceptarlo. McCord agitó la cabeza medio impaciente medio comprensivo.

—Mujeres —gruñó él.

—Hombres —replicó ella.

Capítulo 6

Pru recuperó el control de sus emociones en el momento en que McCord terminó de meter el equipaje en el coche. Se repitió a sí misma que no tenía razón alguna para quejarse de la situación. Debería estar agradecida, su tía Wilhelmina lo había expuesto muy claramente. Pru sabía muy bien que muchas mujeres, en circunstancias similares, se habrían encontrado solas. Ella tenía la suficiente suerte de estar casada con el padre del niño. No tenía motivos para quejarse de su destino.

McCord acomodó a Pru en el asiento delantero y luego se puso al volante. La lanzó a Pru una rápida e interrogativa mirada Y giró la llave del motor.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—Tienes una expresión extraña. ¿En qué estás pensando?

Pru sonrió forzadamente, lo que hizo que su expresión pareciese aún más rara.

—Estaba manteniendo una conversación conmigo misma.

—¿Sobre qué? —Preguntó él mientras sacaba el coche del aparcamiento.

—Sobre no quejarme cuando, realmente, no hay motivos para que me queje —le respondió ella.

—¿Has decidido estar agradecida, en vez de quejumbrosa?

A ella no le gustó el tono de voz empleado por McCord.

—No tengo intención de exagerar, pero sí, supongo que debería sentirme bastante agradecida.

—Te he dicho que no quiero tu gratitud —le contestó él.

—¿Prefieres entonces que me den ataques y que me rasgue las vestiduras por mi destino? —Contraatacó ella.

—Como J. P. diría, alguna gente se quejaría de que les colgaran con una cuerda nueva.

—Eso suena sospechosamente parecido a lo que diría mi tía Wilhelmina. Y no me estoy quejando. Te lo he dicho, estoy practicando cómo mostrarme agradecida.

—¿Qué te parece si dejamos el tema?

Pru le miró de soslayo y se dio cuenta de que McCord estaba haciendo un esfuerzo por mantener la calma. Pru sabía muy bien cuándo estaba enfadado. La mandíbula se le ponía rígida por la fuerza de las emociones reprimidas.

—Será lo mejor —asintió ella suavemente y luego centró su atención en el paisaje.

El océano Pacífico se extendía hacia el horizonte por la izquierda, tomando el Ferrari como punto de referencia. La niebla matutina, que con frecuencia se posaba sobre la línea de la costa en verano, había desaparecido bajo los rayos del sol. Sería un día cálido.

—¿Dónde viven tus padres? —Preguntó Pru después de treinta minutos de silencio.

—Tienen una casa a las afueras de Santa Bárbara respondió McCord en tono neutral.

—¿Dónde está la empresa?

—En Los Ángeles.

—¿Y tu hermano y su esposa? ¿Viven en Los Ángeles?

—En Marina del Rey —contestó McCord escuetamente, mencionando uno de los elegantes vecindarios de la costa, a las afueras de Los Ángeles.

—¿Nos esperan tus padres?

—Telefoneé a mi madre ayer y le dije que llegaríamos hoy sobre el mediodía. Sólo nos quedaremos una o dos horas, Pru. Supongo que sobreviviremos.

—Con eso, tu deber para con la familia habrá acabado ¿no? ¿Sólo tienes que presentarles a tu nueva esposa yeso es todo lo que se necesita dadas las circunstancias?

—Exactamente —le confirmó él—. Aunque no te llevo

respondiendo a un sentido del deber.

—Entonces, ¿por qué?

Pru se sentía genuinamente curiosa.

—No estoy seguro —respondió McCord con sorprendente sinceridad—. Creo que tiene algo que ver con el hecho de que quiero que sepan que la familia se continuará conmigo, tanto si lo aprueban como sino. Quiero que sepan de tu existencia.

Pru se quedó meditando durante un momento.

—¿Se quedó tu madre sorprendida al enterarse de que te has casado? —Preguntó Pru finalmente, con una voz bastante cautelosa.

—Mucho.

Pru gruñó para su adentro, preguntándose qué clase de recibimiento la esperaba.

—En ese caso, me alegro mucho de que hayamos decidido esperar para contarles lo del niño. No quiero sentirme responsable de darle a tu madre demasiadas sorpresas a un tiempo.

* * *

La casa de los padres de McCord era una imponente construcción moderna situada por encima del mar y con vistas tanto al mar como a las colinas. Pru se quedó bastante sorprendida por el tamaño y grandiosidad de ésta. Por primera vez comenzó a darse cuenta de lo adinerada que era la familia McCord. Pru contempló la casa mientras McCord aparcaba el Ferrari.

—¿Creciste en esta casa? —Preguntó ella con curiosidad—. Después de que abandonaras la granja, quiero decir.

—No. Mis padres construyeron este sitio hace unos pocos años. La utilizaban como lugar de vacaciones de verano hasta que mi padre se retiró y dejó de llevar McCord Enterprises. Ahora viven aquí.

—Es bastante impresionante —a Pru no se le ocurrió otra forma de describirla.

—¿Te gusta?

—Es un lugar bonito para visitar, pero no me gustaría vivir aquí.

Él soltó una carcajada.

—¿Por qué no?

—Me gusta más nuestra casa.

Él le lanzó una mirada al oír «nuestra casa», pero no dijo nada.

Pru no notó la mirada. No le estaba prestando atención mientras aparcaba el coche. Las puertas de la casa se habían abierto, para dar paso a una atractiva mujer que debía tener cerca de sesenta años, pero que aparentaba diez años menos. Su cabello era rubio y estaba cortado con estilo, lo que acentuaba sus grandes y expresivos ojos. El precioso corte de sus pantalones caqui y la blusa crema que llevaba demostraban su clase social de modo muy sutil.

—¿Tu madre? —Preguntó Pru.

McCord apagó el motor y dirigió la mirada hacia la escalinata.

—Se llama Evelyn.

Evelyn McCord bajó los escalones. Cuando la mujer se encontró más cerca, Pru vio la tensión y ansiedad que no podía ocultar del todo con su brillante sonrisa de bienvenida. La madre de Case estaba mucho más nerviosa con el encuentro de lo que lo estaba Pru. No obstante, Pru contuvo el aliento cuando McCord salió del coche y aceptó el saludo de su madre. Consistió en un breve beso en la mejilla. Ninguno de los dos hizo un esfuerzo por prolongar el contacto físico.

Pru salió lentamente del coche mientras McCord y su madre se volvían hacia ella. Fue el momento en que la mirada de Evelyn se encontró con la de su nuera cuando Pru vio que había algo más que tensión en la profundidad de los ojos de Evelyn. Había una chispa de algo que Pru habría jurado era esperanza.

Las presentaciones fueron hechas rápidamente. Pru sonrió a Evelyn y le tendió la mano.

—Me alegro tanto de conocerte —dijo Evelyn, estudiando el rostro de Pru—. Me sorprendió tanto cuando Case me lo dijo ayer. No tenía ni idea… Es decir, no sospechábamos que tuviera novia, menos que estuviera casado. Entra para que conozcas a Hale. Case, ¿por qué no metes el equipaje en casa? Puedes ponerlo en la habitación que da al oeste. Tiene una vista preciosa.

—No hay necesidad de que meta el equipaje, madre. Pru y yo sólo vamos a quedarnos una o dos horas. Únicamente la he traído para que papá y tú la conozcáis.

Pru pestañeó por la fría y cortante negativa. Vio cómo la chispa de esperanza de los ojos de Evelyn se transformaba en

desesperación.

—Oh, cariño —dijo Evelyn disgustada—. Tenía tantas ganas de que al menos os pudierais quedar una noche. Hace tanto tiempo que no nos vemos. He invitado a tu hermano y a su esposa a cenar. Esperamos que también pueda hacerlo Devin Blanchard. Se quedarán a dormir Y volverán a Los Ángeles mañana por la mañana.

McCord le lanzó a su madre una indescifrable mirada.

—¿Has invitado a Kyle, a Carrie y a Devin?

Evelyn se sobresaltó, como si él la hubiera acusado de algo. Luego su expresión mostró más firmeza.

—Pensé que era apropiado que conociesen a tu esposa, Case.

Antes de que McCord pudiera responder, la voz de un hombre se oyó desde la puerta.

—Lo menos que podíais hacer, dadas las circunstancias, es quedaros a cenar. Tu madre ha trabajado mucho para prepararlo todo, Case.

Pru se volvió para ver una versión de Case entrado en años, de pie en el umbral de la puerta principal. El oscuro cabello estaba casi plateado, pero la brillante mirada era tan intensa, profunda y orgullosa como la de su hijo. Su rostro estaba fieramente tallado y la masculina arrogancia era inconfundible. Hale McCord todavía era fuerte y de buena constitución, aunque pesaba unos kilos más que su hijo. Pru habría adivinado quién era aunque se lo hubiera encontrado accidentalmente por la calle sin conocerle. Ahora sabía de dónde había sacado Case McCord su orgullo y su arrogancia, y su maldita obstinación.

—Hola, papá. Quería que conocierais a mi esposa, Prudence —dijo McCord con tranquilidad—. Pru, en caso de que no lo hayas notado, éste es mi padre, Hale McCord. Lo siento por los planes que había hecho mamá, pero le dije ayer cuando la llamé que no nos quedaríamos mucho tiempo.

Evelyn le miró con expresión suplicante.

—¿No podríais quedaros por lo menos para cenar, Case? Hace tanto tiempo…

Indefensa, giró para mirar a Pru.

Pru no pudo soportar el dolor en los ojos de la mujer, Sonrió a Evelyn y luego dio unos pasos hacia delante para estrecharle la

mano a Hale.

—No hay razón por la que no podamos quedarnos. ¿O sí, McCord? De hecho, podemos también pasar la noche. No tenemos que estar de vuelta en La Jolla hasta mañana o pasado mañana.

—Pru —comenzó a decir McCord seriamente—, no hay necesidad de quedamos aquí más de una hora.

—Tonterías —repuso Pru con firmeza—. Éste es un lugar precioso y me encantaría pasar aquí la noche.

Pru sintió la tensión en McCord e hizo más amplia su sonrisa.

—Muchas gracias por su invitación, señora McCord. Es muy amable por su parte habernos recibido con tan poco tiempo de antelación.

—Por favor, llámame Evelyn.

La oleada de gratitud maternal casi resultó embarazosa.

—Maldita sea, Pru… —La voz de McCord fue un susurro de furia.

Pru lo ignoró y se encaminó hacia la escalinata con la mano extendida hacia su nuevo suegro.

—Mete el equipaje, McCord —ordenó ella sin darle importancia, aunque rezaba para sus adentros por que él hiciese lo que firmemente le había sugerido—. ¿Cómo está, señor McCord? Le habría reconocido en cualquier parte. Apuesto a que usted también se crió en una granja. Hace maravillas con las espaldas de los hombres.

Hale McCord parpadeó como si no supiese cómo tomarse aquel increíble halago. Después, decidió responder a la mirada divertida de Pru. Aceptó la mano que ella le tendía.

—Tienes razón, Prudence. Pasé muchos años recogiendo judías y labrando la tierra. ¿Quién crees que le enseñó a Case cómo hacer todas esas cosas? Llámame Hale.

—Llámame Pru. Todo el mundo lo hace.

Ella aventuró una rápida mirada hacia el coche y suspiró interiormente cuando vio que McCord estaba sacando el equipaje del Ferrari.

Los ojos de Evelyn se paseaban angustiados del equipaje a Pru como si no pudiera creer del todo que su hijo hubiese accedido a pasar allí la noche. Cuando Pru le sonrió desde lo alto de la escalinata, Evelyn le devolvió la sonrisa con auténtico cariño y

comenzó a caminar con rapidez hacia la casa.

—Gracias, querida —murmuró en tono tan bajo que sólo Pru pudo oírlo—. Muchas gracias.

Luego, Evelyn alzó la voz.

—Vamos, os enseñaré vuestra habitación. Hale, ¿por qué no le echas una mano a Case con el equipaje?

Hale miró en dirección al Ferrari como si no supiese muy bien cómo ofrecer su ayuda. Después asintió y bajó repentinamente las escaleras.

—Vamos, Case, yo llevaré esa bolsa —dijo Hale bruscamente.

—No te molestes, papá, yo lo haré.

—Te he dicho que me des una, demonios.

Sin una palabra, McCord le dio una de las bolsas a su padre, quien se dio media vuelta y entró en la casa.

Pru sintió un temblor de desánimo en la mujer que estaba a su lado y deseó rodear sus hombros con un brazo en señal de simpatía. «Dios mío», pensó Pru, qué familia. Todos se andan con pies de plomo y juegan con dinamita, como diría mi tía Wilhelmina. Por lo menos la tía Wilhelmina no se mordía la lengua a la hora de expresar lo que sentía. No intentaba disimular con aquella enervante y cortés fachada.

Una joven apareció en el corredor, sonriendo.

—Ésta es Sandra —explicó Evelyn—. Nos ayuda con los quehaceres domésticos. Ya ha preparado vuestra habitación, Sandra, ésta es la esposa de mi hijo, Prudence.

—¿Cómo está usted? —Dijo Sandra cortésmente—. No dude en pedirme lo que necesite.

—Gracias —murmuró Pru.

—Ya estamos, Pru. Hale, puedes poner aquí esa maleta.

Evelyn le mostró la elegante habitación decorada en salmón y gris. Alisó la ya perfectamente lisa colcha que cubría la cama. Luego, miró a Pru con ansiedad.

—¿Te parece bien la habitación, Pru?

Una vez más, Pru se sintió impulsada a tranquilizar a la mujer con una abierta y radiante sonrisa.

—Es fantástica. Qué vista tan maravillosa. No podré dormir esta noche. Me pasaré todo el tiempo mirando por la ventana. Es increíble lo diferente que se ve el océano desde un punto de la costa

o desde otro, ¿verdad? La vista desde la casa de McCord, quiero decir desde nuestra casa, es completamente diferente.

Hubo un momento de incómodo silencio en el que Evelyn apartó la vista de Pru para fijarla en el semblante de su hijo.

—No lo sé —murmuró Evelyn—, nunca he visitado a Case en La Jolla.

McCord no dijo nada. Dejó el equipaje en el suelo y se acercó a la ventana como si estuviera ligeramente interesado en las vistas. Hale cambió de posición junto a la puerta. Evelyn se mordió los labios.

Pru reprimió otro suspiro de desánimo y rezó por recuperar el habla durante el resto de la tarde y de la noche. Tomó una resolución.

—¿A qué hora llegarán Kyle y su esposa? Estoy deseando conocerlos.

—Deberán llegar alrededor de las cinco, ¿no crees tú, Hale? —Respondió rápidamente Evelyn, aprovechando la ocasión del principio de una conversación neutral.

—Claro, alrededor de las cinco —repitió Hale.

—Bueno —añadió Evelyn falsamente animada—. ¿Por qué no os refrescáis? Cuando estéis listos, quizás os apetezca dar un paseo por la playa.

—Me parece una idea estupenda —le aseguró Pru.

Casi se desmayó de alivio cuando la puerta del dormitorio se cerró detrás de los padres de McCord. Se dejó caer en la cama y observó las anchas espaldas de su marido.

—Va a ser una velada terrible —dijo McCord.

—Me lo imagino.

—Recuérdalo —le avisó él torciendo la boca irónicamente mientras volvía el rostro hacia Pru—, es culpa tuya. He sido un idiota por haber dejado que me presionaras para acceder a quedamos aquí a pasar la noche. Espero que te diviertas conociendo a tu nueva familia política, Pru.

McCord se encaminó hacia el cuarto de baño que estaba en la misma habitación y cerró la puerta de un golpe.

Pru no supo lo mucho que iban a empeorar las cosas hasta que Kyle y Carrie McCord llegaron unos minutos antes de las cinco. La situación había sido tensa con los padres de McCord, pero Pru no

supo lo que era hostilidad hasta que no conoció a Carrie McCord.

Kyle y su esposa eran una pareja atractiva, Kyle tenía el mismo pelo y los mismos ojos de su padre, pero carecía de la corpulencia de éste y de su hermano. Era delgado y dinámico, e iba vestido con un traje de ejecutivo de perfecto corte, al estilo californiano.

Carrie era una preciosa pelirroja de ojos azules. En circunstancias normales, Pru estaba segura de que su cuñada habría estado delgada y bien proporcionada. No obstante, Carrie estaba muy adelantada en su embarazo, debía estar a punto de dar a luz.

Pru sintió un repentino deseo de confiarle a Carrie su propio embarazo, pero la mujer se mostraba superficialmente cortés; no había ninguna señal de bienvenida para el nuevo miembro de la familia.

«Me odia», pensó Pru sorprendida. «Ni siquiera nos conocemos y ya me odia». Le resultaba difícil de creer que toda la ira y la tensión acumulada en aquella familia se debieran a la acusación de una mujer en su lecho de muerte tres años atrás. Tenía que haber algo más.

—David Blanchard ha decidido en el último momento que vendría a cenar, mamá —le dijo Kyle McCord a su madre mientras saludaba a su hermano y sacaba el equipaje de su BMW—. Llegará en cualquier momento.

—Estupendo —respondió Evelyn, lanzando otra mirada angustiada a su hijo mayor—. Me alegro mucho de que pueda venir. Devin y tú erais muy buenos amigos, ¿verdad, Case? Estoy segura de que te gustará volver a verle. Vamos dentro. Hale estaba preparando unas bebidas.

Todo el mundo pareció contento del pequeño ritual social del cocktail antes de la cena. Hale repartió las bebidas y Evelyn y Pru intentaron mantener la conversación hasta que se oyó el sonido de otro coche acercándose a la casa.

—Ése debe de ser Dev —dijo Carrie y luego le lanzó una mirada a McCord—. No le has visto desde hace mucho tiempo, ¿verdad, Case? Me parece que la última vez fue hace tres años, cuando Laura murió.

Pru no podía creer que su cuñada tuviese la poca delicadeza de introducir en la conversación el nombre de la mujer muerta. Resultaba dolorosamente obvio que todos los demás estaban

intentando evitar hacer ninguna referencia a lo que había pasado hacía tres años.

McCord simplemente se encogió de hombros y le dio un sorbo a su *whisky*.

—No, no le he visto desde entonces.

—Devin y tú trabajasteis juntos en varios proyectos —dijo Evelyn.

McCord le dedicó una media sonrisa.

—Las cosas cambian, ¿no?

Evelyn no tuvo que contestar al comentario porque Hale abrió la puerta en ese momento al recién llegado. Pru examinó a Devin Blanchard con curiosidad.

Era un hombre rubio con los ojos verdes que parecía tener la edad de McCord aproximadamente. Vestido con un caro traje de lino de corte europeo, tenía el atractivo que, normalmente les gustaba a las mujeres. Cuando estrechó la mano de Pru, le dedicó una cálida sonrisa.

—Felicidades por haberle cazado, Pru —dijo Devin en tono informal—. La última vez que hablé con Case sobre matrimonio, juró que nunca en su vida…

Pru hizo una mueca de dolor para sus adentros, pero también se sintió aliviada por tener alguien con quien mantener una conversación normal y en un tono amistoso de voz, por lo que inmediatamente perdonó a Devin por el comentario.

—No ocurre muy a menudo, porque es un hombre muy obstinado; pero, lo creas o no, de vez en cuando cambia de opinión —dijo ella sin darle importancia.

Devin le sonrió y luego a McCord.

—Nada como una mujer bonita para convencer a un hombre de que vuelva a considerar sus decisiones. ¿Qué tal estás Case? Hace mucho tiempo…

—Bien, Dev. ¿Y tú?

McCord se mostraba cortés, su voz tenía un tono neutral.

—Estoy estupendamente. Todavía trabajo para Kyle.

—El consejo de directores ha elegido a Dev vicepresidente hace tres meses —le informó Kyle a su hermano—. Se ha convertido en mi mano derecha.

—Sólo debido a tus recomendaciones —dijo Devin con una

sonrisa.

Kyle se encogió de hombros.

—Es hora de que te paguen por todas las responsabilidades que llevas sobre tus espaldas. Siempre has jugado un papel vital en McCord Enterprises.

Kyle se dirigió a Pru.

—Devin lleva con la compañía varios años. Él y Case hicieron muchas cosas. Nosotros ahora seguimos ganando dinero.

—Ya veo —dijo Pru educadamente.

—Eso fue antes de que Kyle se hiciera cargo del negocio —dijo Carrie con un brillo de beligerancia en los ojos—. Mi esposo ha estado llevando McCord Enterprises durante los últimos tres años. Los proyectos que Kyle ha llevado a cabo desde que Case lo dejó son considerablemente más beneficiosos que los anteriores.

Pru notó el desafío tras las palabras de Carrie y pensó en ello. Luego, recordó que había sido Case McCord quien había sido preparado, originalmente, para llevar las riendas de la compañía. Kyle le había sustituido porque McCord había abandonado tres años atrás cuando él y su padre se pelearon.

Pru, repentinamente, entrevió la posible causa de la hostilidad de Carrie. Era bastante probable que Carrie tuviese miedo de que, al haberse casado por fin, su cuñado hubiera decidido reclamar la herencia perdida. Pru sonrió a la mujer comprensivamente.

—Ya veo que Kyle está haciendo un excelente trabajo en McCord Enterprises —dijo Pru tranquila—. Es extraño como las cosas cambian para mejor, ¿verdad? Resulta bastante evidente que Kyle tiene un don para la dirección de una compañía como también es evidente que McCord habría cometido una equivocación si se hubiera quedado en el puesto.

Todo el mundo en la estancia se volvió para mirar a Pru, Incluso McCord fijó sus ojos en ella interrogativamente. Pero fue Hale quién habló:

—¿Qué te hace pensar eso, Pru?

—Conozco a McCord desde hace varios meses y puedo asegurar que se habría sentido infeliz sentado detrás de una mesa de despacho en McCord Enterprises. El verdadero talento de mi esposo consiste en trabajar y estudiar el campo con el fin de que produzca tanto como pueda dar de sí. Ese talento es muy valioso en muchas

partes del mundo donde la gente, sistemáticamente, se está muriendo de hambre. McCord trabaja para la Arlington Foundation en los campos experimentales y también en clases al aire libre enseñando a los agricultores nuevas técnicas. La única clase de trabajo de oficina que le gusta es cuando hace, sobre el papel, una investigación sobre terrenos o diseña un plan que incremente la productividad de las plantas. Se aburriría en la oficina de una compañía. J. P. dice que tiene un toque mágico para convertir un desierto en un Edén.

Todo el mundo seguía observándola. Carrie la observaba con una clara mirada sospechosa. Devin Blanchard se mostraba educadamente interesado. Kyle parecía no comprender del todo. Los padres de McCord estaban muy sorprendidos por las palabras de Pru y el mismo McCord tenía una expresión divertida e incrédula en su semblante. Fue Hale quien respondió primero.

—¿Quién es J. P.? —Preguntó Hale.

—J. P. Arlington. Es el fundador de Arlington Foundation.

Evelyn asintió despacio.

—Case dijo algo por teléfono una vez sobre ir a trabajar a una fundación de algún tipo.

«Dios mío», pensó Pru, «esta gente apenas sabe dónde vive McCord ni, por supuesto, qué hace para ganarse la vida». Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en su familia hacía tres años, debía haber sido del tamaño del Gran Cañón del Colorado. No obstante, Pru tenía la conversación en sus manos y no iba a dejar escapar esa oportunidad. No había sido la anfitriona ejecutiva de la compañía de J. P. durante los últimos seis meses en vano.

Para su sorpresa, descubrió que sus oyentes parecían fascinados. Carecían del valor de preguntarle a McCord qué era lo que había estado haciendo durante los últimos tres años, pero aprovecharon la oportunidad de saberlo a través de su esposa.

McCord permanecía en silencio, con el vaso en las manos, observando cómo Pru respondía a las preguntas que le formulaban. Llevarla a casa de sus padres le había parecido que era como arrojar a una pobre persona que no sabía nada en medio de una piscina y dejar que se las ingeniase para salir a flote. Pero Pru aprendía rápidamente, pensó él lleno de admiración. Su familia y Blanchard estaban respondiendo de la forma en que, normalmente, la gente

respondía a Pru. Su talento para conseguir que la gente se sintiera cómoda era extraordinario.

Ahora les tenía a todos hablando y escuchando. Algo de la tensión había desaparecido de la habitación. Incluso su padre estaba realmente interesado y hacía preguntas sobre el trabajo de la Fundación. El alivio de su madre por el giro que había dado la situación era obvio.

En general, la forma en que su familia estaba reaccionando resultaba muy difícil de creer. Fue la intensa atención que Devin Blanchard le estaba prestando a Pru lo que despertó la posesividad de McCord.

—Por supuesto, Hale —dijo Pru—. No estoy diciendo que todo el trabajo de McCord consista en utilizar sus conocimientos sobre agricultura. La clase de cosas que tú le enseñaste respecto a cómo dirigir una gran empresa le ha venido muy bien. J. P. confía en McCord una gran cantidad de gestiones administrativas y de dirección en el trabajo de la Fundación. También tiene que viajar mucho por este motivo. McCord ha estado por todo el mundo trabajando para la Fundación.

—Case siempre ha tenido un talento especial para el liderazgo —dijo Hale, mirando a su hijo reflexivamente—. Siempre tuvo la habilidad de juntar un equipo y conseguir que cada miembro trabajase para un objetivo común.

—Bueno, te aseguro que lo ha utilizado muy bien en la Fundación. No puedes imaginarte lo difícil que es convencer a un puñado de pobres Y desesperados agricultores del otro lado del mundo para que prueben una nueva técnica agrícola. Tienen miedo a experimentar algo nuevo por temor a perder lo poco que tienen. Pero él puede hacer que las cosas funcionen.

Carrie miró a su cuñado.

—Parece que te has casado con una animadora de un líder, Case.

Pru se sonrojó por el sarcasmo, pero McCord sonrió enigmáticamente.

—Tengo suerte de tener una esposa que cree en mí por completo —dijo él suavemente—. Todo hombre necesita una mujer que crea en él, ¿no te parece? A veces, no hay otra persona en el mundo que lo haga.

Hubo un incómodo silencio Y todos en la habitación parecieron

tomarse el comentario personalmente.

—Un pequeño tesoro —murmuró Carrie con una mirada subrepticia a Pru.

Incluso su esposo se sintió, en cierta forma, avergonzado por el comentario de Carrie. Se aclaró la voz como tratando de sacar otro tema de conversación.

McCord ignoró los esfuerzos de su hermano. Luego, levantó su vaso a modo de pequeño e íntimo saludo a Pru.

—No te quepa duda de que ella es un tesoro. Odio pensar en lo cerca que estuve de que se me escapara de las manos.

Pru se sintió feliz. Miró fijamente a su esposo, cuya figura estaba iluminada por el sol del atardecer. Sus ojos estaban muy oscuros y profundamente brillantes. En ese momento, le resultó muy fácil creer lo que había dicho.

Pru consiguió evitar a Carrie hasta después de la cena, cuando se encontró a solas con su cuñada durante unos minutos, un poco antes de que los demás se retiraran a sus habitaciones. Había sido una equivocación ir sola a la terraza a respirar la brisa del mar. Le resultó obvio en el momento en que Pru oyó la voz de la otra mujer a sus espaldas.

—Bien, bien, bien —dijo Carrie fríamente—. Te has cansado un poco de jugar a la gran hacedora de paz en la familia McCord, ¿eh?

Pru se apoyó en la barandilla y fijó la vista en el oscuro océano.

—A esta familia no le vendría mal un poco de paz —dijo tranquilamente.

—Esta familia estaba muy bien hasta que tú has aparecido en escena. ¿Cómo demonios has conseguido que McCord se casara contigo? No pareces su tipo.

—¿Cuál es su tipo, Carrie?

—Laura Reynolds por ejemplo. Alta, rubia, con estilo y belleza clásica.

—Y muerta.

—Sí, Y muerta.

Carrie se aproximó aún más a Pru.

—¿Te ha hablado Case de ella?

—Sí.

—¿Te lo ha contado todo?

—Lo suficiente —le aseguró Pru.

—¿Incluso el hecho de que fue él quien la mató?

Pru se agitó nerviosa.

—Él no la mató. ¿Por qué haces semejante acusación? Esa mujer se mató sola conduciendo un coche a ciento sesenta kilómetros por hora. No se puede culpar a nadie por ello.

Los ojos de Carrie brillaron.

—Eso depende de cómo se mire. Tú no estabas aquí hace tres años, Pru. El resto de nosotros sí. No sabes exactamente lo que ocurrió ni a quién hay que culpar.

—Como diría mi tía Wilhelmina, eso es mucho suponer.

—No vas a engañarme ni por un minuto, Pru —la voz de Carrie era un hilo de furia controlada—. Sé perfectamente por qué estáis aquí. Case McCord nunca habría venido si tú no hubieras encontrado una forma de convencerle de que existe la posibilidad de…

Carrie se interrumpió bruscamente.

—¿La posibilidad de qué, Carrie?

Pero Pru estaba casi segura de saber lo que la otra mujer iba a decir.

—Piensas que tú puedes arreglar las cosas en esta familia y hacer que Case vuelva a ganarse la confianza de Hale, ¿verdad? Te has enterado del dinero y el poder que esta familia tiene y piensas que te mereces parte del pastel porque te has casado con el hijo mayor. Debe de ser terrible para ti ver todo este dinero y tú estar fuera. Pero eres lista. Debes de haberte dado cuenta de que Evelyn vendería su alma por conseguir que Case volviera al seno familiar. Y tú vas a intentar justamente eso.

—Carrie, estás completamente equivocada.

—¡Que te crees tú eso! Pero te diré una cosa, Pru, será mejor que hagas honor a tu nombre y que tengas cuidado. Veo perfectamente tus intenciones. Sé lo que estás buscando y no voy a permitírtelo. No voy a dejar que encuentres la forma de que tu marido vuelva a hacerse cargo de McCord Enterprises. Kyle lo ha estado haciendo durante tres años. Lo ha hecho con brillantez. La compañía tiene más dinero ahora de lo que ha tenido nunca. Él se merece seguir al frente de ella. No voy a permitir que tú eches por tierra todo lo que mi marido ha construido.

Atónita, Pru se quedó mirando fijamente a su cuñada mientras

giraba sobre sus talones y se encaminaba de vuelta al cuarto de estar.

Capítulo 7

McCord se dejó caer en el sillón de cuero cerca de la ventana del dormitorio y esperó a que Pru saliera del cuarto de baño. Llevaba sólo los pantalones vaqueros. La habitación estaba a oscuras, la única luz que había era la que salía por la rendija de la puerta del cuarto de baño.

La casa ahora estaba en silencio, pero a él le parecía que la tensión aún espesaba la atmósfera.

McCord pensó que Pru había dejado muy claro que se sentía orgullosa de él. Claro que no conocía toda la historia de lo que había ocurrido tres años atrás. Se quedó mirando la sobrecogedora oscuridad del mar y se preguntó si la férrea defensa que Pru había hecho de él sobreviviría si conociese todos los hechos.

En ese momento, se abrió la puerta que estaba a su espalda y McCord sintió otra clase de tensión en el aire. No volvió la cabeza, pero casi pudo leerle la mente. Volvía a estar nerviosa ante la perspectiva de dormir con él.

La idea le puso furioso porque no sabía cómo hacer para anular esas emociones.

—Te avisé que no sería una visita muy agradable. Si no hubieras decidido ignorar mis planes de quedarnos solo una o dos horas, ahora todo habría acabado y estaríamos lejos de aquí.

McCord se sintió impulsado a decírselo e, inmediatamente, deseó no haberse mostrado tan agresivo. Pudo sentir cómo ella se había detenido en mitad de la habitación.

—Eso habría destrozado a tu madre.

—Habría sobrevivido. Ha sobrevivido los últimos tres años, ¿no? Además, nos obligó, intentó forzarnos diciéndonos los planes que había hecho para la tarde.

—Estaba desesperada —repuso Pru tranquila.

—Ya sabes mi opinión sobre ser manipulado.

—Lo sé.

Se hizo una pausa y luego Pru continuó hablando en un tono frío.

—Gracias por no hacer una escena e insistir en que nos marchásemos cuando le dije que nos quedaríamos. Te agradezco que no revocases mi decisión.

Él se levantó del sillón, su enfado iba en aumento. Cuando se volvió para enfrentarse a Pru, la encontró a algunos metros de distancia de él. Su camisón flotaba a su alrededor, haciendo que pareciese un fantasma en la oscuridad. Ella le observó con mirada cautelosa.

—Pensé que podías aprender tu lección de una manera un tanto dura —dijo McCord ásperamente—. Es posible que a partir de hoy ya no tengas tantas ganas de rehacer los lazos familiares. ¿Qué te ha dicho Carrie ahí fuera, en la terraza?

Pru levantó una mano y luego la dejó caer. Muy despacio, se acercó hasta la ventana.

—Tiene miedo.

—¿Tiene miedo de que Kyle pierda su posición en McCord Enterprises si mis padres decidiesen solucionar nuestros pequeños desacuerdos? —Preguntó él airado.

—Algo así.

A McCord la idea le pareció divertida.

—¿A pesar de que has pasado la mayor parte de la tarde asegurándole a todo el mundo que soy un agricultor de corazón y que no me sentiría muy feliz de tener que dirigir una gran compañía?

—Ella no me cree.

McCord se encogió de hombros.

—¿Quién lo haría? Si yo estuviese al frente de McCord Enterprises, fácilmente triplicaría mis ingresos, sin mencionar que metería mis manos en muchos negocios y también conseguiría una parcela de influencia en los poderes de California del sur.

—Ya ganas mucho dinero trabajando para J. P. —replicó ella—. Y tu poder es la habilidad de hacer florecer un desierto.

—¿No has aprendido todavía que en lo que se refiere al dinero y al poder nadie tiene suficiente?

—Eso es una tontería.

—¿Eso piensas? Ve y pregúntale a Carrie. O a mi hermano, o a Devin Blanchard, o a mis padres.

McCord la estaba provocando y era consciente de ello, pero no parecía capaz de evitarlo. Era como si, repentinamente, tuviese que ponerla a prueba, a pesar de que sabía que ella no le defraudaría. Quizás no fuese tanto que necesitaba ponerla a prueba como que quería sentirse más seguro de sí mismo.

—No me importa lo que piensen los demás. Te conozco y sé que tienes todo lo que necesitas con tu trabajo para Arlington Foundation.

Él notó la seguridad con que Pru hablaba y casi sonrió.

—¿Es eso cierto?

—Sí, lo es y tú lo sabes muy bien. ¿Por qué me estás diciendo estas cosas?

Pru le miró por encima del hombro, frunciendo el ceño.

McCord dio un suspiro.

—Quizás es porque he pasado una tarde muy mala.

—No ha sido tan terrible —protestó Pru—. Tu padre y tú conseguisteis charlar de forma razonable durante la cena.

—Sólo porque tú conseguiste sacar un tema neutral de conversación.

—¿Los pros y los contras de la irrigación por canales en tierras arenosas? —Pru se interrumpió y ladeó la boca irónicamente—. Tu padre, realmente, se mostró muy interesado por el tema, ¿verdad? Creo que aún se siente un agricultor también.

—Mi madre empezaría a sudar si te oyera decir eso. Odiaba vivir en el campo. A mi hermano tampoco le gustaba.

—Pero tú te sentías feliz allí —dijo Pru, asintiendo—. Eso era lo que intentaba explicarles esta noche.

—No te comprendieron —le respondió McCord tristemente, preguntándose si él mismo lo creía.

—Algún día lo harán.

Pru se dio media vuelta y fijó la vista en el océano.

—Es posible que sí y también es posible que no lo hagan.

McCord se aproximó a ella por detrás y colocó las manos en los hombros de Pru. Se inclinó para besarle la nuca, pero sintió una inmediata tensión. Instintivamente, los dedos de McCord la apretaron y ella se puso aún más tensa.

—McCord, he estado pensando —la voz de Pru era débil y ronca.

—Lo sé. Has estado pensando demasiado durante las pasadas semanas. Tengo una idea mejor esta noche.

McCord la estrechó contra sí hasta que sus suaves y redondeadas nalgas se pusieron en contacto con su dura virilidad. Se preguntó maravillado lo fácilmente que ella le excitaba. Dudó que Pru se hubiera dado cuenta de hasta qué punto ejercía poder sexual sobre él. Pru era muy ingenua respecto a cosas como el poder.

—Hablo en serio, McCord. Sé que ahora estamos casados, pero…

—Exactamente, estamos casados, tienes toda la razón.

McCord deslizó sus manos por las caderas de Pru apretándola con fuerza. Deliberadamente, movió sus propias caderas contra las de ella en un lento y provocativo movimiento. Pru tembló.

—Pero el matrimonio no era algo que tú realmente quisieras, McCord. Lo sé. Sé que lo has hecho por lo del niño y… y… y te lo agradezco, pero…

—Muéstramelo —gimió él.

—¿Que te muestre qué? —Respondió ella, sorprendida.

—Lo mucho que me lo agradeces.

Pru tragó saliva.

—De eso se trata, McCord. No estoy segura de que sea una razón suficiente para acostarme contigo.

Él se quedó rígido, sus dedos hundidos en la suave curva de las caderas de Pru.

—¿Qué estás intentando decirme, Pru?

McCord oyó la frialdad de sus propias palabras, pero no era nada comparado con el frío que sentía dentro del cuerpo.

—Sólo estoy sugiriendo que hasta que no establezcamos las bases de nuestra relación, quizás sea mejor que no durmamos juntos. Sé que no me amas y…

—Han conseguido convencerte, ¿no es cierto? —Le interrumpió McCord salvajemente.

—¿Quién?

—Carrie, mis padres e incluso Devin Blanchard. Han conseguido hacerte dudar por fin. Oh, claro que intentaste hacer el papel de esposa leal y fiel que ayuda al marido, y lo hiciste muy bien; pero, en tu interior, empezaste a hacerte las mismas preguntas que ellos, ¿no? Se te ocurrió que un hombre no se habría apartado de toda esa gente inteligente y educada si ellos no hubieran tenido una razón para echarle. Has empezado a preguntarte qué pasó realmente hace tres años.

Pru se dio media vuelta y le miró fijamente.

—¡McCord, basta ya! Sabes que eso no es verdad.

—¿Lo sé?

—Sí, maldita sea, lo sabes muy bien.

Pru le rodeó el cuello con violencia y pasión.

—Ésa no es la causa de que me sienta insegura… insegura sobre dormir contigo.

—¿Estás segura?

Ella le miró con expresión de súplica en los ojos.

—Absolutamente segura. Debes creerme.

—Nunca te has negado a acostarte conmigo desde que viniste a casa a vivir —le señaló él fríamente—. Nada ha cambiado entre nosotros, excepto que ahora llevas un anillo en el dedo. ¿Por qué ibas a negarte ahora, a menos que sea porque tienes dudas sobre mí después de haber conocido a mi familia?

Pru parpadeó Y luego sus ojos se empequeñecieron inesperadamente.

—Al demonio contigo, McCord, estás haciéndome esto deliberadamente.

—¿Haciéndote qué?

—Me estás provocando a propósito para convencerme de que tengo que dormir contigo con el fin de probar que creo en ti.

—Es posible —respondió él cautelosamente—. Es posible que lo que yo necesite sea reafirmarme a mí mismo.

Después de la admisión de McCord, el resto de las defensas de Pru desaparecieron, justo como McCord había sospechado. Pru murmuró algo ligeramente incoherente Y se inclinó hacia él.

—Háblame sobre manipulación —dijo ella contra su pecho.

—No hablemos —susurró McCord con voz ronca mientras

deslizaba sus dedos por el cabello de Pru—. Vámonos a la cama, donde está nuestro sitio.

McCord le alzó la cabeza Y la besó suavemente. Cuando sintió la respuesta inmediata de ella, los últimos vestigios de su propia tensión interior desaparecieron Y fueron reemplazados por la fuerza de su deseo.

McCord desató las tiras del camisón Y le sacó la prenda por la cabeza. El tejido cayó al suelo mientras McCord miraba a su esposa a la luz de la luna. Sabía que ella no se consideraba baja para ser una mujer. Después de todo, medía un metro sesenta y siete centímetros. Pero para él, Pru era delicada, frágil Y suave. Le preocupaba que soportase el peso de su hijo.

Ella le sonrió como si hubiera sentido lo que McCord estaba pensando. Después, le tomó la mano. Sus ojos no le abandonaron cuando llevó la mano de McCord hasta su pecho y la sostuvo allí.

—Cariño mío —murmuró él al sentir cómo reaccionaba su cuerpo—. No puedes imaginarte lo que me estás haciendo.

—Muéstramelo —le desafió ella.

A McCord no le importaba que ella le estuviese poniendo a prueba con sus palabras. Todo en lo que podía pensar era en la necesidad que sentía que Pru le tocase. Él cogió la mano de Pru al igual que ella había hecho con él. Entonces, colocó los dedos de Pru sobre la cremallera de sus pantalones vaqueros. McCord sabía que ella había sentido el temblor que le recorrió todo el cuerpo.

—Así, cielo —jadeó él—. Tócame. Es maravilloso cuando me tocas así.

Pru pasó las manos por la cinturilla de los pantalones y los deslizó por las caderas de McCord, llevándose con ellos los calzoncillos. Pru se arrodilló delante de él para bajarle del todo las prendas.

McCord pensó que iba a deshacerse en miles de piececitas cuando sintió las finas hebras del cabello de Pru acariciándole los muslos. Bruscamente, sacó los pies de los pantalones, pero Pru no se incorporó inmediatamente. Por el contrario, McCord sintió cómo las manos de ella acariciaban sus piernas. Cuando sintió el suave y húmedo roce de su boca presionándole íntimamente, McCord estuvo seguro de que iba a deshacerse. Su mano se aferró con fuerza al cabello de Pru y jadeó.

—Ahora me toca a mí —susurró McCord con voz ronca mientras ayudaba a Pru a levantarse, unos minutos después, y la tumbaba en la cama.

—¿McCord?

—Vamos. Una buena ronda se merece otra en contrapartida.

Luego se arrodilló entre las piernas de Pru.

Ella dio un grito quedo cuando él le dio el primer beso en la parte interior de los muslos. McCord era consciente de la oleada de placer que ella sentía mientras escuchaba su desinhibida reacción. Luego, se aproximó al centro de su pasión y, muy pronto, Pru se encontró con la respiración entrecortada.

Cuando finalmente McCord se incorporó y reclamó su cuerpo, ella le extendió las manos con tal necesidad que McCord casi soltó una carcajada. Abrazó a Pru y se adentró en ella. Pru jadeó y le clavó las uñas en la espalda.

McCord esperó un momento, gozando de su calidez y de la aterciopelada humedad que le aprisionaba tan dulcemente. Cuando no pudo soportarlo más, comenzó a moverse, casi liberándose de ella muy despacio.

Pru se agitó un poco en señal de protesta y levantó las caderas para retenerle en sus profundidades.

—No me voy a ninguna parte, cielo mío —le prometió McCord.

Tiernamente, capturó un pezón entre sus dientes. Luego, volvió a presionar hacia dentro, llenándola por completo.

—McCord, sabes cómo volverme loca.

—Estás preciosa cuando te vuelves loca. Me encanta volverte loca. Me gusta muchísimo.

Él repitió los largos y lentos movimientos hasta que sintió que Pru se ponía completamente en tensión. La fuerza femenina interior de Pru le sorprendía y le excitaba. Ella se aferró a él como si no quisiera dejarle marchar nunca.

—Ahora, McCord. Ahora.

Él susurró algo apasionado, y empujó una vez más, sintiendo las oleadas de placer que sacudían a Pru. Sus propias y profundas convulsiones le sacudieron. Juntos pasaron de la tormenta a las tranquilas aguas.

Cuando todo hubo acabado, McCord se tumbó boca arriba y pasó un brazo por los hombros de Pru, abrazándola contra su

sudoroso cuerpo. Con la mano libre, le retiró un mechón de cabello de los ojos.

—¿Tienes sueño? —Preguntó McCord.

—Mmmmm.

Los ojos de Pru estaban cerrados.

McCord acarició un rosado pezón.

—¿Van a empezarte a crecer los pechos?

—No lo sé. Todavía no estoy muy ducha en este asunto. Sólo he ido a la clínica una vez y pasé la mayor parte del tiempo intentando asimilar la idea de que estaba embarazada. Hay muchas cosas que aún no he preguntado.

Pru bostezó.

—Iré contigo a la clínica la próxima vez —decidió McCord—. Haremos juntos las preguntas. Yo también soy nuevo en esto.

—Ya me lo había imaginado —dijo ella sonriendo.

—¿Pru?

—¿Sí, McCord?

—¿Te asustaste? Me refiero a cuando te enteraste de tu embarazo.

—Digamos que me sentí desorientada —respondió ella.

—Deberías habérmelo contado inmediatamente.

Pru no respondió durante algunos segundos.

—Buenas noches, McCord.

—Todavía te sientes un poco desorientada, ¿verdad? Por eso no quieres anunciar tu embarazo.

—Eso supongo.

—O quizás sea porque aún estás sorprendida —añadió él inmediatamente.

—A lo mejor.

Pru no parecía muy interesada en la conversación. De hecho, parecía casi dormida.

McCord la miró. Los ojos de Pru estaban cerrados y su respiración era acompasada. McCord se dijo a sí mismo que debería dejarla descansar. Ella iba a necesitar todas sus fuerzas durante los próximos meses. McCord iba a cerciorarse de que descansara y de que obedeciera al médico al pie de la letra. Y también iría a las clases de preparación para el parto.

Se trataba de su esposa y de su hijo. Los dos eran parte integral

de su vida y quería asegurarse de que él también iba a ser parte integral de la vida de ellos.

Mientras McCord se quedaba dormido, pudo sentir la satisfacción y la posesividad que corría por sus venas. Le pareció que la tensión anterior se había disipado por el simple hecho de haber hecho el amor con Pru.

A la mañana siguiente, después del desayuno, McCord y Pru estaban preparados para marcharse. Pru se sentía, en cierta forma, incómoda por las prisas de su marido por salir de la casa de sus padres lo antes posible, pero era consciente de que había tentado a la suerte demasiado. No se atrevía a insistir en que se quedaran un poco más de tiempo.

No obstante, desayunaron allí. Toda la familia y Devin Blanchard se congregaron alrededor de una gran mesa redonda, en el cuarto de estar. Pru, que había vuelto a sentir náuseas al levantarse, no recobró el apetito tan rápidamente como la mañana anterior.

Todo el mundo, excepto Carrie, parecía intentar encontrar nuevos y neutrales temas de conversación. Carrie no pronunció ni una sola palabra. Evelyn no dejó de mirar subrepticiamente a su hijo y Pru deseó poder asegurarle que no volverían a transcurrir otros tres años hasta que le volviera a ver.

Devin Blanchard parecía el más tranquilo del grupo y Pru habló con él libremente mientras los demás se esforzaban por mantener la conversación.

Devin llevó a Pru a un rincón antes de que ella y McCord se marcharan. Era la primera vez que Pru se encontraba a solas con Blanchard y cuando le miró vio que había simpatía y comprensión en sus ojos.

—Parece que tú puedes hacer algo por esta familia que ellos no pueden hacer por sí mismos a pesar de todo su dinero e influencia —dijo él con tranquilidad.

—No sé —respondió Pru pensativa—. Parecen bastante obstinados.

—No es extraño teniendo en cuenta lo mal que estaba la situación hace tres años. ¿Has oído hablar de Laura Reynolds?

—Sí.

—Era como una hija para Hale y Evelyn. La hija que nunca

tuvieron. La querían mucho.

—Ya.

—Era muy hermosa, encantadora.

—Por lo que sé también debía ser bastante cabezota y quizás un poco desequilibrada.

Devin frunció el ceño.

—¿Te refieres al hecho de que se matase en un accidente?

—Cualquiera que vaya a ciento sesenta kilómetros por hora por las carreteras de Los Ángeles sabe a lo que se expone.

—Estaba destrozada aquella noche.

—Eso he oído. La ruptura de un compromiso no es excusa suficiente como para cometer semejante idiotez —dijo Pru secamente.

—¿Es eso lo que te ha contado McCord? ¿Que estaba enfadada por la ruptura del compromiso? Devin agitó la cabeza tristemente.

—Me temo que hay mucho más. Quizás sería mejor que lo supieses todo antes de emitir ningún juicio, Pru.

Pru levantó la cabeza y dijo orgullosa:

—Si hay algo más que debiera saber, McCord me lo contará a su debido tiempo.

La boca de Devin se abrió en señal de admiración.

—Ya veo por qué él cree que ha encontrado un verdadero tesoro contigo. No muchas mujeres confiarían en McCord tan completamente. Menos después de lo que hubo entre él y Laura Reynolds.

En ese momento, Pru divisó a Evelyn en el corredor y aprovechó la oportunidad de zafarse de Devin Blanchard. No quería oír ningún secreto de familia de sus labios.

—Oh, Evelyn, estás aquí —dijo Pru animada, viendo también a McCord, que llevaba el equipaje—. Casi se me olvidaba. Quería asegurarme de que Hale, tú, Kyle y Carrie tuvieseis una invitación para la primera fiesta anual de J. P.

La expresión de Evelyn reflejaba una increíble sorpresa. McCord, al oír a su esposa, le lanzó una extraña mirada.

Pru no esperó a que ninguno de los dos dijese nada y explicó:

—J. P. lo llama guateque, no, fiesta, naturalmente. No se ve a sí mismo organizando una gala de alta esfera con fines a recaudar fondos. De cualquier forma, yo soy quien va a organizarla, y

McCord y yo estamos obligados a asistir. Será interesante por lo menos. ¿Por qué no lo pensáis, por qué no os decidís a venir a La Jolla? Tenemos habitaciones de sobra, por lo tanto hay espacio suficiente para que os quedéis en casa.

—¿Cuándo es la fiesta? —Preguntó Evelyn, lanzando una ansiosa mirada a Hale, que observaba atónito a su nueva nuera.

—El sábado próximo no, al otro. Os gustará J. P. Es una auténtica personalidad.

—Pru, se está haciendo tarde —dijo McCord desde la puerta.

—Ya voy.

Pru, impulsivamente, besó a Evelyn en la mejilla, saludó a Hale con la mano y sonrió a Kyle y a Carrie.

—Hasta pronto —les prometió a todos.

Cuando se dio media vuelta para seguir a McCord, su mirada coincidió con la de Devin Blanchard.

—Haz lo posible por venir tú también, Devin —dijo tan amablemente como le fue posible—. Puedo coger tantas entradas como quiera. Después de todo, yo soy la coordinadora. No estoy segura de que haya espacio suficiente en nuestra casa para acomodarte, pero…

—No importa —dijo él con voz suave—. Si puedo ir a La Jolla, me quedaré en un hotel.

—Bien —respondió Pru—, ya está dicho todo, ¿no? Será mejor que me meta en el coche antes de que McCord se vaya sin mí.

Bajó la escalinata apresuradamente, se metió en el Ferrari y se volvió para agitar la mano al grupo de gente congregado en la puerta.

—Me parece que tu madre está llorando —le dijo a McCord.

—¿Te sorprende?

—No. Supongo que no.

La casa fue quedando atrás y Pru se acomodó en el asiento.

—No albergues ninguna esperanza, Pru —le señaló McCord—. Dudo que vengan.

—¿Quieres apostar? —Inquirió Pru, sonriendo.

Cuatro días después, Pru levantó la mirada de la mesa de su despacho en la pequeña oficina del edificio de Arlington Foundation y pensó que habría sido preferible descansar unos días más. Tenía

demasiado que hacer. Nadie se había molestado en hacer su trabajo durante su ausencia. Al parecer todo el mundo había tenido la impresión de que se había marchado temporalmente.

—Les dije a todos que volverías muy pronto —le había explicado J. P. animadamente cuando entró en la oficina el día después de haber regresado a La Jolla—. Ese McCord puede ser a veces tan cabezota como una mula, pero no es totalmente estúpido.

Sentado detrás de su despacho, que estaba decorado con accesorios de plata y un juego de cuernos de toro dorados delante de él, J. P. parecía bastante satisfecho de sí mismo. Tenía sus botas de piel de lagarto verde oscuro encima del escritorio y su sombrero Steton de color verde menta descansaba sobre los cuernos.

McCord, que estaba en el pasillo detrás de Pru, oyó el comentario y se acercó a la puerta.

—Gracias por tu fe en mis habilidades mentales, J. P. ¿Qué demonios han estado haciendo la gente mientras yo estaba fuera? El informe que dejé todavía no está pasado a máquina y Harve dice que no has convocado una reunión para discutir el programa de conservación del suelo.

—Bueno, hijo, la verdad es que nos quedamos sentados y nos pusimos a cavilar y a preguntamos cuánto tiempo te llevaría recuperar el afecto de la señorita Pru. Pero supongo que ya podemos tranquilizamos ahora que le has puesto un anillo en el dedo, ¿eh? ¡Ya era hora!

Pru había interrumpido antes de que McCord respondiese.

—¿Qué tal van los preparativos para la fiesta? ¿Ha hablado Mary Ann con el servicio de camareros?

—Sí, pero creo que hay un pequeño problema con el menú. Parece que el cocinero no quiere utilizar mi receta para el chili y se puso muy violento cuando le dije que quería pan de maíz con sabor a jalapeño.

—¿En serio? Quizás porque tu receta de chili no es lo suficientemente fuerte como para prender fuego a todos los muebles y las cortinas que estén próximos. ¿Y quién demonios ha oído hablar de pan con sabor a jalapeño?

—Apuesto a que sí has oído hablar de ello —dijo J. P. sonriendo.

—Sólo porque he tenido el mal gusto de nacer en Spot, Tejas —dijo Pru con un gruñido—. Será mejor que hable con Mary Ann

inmediatamente.

Después de aquello y hasta el momento, Pru había estado inmersa en su trabajo. Estaba contenta de haber vuelto, decidió levantando la mirada de los papeles que había encima de la mesa de despacho. La bienvenida que le habían dispensado Martha y Steve fue de corazón. Tuvo que ocultar la risa mientras escuchaba las quejas de Martha sobre el mal humor de McCord durante la semana que pasó intentando averiguar su paradero. El alivio que sintió Steve al ver llegar a Pru fue tan visible que ella tuvo que suponer que su vida había sido francamente miserable después de su marcha.

Aún no habían recibido noticias de Evelyn ni de ningún otro miembro de la familia McCord, pero cualquier pequeña aproximación sería una buena señal, se aseguró a sí misma, mientras terminaba de corregir un artículo sobre el problema de los insectos en un pequeño país de América del Sur. El hombre que había hecho la investigación inicial era un genio en lo que a insectos se refería, pero la ortografía no era su fuerte.

El golpe en la puerta obligó a Pru a levantar la cabeza con el ceño fruncido en señal de sorpresa. Cuando tenía la puerta cerrada, todo el mundo sabía que no quería ser molestada.

—Entra —dijo ella formalmente.

Se quedó atónita cuando vio a Carrie McCord entrar en la pequeña oficina. Su cuñada se movía con gran dificultad y sus ojos no mostraban ninguna simpatía mientras se aproximaba a la mesa de Pru.

—Hola —dijo Carrie con voz controlada—. He venido a hablar de negocios contigo, señora Prudence McCord.

El sarcasmo hizo a Pru parpadear.

—¿Qué clase de negocios? —Preguntó dubitativa. Su cuñada se puso una mano en la espalda para masajearse la columna vertebral. Resultaba evidente que no se encontraba muy bien aquel día.

—¿Por qué no te sientas? —La instó Pru.

—Creo que sería mejor que nos fuésemos a un sitio más tranquilo.

—¿Por qué, Carrie?

—Porque quiero averiguar cuánto nos va a costar todo esto, y odio discutir de dinero en público, ¿tú no?

—¿Qué es lo que os va a costar dinero?

—Comprarte, naturalmente. ¿De qué pensabas que estaba hablando? Kyle y yo estamos dispuestos a ofrecerte una bonita suma para que pidas los papeles del divorcio inmediatamente.

Capítulo 8

-¿Adónde vamos? —Preguntó Carrie mientras Pru la sacaba del edificio Y la conducía hasta el aparcamiento donde tenía su pequeño Ford rojo—. Quiero hablar contigo a solas.

—No te preocupes, estaremos solas en casa a esta hora. La encargada de la casa ya se habrá marchado y el jardinero, probablemente, estará haciendo surf —dijo Pru muy seria.

Pru se acopló en el asiento del conductor Y giró la llave del motor.

—¿Y Case?

—¿Qué pasa con Case? ¿No quieres que oiga la fabulosa oferta que vas a hacerme?

Pru salió del aparcamiento. Era consciente de que su cuñada no hacía más que agitarse molesta en el asiento contiguo. A pesar de la ira contenida, se vio obligada a preguntarle:

—¿Te encuentras bien, Carrie?

—Estoy bien —murmuró Carrie. Luego dejó de masajearse los riñones y se recostó en el asiento—. No he venido aquí a ver a Case. He venido a verte a ti.

Pru suspiró.

—No te preocupes. No es muy probable que lo encontremos en casa. Tiene una serie de reuniones hoy con el personal encargado de las investigaciones y no creo que acabe hasta las cinco o las seis de la tarde.

Quedaron en silencio el resto del trayecto hasta que Pru aparcó delante de la casa. A pesar de su mal humor, Carrie no pudo ocultar

completamente su sorpresa cuando vio la encantadora casa.

—No sabía que a Case le hubieran ido tan bien las cosas —dijo Carrie titubeando mientras salía del coche y seguía a Pru hasta el interior de la casa—. Se marchó dejando prácticamente todo cuando él y su padre discutieron. Y sé que Hale nunca le ha dado un céntimo.

—¿Qué creías que había estado haciendo McCord durante estos tres años? Es un hombre muy inteligente y, lo que es más, es la clase de persona que siempre aterriza con los dos pies en el suelo. Como mi tía Wilhelmina diría «ponle en medio de un pastizal y hará una fortuna vendiendo estiércol». Vamos Carrie, vayamos al jardín. Allí hace más fresco. Te ofrecería una limonada, pero dadas las circunstancias, no me siento terriblemente sociable.

Carrie siguió a Pru a través del amplio y aireado pasillo hasta el frondoso jardín de la parte trasera de la casa. Pru notó que su cuñada seguía teniendo problemas para asimilar que McCord no hubiera vivido exactamente en la pobreza desde que se separó de su familia. También notó que Carrie parecía muy molesta físicamente.

Pru pensó en su propio estado. Hubiera deseado poder hacerle preguntas a Carrie sobre el embarazo, pero no lo hizo.

—Creo que debería avisarte de que… —comenzó a decir Pru mientras Carrie se sentaba en uno de los blancos sillones de lona— de que si me haces una oferta, sólo conseguirás ponerte en evidencia. Sería mejor para las futuras relaciones familiares que decidieras convertir esta pequeña reunión en una repentina visita de cortesía.

La barbilla de Carrie se elevó agresivamente.

—Crees que hasta ahora lo has hecho muy bien, ¿no? Has progresado mucho desde tus días en ese pequeño pueblo de Tejas, ¿verdad? Incluso has perdido el acento. Buenos modales y dinero suficiente para comprarte buenas ropas con el fin de camuflarte…

Pru se sobresaltó por la inesperada naturaleza del ataque.

—¿Qué has estado haciendo, Carrie? ¿Contratar un detective privado para que investigase mi vida?

Carrie intentó fingir frialdad, pero sus mejillas enrojecieron visiblemente.

—No le llevó mucho tiempo. Sólo tardó un par de días en averiguar que tu madre fue una camarera de una estación de

servicios en la carretera, que se acostaba con todos los camioneros que pasaban. Ninguno de los cuales se quedó el tiempo suficiente como para casarse con ella, ¿no es cierto? Ni siquiera sabes quién es tu padre.

Pru se levantó de sillón, temblando por la ira, una ira tan fuerte que le sorprendió.

—¡Cállate, Carrie! ¿Me oyes? Cállate antes de que pierda el control por completo. Y deja a mi madre en paz. Si vuelves a abrir la boca para decir una sola palabra sobre mi madre no me responsabilizo de mis actos. La única razón por la que no te he puesto las manos encima es porque estas embarazada.

Carrie se sobresaltó, pero no retrocedió.

—Debiste pensar que habías aterrizado en un buen sitio cuando te casaste con Case McCord. Debió parecerte una maravilla después de lo que estuviste viendo en Spot. ¿Cómo conseguiste que se casara contigo? Después de todo, estuviste viviendo con él como su amante durante tres meses según mis informaciones. Case no es un hombre noble, créeme. Laura Reynolds se enteró de ello de una forma muy dura.

—Carrie, te lo advierto, no digas nada más. No sabes lo que haces.

—Oh, sí, claro que lo sé. Será mejor que recuerdes que, actualmente, es casi tan fácil divorciarse como casarse. Cuando McCord se canse de jugar a las casitas contigo, te encontrarás sola en la calle.

—Ése es mi problema.

Pru estaba temblando de furia.

—Si estuvieses tan segura de que eso es lo que va a ocurrir, ¿por qué has venido aquí esta tarde?

—Porque no quiero ver a Evelyn y a Hale destrozados sólo por una arribista que cree que puede conseguir una vida más fácil para sí misma si logra arreglar las cosas entre Case y su familia.

—No creo que te importen un pimiento Evelyn y Hale —dijo Pru bruscamente—. Lo único que te importa es proteger la posición de tu marido en McCord Enterprises.

—Kyle ha trabajado muy duro y durante mucho tiempo para hacer que la compañía sea lo que Hale nunca imaginó que llegaría a ser —replicó Carrie—. No voy a permitir ver cómo todo lo que mi

marido ha hecho se va abajo. McCord Enterprises es el futuro de mi hijo. Y tú no nos lo vas a quitar.

—¡Ya te he dicho a ti y a todos que McCord nunca querría dirigir McCord Enterprises!

—Pero ¿estarás tú feliz hasta que no reclame lo que, probablemente, piensa que es su herencia? Lo dudo. Cualquiera que haya recorrido todo el camino que tú has recorrido desde el sucio Tejas no va a detenerse ahora. No, a menos que recibas una oferta mejor.

—La cual, supongo, estás dispuesta a ofrecerme —dijo Pru sarcásticamente.

—Sí —la desafió Carrie con un doloroso brillo en sus ojos.

—¿Cómo pretendes ofrecerme el suficiente dinero para apartarme de todo el que posee la familia McCord?

Carrie se incorporó en su asiento y luego respiró profundamente. Se llevó la mano al vientre. Contuvo la respiración y después continuó:

—Estoy dispuesta a darte una buena suma de dinero para que abandones a Case McCord. No será nada parecido a lo que tú crees que podrías sacarle a la familia McCord durante los próximos años, pero es mucho dinero. Y es dinero garantizado. Podrías no sacar nada de la familia McCord si intentas jugar con ellos.

—¿Por qué iba a aceptar?

—Porque —comenzó a decir Carrie mientras agitaba el dedo índice en dirección a Pru—, si no lo haces, me aseguraré que Case y sus padres vean el informe que preparó el investigador privado.

Pru cerró los ojos brevemente y movió la cabeza apesadumbrada.

—Oh, Carrie, no sabes lo que estás haciendo.

—No intentes engañarme, Pru. No creo que te interese que tu esposo se entere de tu pasado. E incluso aunque pienses que podría aceptarlo, ¿crees que Evelyn y Hale lo harían? ¿Cuál crees que sería su reacción cuando se enterasen de que su nueva nuera es la hija ilegítima de una camarera de Tejas que se iba con cualquier camionero?

—McCord ya sabe todo lo concerniente a mi vida y mi pasado —dijo Pru—. Y, realmente, no me importa que Hale y Evelyn se enteren. Siento mucho que te salga mal tu pequeño plan de

chantaje, pero la verdad es que no puedes amenazarme de ninguna forma.

—¡No te creo!

Carrie colocó las manos en los brazos del sillón e hizo un movimiento para levantarse. Casi gritaba en esos momentos.

—Es la verdad —le dijo Pru con una sonrisa—. Si quieres verificarlo, quédate a cenar y pregúntaselo a McCord. No obstante, te aconsejo que hables de este tema con tacto. Mi marido se siente mi protector. No se tomará a la ligera ningún insulto destinado a mí.

Carrie se la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—No puedo creer que se casara contigo. No puedo creerlo. Le dio la espalda a Laura, que la amaba con locura. Laura, que venía de una buena familia y era preciosa. Era como una hija para Evelyn, y McCord lo sabía. Todo el mundo la quería.

—Excepto McCord aparentemente. Carrie, uno no puede obligar a nadie a enamorarse. McCord debió tener buenas razones para romper el compromiso. Probablemente sabía que él y Laura no podrían ser felices juntos y no vio razón alguna para pasar por la farsa del matrimonio. Después, no fue el responsable por el comportamiento sin sentido de esa mujer.

Carrie dio un paso hacia adelante y se tambaleó ligeramente. Su rostro se puso momentáneamente rígido por el dolor.

—No lo sabes, ¿verdad? Realmente no sabes lo que ocurrió hace tres años.

Pru se dio cuenta de la expresión de dolor de su cuñada.

—¿Carrie? ¿Te encuentras bien?

—Ya te lo he dicho, estoy bien —replicó Carrie secamente. Luego lanzó un pequeño grito y se agarró al brazo del sillón—. Oh, Dios mío.

Pru se levantó precipitadamente y sujetó a Carrie hasta que la obligó a sentarse en el sillón.

—Es el niño, ¿no?

—No puede ser. No se espera que nazca hasta dentro de dos semanas.

Carrie jadeó y un brillo de angustia inundó sus ojos mientras miraba a Pru indefensa. Toda la ira y el desprecio de Carrie se desvanecieron de su expresión y fueron reemplazados por los

miedos del inminente nacimiento.

—Dicen que el primero siempre llega tarde. No puede ser. Aquí no. Todavía no. ¿Qué voy a hacer?

—¿Puedes llegar hasta el coche? —Le preguntó Pru dándole ánimos.

—Sí, creo que sí. Todavía tengo algún tiempo. Por lo menos, eso me parece. Oh, Dios mío, no pensaba que fuera así. Quería que Kyle estuviese conmigo. No quiero estar sola.

—Le llamaré tan pronto como lleguemos al hospital —le dijo Pru con ternura mientras la ayudaba a salir del jardín.

—Tardará horas en llegar hasta aquí, incluso en el caso de que consigas ponerte en contacto con él inmediatamente. Voy a estar sola.

Los ojos de Carrie estaban llenos de lágrimas.

—No, no vas a quedarte sola —le dijo Pru mientras la ayudaba a acomodarse en el asiento trasero del coche—. Me tienes a mí. Te guste o no, somos cuñadas, ¿lo recuerdas? Soy parte de la familia y estoy aquí. No estarás sola.

Fuera lo que fuese lo que Carrie intentó decir, quedó ahogado por otra oleada de dolor. Cuando se recobró, Pru ya estaba en la carretera.

Las contracciones de Carrie se estaban haciendo más frecuentes cuando llegaron al hospital. El personal de la sala de urgencias no perdió tiempo alguno. Pru se quedó junto a la camilla mientras se llevaban a Carrie por los pasillos y la metían en un ascensor. Cuando le ofreció la mano a Carrie, Pru se quedó sorprendida por la fuerza desesperada con que su cuñada la agarraba.

—¿No se supone que debemos contar o hacer algo? —Le preguntó Pru con dulzura.

Carrie gruñó y clavó sus uñas en la palma de la mano de Pru.

—Estoy asustada —susurró. Una enfermera se inclinó sobre Carrie para desnudarla una vez ya en la habitación.

—No tiene por qué asustarse. Va a ser un tanto incómodo durante un rato y mucho trabajo también, pero no hay nada que temer. La enfermera le lanzó una rápida mirada a Pru. ¿Es usted un miembro de la familia?

—Sí —respondió Pru con tranquilidad.

Carrie abrió los ojos durante un momento y esbozó una débil

sonrisa.

—Es mi cuñada —dijo Carrie.

—Muy bien —añadió la enfermera—. Puede quedarse con usted hasta que venga su marido.

Pru sonrió a Carrie.

—Si me sueltas la mano durante cinco minutos, le llamaré por teléfono.

Carrie parpadeó y soltó la mano de Pru con reluctancia.

—Lo siento —dijo Carrie.

—No hay problema. Volveré inmediatamente. Carrie negó con la cabeza débilmente.

—No, Pru. Me refería a que siento… siento todo lo que ha ocurrido hoy. Me he comportado como una idiota. Quiero que sepas que ni siquiera Kyle sabe que estoy aquí. Todo fue idea mía, una estupidez.

—Olvídalo —le aconsejó Pru, luego le dio unas palmaditas en la mano.

—Kyle no podrá llegar a tiempo —dijo Carrie.

—Ya te he dicho que no voy a dejarte sola.

Pru desapareció para ir a buscar un teléfono.

Kyle McCord llegó poco tiempo después que su nuevo hijo. Encontró a su esposa dormida y a su nueva cuñada sentada junto a la cama, leyendo una revista. Cuando atravesó la puerta, su mirada se dirigió al exhausto rostro de su mujer, luego a Pru, quien sonrió a las angustiadas preguntas que vio en los ojos de Kyle.

—Todo está bien, Kyle. Felicidades. Tienes un hijo precioso.

—¿Está bien Carrie?

—Sí, pero bastante cansada —le aseguró Pru, levantándose de la silla—. ¿Por qué no te sientas aquí? Estoy segura de que se sentirá feliz de verte cuando se despierte.

—¿Eres tú quien se ha hecho cargo de ella? ¿Quién la ha traído al hospital?

Kyle pareció sopesarla con la mirada y Pru decidió que ese gesto debía ser típico de la familia McCord.

—Yo era la única que estaba por aquí —dijo Pru secamente.

—No tenías por qué quedarte con ella.

—Es parte de la familia —murmuró Pru.

Los ojos de Kyle se empequeñecieron y luego los volvió hacia su

esposa.

—Debe de haber venido aquí a verte.

—Sí.

—Estaba muy disgustada por la boda de mi hermano.

Kyle hablaba como si se estuviera abriendo paso a través de un campo minado.

—Lo sé.

Kyle tomó aire y luego dijo bruscamente:

—Si te ha dicho o hecho algo insultante, lo lamento. Últimamente se ha mostrado muy emocional.

—Es comprensible —replicó Pru—. Deja de preocuparte, Kyle. Todo está bien.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

Él titubeó unos instantes.

—¿Lo sabe Case?

—Le llamé por teléfono después de que el niño naciera. Llegará aquí pronto.

Mientras Pru decía esto, la puerta se abrió y apareció McCord.

—Hola —dijo McCord—. Felicidades, hermano, creo que tienes un hijo.

Kyle asintió, el orgullo de ser padre brillaba en sus ojos.

—Eso es lo que me han dicho. Se suponía que tenía que haber asistido al gran momento, pero Pru y Carrie lo han hecho solas.

McCord sonrió maliciosamente.

—Definitivamente es un trabajo de mujeres.

Kyle pareció sorprendido por la relajada sonrisa de su hermano. Por fin, él también se relajó y respondió despacio.

—Estoy de acuerdo. Si quieres que te diga la verdad, estoy contento de haberme librado de presenciar el parto. Ya sabes lo remilgado que soy.

—Será mejor que habléis más bajo —les aconsejó Pru bajando la voz—. Vais a despertar a Carrie.

Carrie se agitó bajo las sábanas y, adormilada, abrió los ojos.

—Estoy despierta. ¿Eres tú, Kyle? Ya era hora de que llegaras.

Kyle se inclinó sobre la cama y cogió la mano de su esposa.

—Si hubieras estado en casa como se suponía que harías, habría estado cerca para cumplir con mi parte en el trabajo. Piensa un

poco, he asistido a todas esas clases y he leído todos esos libros para nada. ¿Qué demonios creías que estabas haciendo conduciendo todos esos kilómetros sola?

—Creía que disponía de otro par de semanas.

Los ojos de Carrie se encontraron con los de Pru.

—Sólo quería hablar con Pru.

Fue McCord quien hizo la siguiente pregunta.

—¿De qué querías hablar con ella, Carrie?

Carrie se mordió un labio.

—Por favor —susurró Carrie—. Estoy muy cansada.

—Sí, está muy cansada —aseguró Pru—. Vamos a tomar una taza de café, McCord. Podemos volver después.

Pru agarró la muñeca de McCord con fuerza y le sacó de la habitación.

—Muy bien, Pru —irrumpió McCord bruscamente mientras se adentraban en la cafetería—. Cuéntame a qué se debe todo esto. ¿Por qué estaba aquí Carrie hoy?

Pru puso su taza de café en la bandeja, al lado de la de McCord.

—Vino a verme.

—¿Para qué?

—No te muestres tan suspicaz, McCord. Sólo quería conocerme un poco mejor, eso es todo. Una visita de cortesía.

—Claro. Y si me lo creo, vas a hacer que me crea cualquier cosa, ¿no? Vamos, Pru, sácalo ya. Dime qué ha ocurrido.

Pru se sentó enfrente de él y cruzó los brazos sobre la mesa. Luego, sonrió enigmáticamente.

—Carrie ha conseguido su propósito, eso es todo.

—¿En qué sentido?

—Consiguió conocerme un poco mejor.

McCord le lanzó una mirada impenetrable. No dijo nada, mientras su cerebro consideraba las diferentes posibilidades.

—Intentó comprarte, ¿no?

Pru abrió los ojos atónita, sorprendida por su agudeza.

—Vamos, McCord.

Él se recostó en el respaldo del asiento Y ladeó la boca.

—¡Qué imbécil!

—¿Yo o Carrie?

—Carrie. Debería haber sabido que no hacía más que perder el

tiempo.

Pru se sintió feliz por la fe implícita que McCord mostraba en ella.

—No me conocía bien. Ahora me conoce mejor.

—La mandaste al demonio, ¿eh?

—Le dije que estaba cometiendo un error.

McCord sonrió y cogió su taza de café.

—Un tremendo error. Sólo hay unas cuantas razones por las que abandonarías a un hombre. El dinero no es una de ellas.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy —dijo él simplemente—. Al contrario que mi cuñada, he dispuesto de varios meses para conocerte.

* * *

Un rato después, cuando Pru y McCord volvieron a la habitación de Carrie, encontraron a los nuevos padres admirando al hijo que habían creado. Una enfermera había llevado al niño a la habitación Y ahora dormía feliz en los brazos de Carrie. Pru se sumó a la admiración general, preguntándose si su hijo tendría los mismos rizos de cabello oscuro.

—Es precioso —murmuró Pru.

—¿Por qué las mujeres siempre dicen lo mismo respecto a los niños recién nacidos? —Preguntó McCord en broma.

—Porque es un hecho —declaró Pru—. ¿No es verdad, Carrie?

Carrie miró inquieta a McCord antes de asentir.

—Cuando te cuesta tanto esfuerzo dar a luz un niño, estás obligada a verlo precioso. Es natural que las mujeres sientan lo que sienten por los niños. Los hombres no siempre comprenden lo que se siente cuando se está embarazada.

Se hizo un extraño silencio en la habitación que Pru no consiguió comprender. Vio la mirada introspectiva de su esposo y tampoco lo entendió. Kyle se apresuró a romper el silencio.

—Llamamos a papá ya mamá hace unos minutos. Están encantados.

—Deben estarlo —dijo McCord con calma—. La dinastía está ahora salvaguardada.

Kyle le miró.

—¿Qué se supone qué significa eso? McCord se encogió de hombros.

—¿No es obvio? Ahora hay alguien para seguirte los pasos cuando quieras delegar en otra persona el mando de McCord Enterprises.

Kyle colocó un brazo sobre el cabecero de la cama de su esposa. Su expresión era fría, pero no consiguió esconder la intensidad de su mirada.

—¿Quiere eso decir que no estás realmente interesado en volver a tu antiguo trabajo?

—Aunque pasara un millón de años, no me interesaría, Kyle. ¿No escuchaste lo que dijo Pru el otro día? Soy un agricultor de corazón.

Carrie se puso rígida. El niño se agitó en su sueño y su madre, instantáneamente, se relajó.

—Pero si se arreglan las cosas entre Hale Y tú…

McCord miró a Pru con los ojos brillantes.

—Incluso aunque mi esposa consiguiera que hiciésemos las paces, no cambiaría en nada mi futuro. Tengo todo lo que quiero.

—Estás diciendo la verdad, ¿no, Case? —Le preguntó Carrie con sorpresa y alivio.

Pru estaba muy sorprendida.

—Por supuesto que está diciendo la verdad. McCord siempre lo hace. Es demasiado obstinado y orgulloso para mentir. Deberías saberlo. Vamos, McCord, vámonos a casa. Me está entrando hambre y a Carrie le apetecerá seguramente descansar. Le haremos una visita mañana.

Cogió la mano de McCord Y comenzó a llevarle hacia la puerta. Al llegar a ella, se detuvo un momento pensativa.

—Te quedarás a dormir en casa esta noche, ¿no, Kyle?

—Si quieres que te diga la verdad, no he pensando en dónde pasar la noche. ¿Estáis seguros de que tenéis sitio suficiente?

Carrie soltó una leve carcajada.

—No te preocupes por eso, Kyle. He visto la casa de tu hermano hoy. No hay ningún problema de espacio. Créeme, no están viviendo en un pequeño apartamento ni nada por el estilo. Creo que te vas a llevar una buena sorpresa.

Kyle frunció el ceño.

—Lo dudo. Olvidas que conozco a Case desde que nací. Mi hermano saldría a flote en cualquier situación que se encontrase.

Carrie sonrió a Pru.

—Qué gracia —dijo Carrie—. Pru ha dicho algo parecido, aunque de una forma un poco más prosaica. Algo referente a abandonar a Case en medio de un pastizal y ganar una fortuna vendiendo estiércol.

—¿Es eso verdad? —Preguntó McCord a Pru con una amplia sonrisa—. No sé de dónde saca Pru toda esa fe ciega en mí.

—No tiene importancia —respondió Pru vagamente ruborizada —. Es hora de que nos marchemos.

Ella le instó a salir, consciente de que Kyle, al otro lado de la habitación, sonreía.

—¿Una fortuna con el estiércol? —Repitió McCord con cierto interés mientras recorría el pasillo del hospital junto a su esposa.

—Es un viejo dicho de la tía Wilhelmina.

—Ah. ¿Te has dado cuenta alguna vez de lo terriblemente parecidos que son los dichos de tu tía Wilhelmina y los de J. P.?

—Se me ha pasado por la cabeza de vez en cuando —admitió Pru.

—Algún día —comenzó a decir McCord pensativo— tendremos que presentarlos.

—Es una idea —dijo Pru sonriendo.

Kyle apareció en la puerta de la casa de su hermano sobre las ocho y media de aquella tarde. Parecía cansado, pero contento.

—Mamá y papá se van a volver locos con el niño —les dijo a McCord y a Pru cuando se encontraron sentados en el cuarto de estar—. Querían tener un nieto desde que Laura y tú…

Kyle se interrumpió bruscamente, su rostro enrojeció.

—Lo siento —murmuró—, ha sido muy estúpido por mi parte.

—No vamos a discutir por eso.

Mccord se levantó Y fue a coger la botella de coñac.

—Toma, bebe otra copa de esta delicia. Ha sido todo un día para ti.

Kyle se masajeó las sienes Y se reclinó en el sillón.

—De eso no hay duda. Casi me volví loco cuando Pru me telefoneó para decirme que Carrie se había puesto de parto y que

estaba aquí en vez de en casa. Tienes que vigilar a las mujeres que están embarazadas, Case. Hacen las cosas más raras que puedas imaginarte.

—Lo tendré en cuenta —dijo McCord.

Kyle miró a Pru.

—Creo que la familia va a venir aquí para la fiesta que mencionaste de Arlington Foundation.

—¿De verdad? —Preguntó Pru encantada.

—Mamá le ha estado insistiendo sobre ello a papá desde que os marchasteis. No os extrañéis si aparecen por aquí.

—Estaremos preparados.

—Supongo que Carrie y yo tendremos que dejarlo. Parece que vamos a tener que hacer de niñeras. Lo siento. Nos habría gustado venir.

—El próximo año —le respondió Pru.

Kyle miró a su hermano.

—Tengo la sensación de que tu esposa va a cambiar un montón de cosas ella sola en la familia, querido hermano mayor.

—Si alguien puede hacerlo, es ella —respondió Mccord relajado.

Pru se agitó en el sofá.

—No puedo creer que un grupo de personas inteligentes haya actuado tan tontamente durante tanto tiempo. Como mi tía Wilhelmina diría «la estupidez tiene sus propios resultados».

Kyle le lanzó una extraña mirada.

—Puede que tu tía no ande descaminada. En cualquier caso, te agradezco mucho lo que has hecho hoy por Carrie, Pru. Me imagino lo que estaba haciendo aquí en La Jolla. El hecho de que se marchase como lo hizo, a escondidas, es toda la evidencia que necesito.

—Ya no tiene importancia, Kyle —respondió Pru con amabilidad.

Cuando McCord volvió a sentarse al lado de Pru, ella deslizó sus dedos entre los de él. McCord los agarró con firmeza.

—Creo que estaba disgustada.

Kyle asintió.

—Gracias. Eres una mujer muy generosa.

Kyle se puso en pie y se estiró.

—¿Os importaría que me lanzase en picado a la cama? Ya sé que

ha sido Carrie quien ha hecho todo el trabajo, pero estoy deshecho.

—Buenas noches, Kyle —dijo McCord a su hermano.

Kyle asintió y abandonó la habitación.

Pru miró a McCord con un intenso brillo en los ojos.

—Te dije que vendrían a la fiesta de J. P.

—¿Mis padres? —Dijo McCord sonriendo—. Sí, me lo dijiste.

McCord le acarició la cabeza con inmenso afecto.

—Estás muy orgullosa de ti misma, ¿verdad?

—Creo que ha sido muy estúpido por parte de esta familia estar en pie de guerra durante tres años sin una razón de peso.

—Mi familia está convencida de tener una razón, Pru —le avisó McCord suavemente.

—Bueno, pues no es así. Uno de estos días tendrán que admitirlo.

McCord suspiró y se sirvió un poco más de coñac.

—¿Con qué quería chantajearte Carrie hoy?

Pru se aclaró la garganta, pero no le engañó la pretendida ligereza con que la pregunta había sido formulada.

—McCord, ya ha pasado. Prefiero no hablar de ello. Carrie estaba disgustada y asustada. Dijo algunas barbaridades de las que ahora se arrepiente. Vamos a dejarlo.

—Lo haremos tan pronto como sepa qué truco estaba utilizando.

—McCord, no hay necesidad de entrar en detalles.

—¿Tan terrible ha sido? —Preguntó él, levantando una ceja.

—No seas idiota —le espetó Pru—. Simplemente me amenazó con contarte a ti y a tus padres mi pasado. Se enteró de que nací en Spot y de que no conocí nunca a mi padre y de lo lejos que había llegado desde Tejas. La pobre Carrie tenía la tonta idea de que a ti eso te importaría. Ya te he dicho que no pensaba con claridad.

Pru emitió un pequeño gruñido y continuó:

—¿Ves lo que has hecho? No te lo iba a contar. ¿Cómo puedes conseguirlo con tanta facilidad, McCord?

Él sonrió maliciosamente.

—No soy yo, eres tú. Eres muy mala manteniendo secretos. El único que conseguiste mantener conmigo durante cierto tiempo fue que estabas embarazada. Aunque, incluso en ese caso, fuiste traicionada por agentes externos.

—¿La carta de la clínica? —Pru se interrumpió y negó con la

cabeza—. Resulta muy raro pensar que toda mi vida ha cambiado por una cuenta.

—No cambió tu vida entera. Sólo apresuró el acontecimiento un poco —explicó McCord.

La mirada de McCord, súbitamente, se hizo muy intensa.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó Pru.

—Habría ido en tu busca aunque nunca hubiera visto esa cuenta de la clínica, Pru.

Ella apartó los ojos de los de McCord. Sus dedos se retorcieron sobre su regazo.

—¿Lo habrías hecho?

—Sí.

Pru sonrió tímidamente mientras recordaba lo que le había dicho a Carrie unas horas antes. Case McCord era demasiado obstinado y orgulloso para mentir.

—Me alegro, McCord.

—No te engañes —gruñó McCord mientras la tomaba en sus brazos—. No tenía otro remedio. Te quería de vuelta conmigo, Pru.

—Yo también, McCord.

Pru levantó el rostro en busca de un beso.

No fue hasta mucho después esa noche, cuando Pru dormía junto a McCord, cuando él se dio cuenta de que ella aún no había admitido que le amaba.

La tranquila obstinación de Pru al respecto estaba empezando a preocuparle.

Capítulo 9

Estás enamorada de mi hijo, ¿no es cierto? —Le preguntó Hale McCord de repente mientras Pru se detenía en mitad de la huerta del jardín para enseñarle los guisantes.

Pru se quedó tan sorprendida por la personal e inesperada pregunta que casi se cayó en una hilera sembrada de zanahorias. Después, se preguntó por qué dudaba en admitir la verdad en voz alta. Todo el mundo parecía haberse dado cuenta, incluyendo su esposo.

—Sí —respondió con tranquilidad como si fuese la cosa más natural del mundo—. Lo estoy. ¿Quieres echarme una mano con las zanahorias y con los guisantes, Hale? Martha me ha mandado que viniese a por espinacas, pero creo que aún es un poco pronto para las espinacas.

—Hace ya tiempo que no cogía verduras frescas, pero aún no he olvidado cómo se hace.

Hale sonrió y se agachó para arrancar las zanahorias con la habilidad que da la práctica.

Evelyn y Hale McCord habían llegado hacía una hora. Pru se había mostrado encantada de verles de nuevo. Les había acompañado Devin Blanchard, que se había hospedado en un hotel cercano. Blanchard, educadamente, había rechazado la oferta de una habitación.

En apariencia, McCord se había mostrado indulgente respecto al acontecimiento, como si realmente no le importase lo que sus padres hiciesen, pero Pru estaba segura de que se había quedado

sorprendido y vio que aceptaba la situación.

Evelyn se había visto sorprendida primero y luego encantada ante la evidencia del éxito que su hijo había tenido durante esos tres años. Hale se había mostrado curiosamente satisfecho. No había dicho nada respecto a la bonita casa y a la maravillosa vista, no obstante, se contentó con las exclamaciones de su esposa al respecto.

Cuando Evelyn declaró su intención de echar un sueñecito con el fin de descansar antes de la fiesta de la noche, Pru invitó a Hale al jardín donde tenían el huerto. McCord había desaparecido en el interior de su estudio. Pru le había estado explicando a su suegro el cultivo orgánico cuando él le interrumpió con aquella súbita pregunta.

Se hizo un momentáneo silencio después del intercambio entre Pru y Hale. Recogieron zanahorias y guisantes juntos hasta que Hale volvió a hablar.

—Parece que le ha ido muy bien a Case.

Pru sonrió ligeramente.

—Es tu hijo. ¿Pensaste en serio que podía no irle bien?

—No. No le había perdido por completo el rastro. Sabía que viajaba mucho y que parecía estar estableciéndose sin ninguna ayuda de McCord Enterprises.

Hale bajó los ojos Y centró la mirada en el manojo de zanahorias que sujetaba en sus manos.

—Pero no tenía ni idea de lo alto que había llegado en Arlington Foundation.

—J. P. depende de él. McCord juega un papel clave en la Fundación.

—Y tengo la sensación de que tú juegas un papel clave en la vida de Case.

Hale se interrumpió para lanzarle una concentrada mirada a Pru.

—Después de todo lo que ha pasado con su familia tres años atrás, mi hijo valora sin duda alguna la lealtad incuestionable de todos aquellos que dicen quererle.

Pru levantó la barbilla orgullosa.

—No estoy ciega ni soy tonta respecto a la lealtad incuestionable, Hale. Si hubiera una razón para cuestionarme los

actos de mi esposo, me enfrentaría a él y le exigiría una explicación. Pero hasta ahora, no tengo ninguna razón para hacerlo. Confío en él por completo. Y no creo en absoluto que, hace tres años, fuera menos merecedor de esa confianza.

—Quizás fuese un hombre diferente hace tres años. Quizás haya cambiado.

—Todo el mundo cambia, pero no creo que tuviera un sentido del honor completamente diferente hace tres años. Su código particular de la ética está demasiado enraizado en él. Entonces tenía treinta y tres años. Un hombre adulto y plenamente responsable de sus acciones. Estoy segura de que, fuera lo que fuese lo que ocurrió, actuó de acuerdo a su código del honor. Si tuviera que enfrentarse hoy a la misma situación que hace tres años, estoy convencida que haría lo mismo que hizo entonces. Reconócelo, Hale. Apuesto a que tu hijo se hizo mayor muy pronto, ¿no? Hace mucho mucho tiempo que dejó de ser un niño.

—No pareces muy preocupada. ¿Qué habría ocurrido si te hubieses encontrado en la misma situación que Laura Reynolds?

Pru sonrió.

—Siempre he sabido cuál era mi sitio con McCord. Él, sobre todo, es sincero. Si Laura Reynolds se quedó sorprendida por algo que McCord hizo o por la forma en que actuó hace tres años; entonces, con franqueza, sólo se la puede culpar a ella.

Hale movió la cabeza lleno de admiración por la férrea defensa que Pru había hecho de McCord.

—Mi hijo es un hombre muy afortunado. Espero que lo sepa.

Pru sonrió maliciosamente.

—No te preocupes. Tengo planeado recordárselo con frecuencia.

Hale soltó una carcajada que se oyó al otro lado de la ventana abierta del estudio. McCord, que había estado junto a la ventana observando a su esposa y a su padre, se encontró a sí mismo sonriendo. Se preguntó cuál habría sido el chiste. Hacía mucho tiempo que no veía reír a su padre.

La mirada de McCord, llena de deseo, se posó en su esposa. Ella llevaba puestos unos pantalones vaqueros, pero encima llevaba un suéter tejido de algodón muy ancho y largo. Él sabía que era porque Pru había llegado a un punto en el cual le resultaba ya muy incómodo abrocharse el último botón de los pantalones.

Él le había estado haciendo el amor deliberadamente despacio, retrasando la culminación final, confiado en oír las palabras de amor que había esperado escuchar desde el día de la boda. Pero Pru no las había pronunciado.

McCord no podía comprender por qué ella no quería admitir lo que podía leerse tan fácilmente en sus ojos. En las dos ocasiones en que él había hablado de ello, Pru no lo había negado. Pero, aunque se mostraba muy generosa y apasionada en la cama, aún no le había susurrado que le amaba, ni siquiera en los más íntimos momentos.

McCord sintió instantáneos cambios en su cuerpo sólo con pensar en la noche anterior. Con un juramento en voz baja, se apartó de la ventana. Tenía una larga noche por delante antes de poder irse a la cama con Pru.

J. P. Arlington se había esmerado en su persona para la ocasión de la primera fiesta anual de la Fundación. Iba vestido de blanco. Sombrero blanco, camisa blanca, corbata blanca, chaqueta estilo oeste blanca, pantalones blancos y botas de piel blancas. El atuendo iba adornado con lentejuelas plateadas. Aquellos toques brillantes decoraban el sombrero, los hombros de la chaqueta y estaban dispuestos en dos filas que flanqueaban las cremalleras laterales de los pantalones. Había un adorno adicional de plata en las afiladas punteras de las botas.

En conjunto, pensó Pru divertida, J. P. era todo un espectáculo. Afortunadamente, a los invitados les gustó el extravagante aspecto de su anfitrión tanto como la extravagante comida sureña que iba acompañada de exquisitos patés y canapés variados. J. P. caminaba a sus anchas entre la elegante multitud, disfrutando del transcurso de la fiesta.

El salón del hotel que la Fundación había alquilado para aquella tarde estaba profusamente decorado para el acontecimiento. Las blancas paredes y el techo centellaban bajo las dos enormes lámparas de araña. La pista de baile estaba llena de parejas que disfrutaban de la música que una orquesta tocaba en un extremo. Al otro lado de la sala se encontraba el gran buffet donde el chili y el pan de maíz con sabor a jalapeño tenían mucha aceptación. Cuando la gente comentó lo inusual del menú, J. P. explicó que, de vez en cuando, le gustaba volver a sus raíces siempre era interesante, pensó Pru, observar lo fácil que resultaba obtener grandes sumas de

dinero de la gente cuando ésta se veía rodeada de lujosa hospitalidad. Le había comentado ese hecho a McCord esa misma tarde mientras se vestían para el acontecimiento.

—Parece injusto semejante lujo sólo para convencer a unas personas de que contribuyan con la Fundación que está intentando hacer algo por el hambre en el mundo.

—Cariño, es un duro y frío hecho de la vida, pero se necesita dinero para conseguir dinero. Justo o injusto, así es como funciona el mundo —le había respondido McCord.

Pru había escogido una túnica vaporosa amarilla y verde. No le había resultado posible ponerse el vestido rojo ajustado que originalmente había elegido. Le quedaba demasiado ceñido. Mientras se habían estado vistiendo, McCord había bromeado sobre los pequeños cambios que estaban teniendo lugar en la figura de Pru y ella le había respondido con una mueca en el espejo.

Para sorpresa de Pru, la expresión de McCord se había tornado seria. Se había acercado a ella por detrás y le había ayudado a abrocharse la fina cadena de oro que llevaba alrededor del cuello.

—¿Vas a cogerle manía a estar embarazada? —Le había preguntado McCord.

—Es un poco tarde para preocuparse de eso —respondió ella con tranquilidad mientras buscaba los pendientes.

A Pru le había dado la impresión de que él quería decir algo más, pero no formuló la pregunta. En su lugar, se había inclinado para besarle en la nuca, que estaba al descubierto, pues Pru se había recogido el cabello en un moño.

—No te encontrarás sola cuando llegue el momento —le había prometido él—. Juro que estaré contigo allí.

Pru se dio cuenta de que McCord había estado pensando en la experiencia de su cuñada.

—No te precipites a hacer promesas. J. P. siempre te está mandando a algún rincón exótico del planeta. Por ejemplo, la semana que viene tendrás que ir hasta la misteriosa Nebraska.

—¡Qué maravilla!

McCord le había acariciado la mejilla y sus ojos se encontraron en la lisa superficie del espejo.

—Voy a disminuir mis viajes, Pru. Hay otros que pueden solucionar esos problemas. Prefiero dedicarme a los campos

experimentales y a las clases. Y a ti y al niño.

—Te lo recordaré —dijo Pru en tono ligero.

Al recordar aquella escena en la habitación, Pru apartó los ojos de J. P. y buscó por la sala a su marido. Finalmente, le vio presentando a Devin Blanchard a una atractiva joven que trabajaba para la sección de publicaciones de la Fundación y cuyo nombre era Julia. Una vez que la tarea social hubo concluido, McCord dejó a Devin con su nueva conocida y se aproximó al grupo de hombres que rodeaban a J.
P. Pr
u estaba pensando en lo atractivo que estaba su marido con aquella indumentaria cuando oyó la voz de su suegra.

—Este tipo de fiestas, para ti y para Case, es más trabajo que diversión, ¿verdad? —Preguntó Evelyn McCord mientras ella y Hale se ponían al lado de Pru.

Pru rió.

—Eso me temo. La fortuna de J. P. es la base financiera de la Fundación, pero las contribuciones del exterior son de vital importancia. Os sorprenderéis de la cantidad de dinero que J. P. sacará esta noche. Él emborrachará a la gente con sus martinis de jalapeño y, cuando menos os lo esperéis, el dinero aparecerá por todos lados.

—¿Cuál es el papel de Case en los esfuerzos por conseguir dinero? —Preguntó Hale interesado.

—Una vez que J. P. se pone en marcha, es muy bueno como relaciones públicas, pero delega en McCord las respuestas a las preguntas técnicas que muchos de los potenciales contribuyentes hacen.

—Desgraciadamente, tú té quedas sola la mayor parte de la velada —murmuró Evelyn.

—Oh, no me importa. Esto es una fiesta de negocios para nosotros y yo tengo mucho trabajo. Soy yo quien debe asegurarse de que no se nos acabe la comida y de que nadie se emborrache mucho o que se quede solo en un rincón aburrido. Ya sabes, todas esas tareas.

La voz de Devin Blanchard interrumpió a Pru antes de que ésta pudiera continuar.

—¿Quiere eso decir que estás disponible para entretener a uno

de los invitados en la pista de baile?

Pru se volvió para sonreírle. Se había acercado hasta allí desde el extremo opuesto de la habitación. Ella se preguntó qué habría ocurrido con Julia.

—Creo que podré zafarme para un baile rápido.

—Estupendo.

—¿Si nos perdonáis? —Les dijo Devin a Hale y a Evelyn.

—Por supuesto —respondió Evelyn—. De hecho, si convenzo a Hale, puede que nos encontremos en la pista. No hemos bailado hace siglos, ¿no es cierto, Hale?

—Dudo que haya mejorado desde la última vez —le avisó Hale.

Las dos parejas llegaron hasta la concurrida pista y Pru, muy pronto, perdió de vista a sus suegros mientras Devin la cogía en sus brazos. Pru se sorprendió por la fuerza con que él la sujetaba, e intentó separarse.

—Lo siento —se disculpó Devin inmediatamente—. No pretendía estrujarte. Lo que pasa es que no quería que te tropezaras con esa pareja que está detrás de ti.

—No importa —le aseguró Pru—. Me alegro de que hayas podido acompañar a Hale y a Evelyn esta tarde.

—Creo que querían un poco de apoyo moral. Después de tres años de no tratarse con Case, no saben cómo comportarse con él. En un principio, Kyle y Carrie iban a acompañarles, pero se desbarataron los planes cuando su hijo llegó con un adelanto de dos semanas.

—Me imagino que tú eres prácticamente un miembro de la familia en muchos sentidos.

—Prácticamente. —Devin enfatizó la palabra—. No completamente. Hay una gran diferencia, Pru, créeme.

—¿Te preocupa eso?

Él la miró fijamente.

—Lo acepto. Me pagan muy bien y no puedo quejarme.

—Entonces, ¿por qué te preocupa no ser un McCord? —Le preguntó Pru.

—Vamos a decir simplemente que no ser un McCord supone ciertas limitaciones como empleado de McCord Enterprises.

—¿Cómo por ejemplo?

—Es básicamente un negocio familiar —le explicó Devin—. No

importa lo bueno que sea en mi trabajo ni lo digno de confianza; sólo puedo llegar hasta ahí en la organización. Un McCord toma siempre las últimas decisiones y los McCord son quienes se reparten los grandes beneficios.

—Quizás eso cambie algún día —sugirió Pru.

—Imposible. No mientras haya McCord varones.

Pru consideró la situación.

—Si eso es lo que piensas, quizás deberías trabajar para otra compañía.

—¿Estás bromeando? No muchas compañías igualarían mi salario actual y me llevaría años abrirme paso hasta ocupar el puesto y la clase de estatus que tengo ahora. Los McCord me escuchan y confían en mí. Es lo mejor que se puede conseguir, al margen de llevar las riendas. Puede que un día vaya en busca de campos más verdes, pero tendría que recibir una oferta maravillosa para dejar McCord Enterprises.

Pru se dio cuenta, al instante, de que posiblemente nunca tuviera la posibilidad de llegar a ser el presidente de la compañía, pero tampoco estaba dispuesto a sacrificar su excepcional posición yéndose a otro sitio.

—Es obvio que tanto Hale como Evelyn valoran tu persona enormemente —dijo Pru, buscando una forma diplomática de acabar la conversación.

Devin le dedicó una mirada divertida.

—Case también la valoraba hace unos años. Tú no lo sabrás, pero hubo un tiempo en el que Case y yo éramos como hermanos.

—Los tiempos cambian —dijo Pru cautelosa.

—La gente cambia.

Pru recordó la conversación que había mantenido con su suegro.

—Algunos. No creo que McCord haya cambiado tanto durante estos tres últimos años. Hay algo sólidamente arraigado en él. Apuesto a que siempre ha sido así.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Debe de resultar terriblemente obvio.

Devin la miró con expresión preocupada.

—Creo que reconozco los síntomas porque los vi en Laura Reynolds.

—Prefiero no hablar de ella, Devin.

—Claro, lo comprendo.

Devin dejó de bailar cuando la música terminó. Miró por encima de los hombros de Pru.

—Ahí están Hale y Evelyn, van hacia la terraza. ¿Quieres que nos unamos a ellos? Tu marido parece estar ocupado.

Pru lanzó una mirada a su alrededor. La fiesta parecía estar saliendo muy bien. Nadie parecía aburrido o incómodo y no faltaba comida. No había razón para no unirse al matrimonio McCord en la terraza durante un rato.

—Me parece bien. Es muy incómodo hablar con la música, ¿no?

—Tienes mucha razón.

Devin la llevó hasta las puertas de la terraza.

—No veo a los McCord —señalo Pru.

—Creí haberles visto venir hacia aquí. Quizás estén junto a la fuente.

Devin se dirigió hacia la gran fuente de piedra que dominaba los jardines del hotel. Pru se siguió a un paso de distancia.

—En el salón, McCord sintió un sutil cambio en la atmósfera. No sabía qué era exactamente, pero fue suficiente para hacer que volviese la cabeza y buscase a Pru con la mirada. La vio sólo un momento, justo cuando Blanchard la sacaba a la terraza.

—Discúlpeme —le dijo al científico de mediana edad con quien había estado discutiendo la erosión del suelo—. Creo que será mejor que vaya a ver cómo está mi esposa.

El hombre asintió.

—Le veré más tarde. Quiero que me hable de ese viaje que hizo por África. Tengo mucha curiosidad por saber algunas cosas.

—Más tarde —le prometió McCord, luego atravesó el salón.

Se encontró con sus padres cerca de una puerta doble de estilo francés. Hale y Evelyn estaban hablando con J. P. y, aparentemente, lo estaban pasando bien.

—Ah, aquí estás, McCord —dijo J. P. en voz alta—. Estaba ahora mismo explicándole a tu padre el secreto para hacer un perfecto martini jalapeño.

—No le creas —dijo Hale con una sonrisa perezosa—. J. P. me estaba presionando mucho para que hiciera una contribución a la Fundación. Reconozco una indirecta cuando la oigo.

J, P. se echó a reír, sin preocuparse en negarlo.

—Tu padre es más agarrado que la corteza de un árbol.

—Sólo necesita que le convenzan —dijo McCord mirando a Hale —. A mi padre le gustan las pruebas irrefutables. No se deja llevar fácilmente por los sentimientos.

Evelyn intervino en la conversación antes de que ésta pudiera llegar más lejos en lo que ella obviamente había considerado una dirección peligrosa.

—¿,Estás buscando a Pru?

McCord asintió con brusquedad.

—He visto que salía a la terraza.

—A Hale y a mí nos vendría bien un poco de aire fresco —dijo Evelyn rápidamente—. ¿No te parece, Hale? ¿Por qué no vamos con Case?

—No sé lo del aire fresco, pero puede que sea una buena idea alejarse un rato de J. P. antes de que encuentre el modo de sacarme un montón de dinero.

J. P. esbozó una amplia sonrisa.

—Estaré aquí cuando vuelvan.

McCord se encogió de hombros. Realmente no le importaba que sus padres le acompañaran. Sólo quería localizar a Pru y llevarla de vuelta al salón.

—Es realmente una fiesta muy bonita —comentó Evelyn mientras se apresuraba para poder seguir a su hijo—. Debo decir que la Fundación hace un trabajo de primera en lo que concierne a fiestas.

—Es una inversión. Recuperará el dinero multiplicado varias veces en aportaciones de los contribuyentes.

McCord aligeró el paso cuando se dio cuenta de que no podía ver a Pru en ninguna parte del jardín. Sentía una extraña inquietud. Se sentía como si estuviese a punto de comenzar una batalla. No le ayudó en nada decirse a sí mismo que era ridículo. Algún instinto primitivo se había despertado en él cuando vio a Pru saliendo con Devin Blanchard.

Luego, oyó la voz de Pru y se dirigió hacia la fuente que estaba al otro lado del alto seto. Hale y Evelyn le siguieron.

Pru se detuvo junto a la fuente.

—No les veo, Devin. Deben haber ido en otra dirección. Será mejor que vuelva a la fiesta antes de que J. P. empiece a

preguntarse por qué me paga.

Devin se encogió de hombros.

—Habría jurado haberles visto venir hacia aquí. Oh, bueno, no importa. Es agradable alejarse del bullicio un rato.

—Te ruego que me disculpes —comenzó a decir educadamente Pru, hasta que sintió que la mano de Devin le aferraba la muñeca.

Pru levantó la mirada sin comprender y su voz se endureció.

—¿Qué ocurre, Devin?

—Te he traído aquí para hablar contigo, Pru.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu marido.

—No quiero hablar de él contigo.

Pru intentó liberar su muñeca y se puso furiosa cuando Devin la apretó con más fuerza.

—Por favor, suéltame.

—Dentro de un momento, te lo juro. Pru, esto es por tu propio bien.

—Lo dudo.

—Tienes derecho a saber qué es lo que realmente ocurrió hace tres años. McCord no te lo va a contar.

—Estás equivocado. Mi marido ya me ha dicho exactamente lo que pasó. No necesito oír la versión de cualquier otra persona al respecto. Suéltame, Devin. Estás empezando a ser molesto.

—Escúchame, Pru. Yo estaba allí. Y sé que McCord no te ha contado lo que realmente pasó. Si lo hubiera hecho, ya no estarías con él, créeme. No confiarías en él tan ciegamente.

Ella se dio cuenta de que Devin estaba casi desesperado por poder hablarle, y Pru se preguntó qué sería lo que le empujaba a ello.

—¿Qué te hace pensar que mi marido me ha mentido? —Le preguntó enfadada—. McCord nunca me ha mentido.

—No he dicho que haya mentido, sólo que no te ha contado toda la verdad. Si lo hubiera hecho, no le defenderías así. De hecho, si te hubiera contado lo que le hizo a Laura hace tres años, probablemente nunca te hubieras casado con él.

—Es la mayor locura que he oído. Por última vez, Devin, suéltame la muñeca.

—¿Es que no lo entiendes? —Dijo Devin lleno de ira—. No fue

solo la ruptura del compromiso lo que desgarró a Laura de tal forma que acabó matándose en la carretera. Había también un niño. Laura estaba embarazada de dos meses y Case se negó a casarse con ella. El primer nieto de Hale y Evelyn murió junto con la mujer que fue como una hija para ellos. Todo porque Case McCord no quería casarse con la mujer a quien dejó embarazada. Le dijo que se deshiciese del niño si quería mantener el compromiso. Laura casi se volvió loca.

El gemido de desaliento de una mujer hizo que Pru volviera la cabeza atónita. Se encontró delante de McCord y de sus padres. Hale parecía orgulloso y triste. Evelyn miraba a Pru con tal dolor en sus ojos que Pru sintió ganas de llorar también.

Case McCord simplemente miraba a su esposa como si estuviese preparado para cualquier veredicto que ella decidiese pronunciar. Nadie habló.

Pru observó la infeliz expresión de sus padres políticos sin poder creerlo.

—¿Es ésta la razón de tres años de obstinación? ¿Realmente creéis que McCord dejó a Laura Reynolds embarazada y que luego la amenazó con romper el compromiso si no abortaba?

—Oh, Pru —dijo Evelyn deshecha—. No había necesidad de que te enterases de todo lo que ocurrió. Es parte del pasado. Tenía la esperanza de que se mantuviera allí. Nos ha causado tanto dolor… Todo el mundo comete errores…

Evelyn le lanzó una mirada piadosa a su hijo.

—Pero la vida tiene que continuar.

—¡Por Dios! —Exclamó Pru—. ¡No puedo creerlo!

—Tienes que creerlo, Pru —dijo Devin tranquilamente—. Todos lo hacemos.

—No puedo imaginarme por qué —espetó ella.

Hale dio un paso adelante con la intención de ponerle una mano sobre los hombros a Pru. Pero se detuvo cuando ella se le quedó mirando fijamente.

—Te lo dije esta tarde, la gente cambia —le recordó Hale a Pru.

—Y yo te dije que tu hijo no ha cambiado tanto durante los últimos tres años. No creo en absoluto que entonces actuase de forma diferente a como lo haría hoy si tuviese que enfrentarse a una situación parecida. Si se negó a casarse con Laura, habría una buena

razón para ello.

—No quería al niño —susurró Evelyn—. Le dijo a Laura que no quería al niño.

—¿Debo suponer que ésas fueron las famosas palabras de Laura en su lecho de muerte?

Hale y Evelyn se miraron.

—Bueno, sí —admitió Evelyn.

—¿Dónde está escrito que una mujer furiosa se incline a decir la verdad en su lecho de muerte?

—No lo comprendes, Pru. Estaba embarazada. El médico lo confirmó.

Devin se aproximó a ella por la espalda y le tocó el hombro.

Ella se apartó impulsivamente. Sus ojos se dirigieron a McCord, que estaba muy quieto y bajo las sombras.

—¿Qué es esto, McCord? ¿No te molestaste en defenderte de las acusaciones de Laura?

McCord se encogió de hombros.

—Nadie puso en entredicho la interpretación de Laura. Era una excelente actriz. En su lecho de muerte interpretó su papel magistralmente, créeme.

Pru levantó los brazos.

—No puedo creer las tonterías que estoy oyendo. ¡Tres años! ¿Tres años durante los cuales esta familia se ha distanciado por las acusaciones de Laura Reynolds?

—No eran falsas acusaciones —remarcó Devin con la mandíbula apretada—. Laura estaba embarazada y él se negó a casarse con ella. La apartó de su vida cuando ella se negó a deshacerse del niño. Pregúntaselo a Case si no me crees.

—No tengo que preguntárselo —dijo Pru llena de furia—. Si Laura estaba embarazada y McCord se negó a cumplir con sus responsabilidades, sólo hay una explicación posible para que actuase de ese modo.

—¿Cuál? —Dijo Evelyn con voz ronca.

—Que el niño no era suyo y McCord lo sabía.

Se hizo un silencio absoluto en el pequeño círculo que rodeaba a Pru mientras la observaban e intentaban asimilar el impacto de sus palabras.

—Es más —continuó Pru en tono agresivo—. Lo único que

McCord nunca permitiría es ser manipulado. Cualquier mujer que intentase engañarle para que creyese que era el padre de su hijo con el fin de forzarle a que se casara con ella, estaba buscando problemas y debería haberlo sabido. ¿Qué os pasa?

Pru se volvió a Hale y Evelyn.

—McCord es vuestro hijo. Deberíais haberle conocido mejor que nadie. Deberíais haber sido capaces de suponer que había algo más que la versión de Laura.

—¿Es eso lo que Case te ha contado? —Preguntó finalmente Hale con los ojos fijos en su hijo.

—No, no me contó que el niño no era suyo. Nunca hemos hablado de este asunto. Pero no hay otra explicación.

—¿Cómo lo sabes? —Espetó Devin.

Pru se llevó las manos a las caderas.

—Porque soy la máxima autoridad en el mundo en lo que se refiere a qué haría Case McCord si dejase a una mujer embarazada. ¿Por qué demonios os creéis que se casó conmigo? Hemos estado viviendo juntos durante tres meses como amantes. Me dejó muy claro que no tenía ningún interés en casarse. Pero cuando accidentalmente me quedé embarazada y le dejé, él me siguió y me exigió que me casara con él. Sin «peros» ni nada. Sin sugerirme en ningún momento que abortase. Sin acusaciones de falta de precaución. Cuando se presentaron las dificultades, McCord insistió en cumplir con sus responsabilidades. Habría hecho lo mismo hace tres años, si el niño hubiera sido suyo. Laura, evidentemente, tenía un amante.

Pru no esperó haber la reacción ante su afirmación. Giró sobre sus talones y se acercó hasta donde McCord se encontraba. Cuando colocó una mano exigente sobre su brazo y levantó la vista, encontró que los ojos de McCord brillaban con un oscuro fuego.

—Llévame de vuelta al salón, McCord. Sabes que no es muy prudente dejar a J. P. sólo en una habitación llena de potenciales contribuyentes. Se volverá loco con los martinis de jalapeño.

McCord la cogió del brazo cálido y fuertemente.

—Por aquí, mi vida.

Dejaron a los tres de pie junto a la fuente y fueron en silencio de vuelta al iluminado salón.

Capítulo 10

McCord estaba seguro de que el interrogatorio llegaría tan pronto como entraran en la casa después de la brillante fiesta de J. P. Lo
había estado esperando desde que Pru lanzó su pequeña bomba.

—Creo —dijo Hale mientras, acompañado de su esposa, entraban en el cuarto de estar de la casa de su hijo— que merecemos algunas explicaciones.

McCord no dijo nada. Se acercó hasta la bandeja que Martha había dejado preparada con coñac y unas copas. Fue Pru quien respondió. Se dio media vuelta para enfrentarse a sus suegros.

—¿Explicaciones sobre qué?

—Debes darte cuenta de la impresión que nos ha causado, querida —dijo Evelyn apaciguadora—. No teníamos ni idea respecto a que… a que Laura tuviera un amante.

—Oh, te refieres a eso —dijo Pru como si realmente lo hubiera olvidado, luego miró a McCord—. Tú les dijiste, en su preciso momento, que el niño no era tuyo, ¿verdad, McCord?

—Estoy seguro de que lo mencioné. McCord se sirvió un coñac y dudó si servirles otro a sus padres; finalmente, decidió que sería una tontería no ofrecerles una copa. Inclinó la botella sobre otras dos copas.

—También me acuerdo que nadie se mostró especialmente interesado en escucharme.

Cuando se volvió para ofrecerles a sus padres el coñac, captó todo el impacto de sus sorprendentes miradas. Sin mediar palabra

aceptaron las copas. Hale vació la suya casi de un trago.

—Laura se estaba muriendo —susurró Evelyn con voz quebrada —. Dijo que no quería seguir viviendo después de que tú la rechazases a ella y a su hijo.

—Sé lo que dijo.

McCord se aproximó a Pru, que les miraba con brillantes ojos.

—Estaba junto a la cama al igual que todos los demás. No hay nada tan impresionante como la afirmación de una persona moribunda.

—Todos estábamos destrozados —dijo Evelyn. Débilmente buscó con los ojos el apesadumbrado rostro de su esposo—. La queríamos mucho. La queríamos como a una hija. Y estábamos convencidos de que vosotros dos estabais enamorados.

—Laura estaba enamorada de la idea de casarse con un miembro del clan McCord —afirmó McCord sin dejar lugar a discusión—. Pero no estaba enamorada de mí.

—Probablemente necesitaba sentirse segura tras la muerte de su padre —sugirió Evelyn—. Se sentía sola en el mundo. Nosotros éramos la única familia que tenía.

McCord no hizo más comentarios. Después de todo, aquello había ocurrido hacía tres años. No había necesidad de desenterrar más de lo imprescindible.

—Pero si estaba tan decidida a casarse contigo —señaló Hale haciendo acopio de toda lógica—, ¿por qué se echó otro amante?

—Ella no se echó otro amante —dijo McCord—. Se echó un amante y ese amante no era yo. Nunca fui yo.

Pru levantó la cabeza al darse cuenta de la significación de las palabras de su esposo.

—¿Tú nunca la tocaste? —Preguntó Pru perpleja.

—No.

McCord era consciente de lo que Pru estaba pensando. Ella conocía sus apetitos sexuales. Desde el momento en que la conoció a ella, quiso llevársela a la cama. Probablemente le resultaba muy difícil a Pru imaginarle metido en un casto y platónico compromiso matrimonial.

—Ella no me permitió nunca ponerle una mano encima, ni siquiera después de que anunciásemos nuestro compromiso. — McCord se detuvo y sonrió en dirección a Pru—. Ya te dije que era

una excelente actriz. Quería que todos los McCord creyesen que era un perfecto ángel intocable que no pensaría en mancharse las alas yéndose a la cama con un hombre sin un anillo en el dedo.

Las mejillas de Pru se encendieron y bajó los ojos. McCord se sintió instantáneamente furioso consigo mismo cuando se dio cuenta de que ella había mal interpretado sus palabras. Lo último que él hubiera querido dar a entender es que valoraba el papel que Laura había jugado.

Pero el daño ya había sido hecho y McCord sabía que no podía hacer nada por arreglar lo delante de sus padres. Sólo conseguiría poner a Pru en una situación más incómoda.

—Nunca te acostaste con Laura —dijo Hale, mirando especulativamente a su hijo— y por eso estabas tan seguro de que el niño no era tuyo. ¿Qué ocurrió la noche en que murió, Case?

A McCord le irritó la pregunta. Deseaba hablar en privado con Pru y, por el contrario, se veía obligado a contar toda la historia. Con un silencioso juramento, se volvió hacia sus padres.

—Después de unos meses de jugar a hacerse la casta y helada damisela, Laura insistió de repente en acostarse conmigo. Desgraciadamente para ella, yo ya había decidido romper el compromiso. Cuando no consiguió nada con sus esfuerzos por seducirme, se aterrorizó. Esa noche, me llamó por teléfono llorando y me dijo que quería verme. Cuando llegué al apartamento, se arrojó a mis brazos y me dijo que quería casarse inmediatamente. Todavía faltaban tres meses para el día en que se había fijado la boda y yo, naturalmente, me sentía un poco curioso respecto al motivo de tantas prisas. También tenía mis recelos. Si queréis que os diga la verdad, había albergado sospechas desde hacía algún tiempo. Le dije que estaba considerando romper el compromiso. Que no estaba seguro de que fuéramos apropiados el uno para el otro y que creía que lo mejor sería pensarlo durante un tiempo.

—¿Fue entonces cuando te dijo que no podía esperar? ¿Que estaba embarazada? —Preguntó Evelyn.

McCord asintió.

—Me dio un ultimátum. Me dijo que tenía que acceder a casarme con ella o, de lo contrario, le diría a toda la familia que yo la había dejado embarazada.

Por el rabillo del ojo, McCord vio que Pru se estaba mordiendo

el labio inferior. Ahora ella sabía por qué odiaba tanto los ultimátums, pensó McCord.

—Le contesté que no estaba dispuesto a… A cargar con el resultado de los actos de otro hombre.

Pru parpadeó y se miró las manos.

—Seguimos discutiendo y por fin me marché. No volví a verla hasta que estuvo en la cama del hospital.

—Donde se vengó de ti como pudo —concluyó Hale—. Dijiste que el niño no era tuyo y todos nos abalanzamos sobre ti. No volviste a pronunciar una palabra al respecto.

Se hizo un prolongado silencio en la habitación. Después McCord habló, sintiéndose obligado a remarcar algo que era obvio.

—Nada ha cambiado. La situación es exactamente la misma que hace tres años. Sigue siendo mi palabra contra la de Laura en su lecho de muerte. ¿Por qué tanto lío esta noche?

Hale miró a Pru.

—Hace tres años te vimos como Laura quiso que te viéramos, un hombre con pies de barro. Ella era nuestra hija que se estaba muriendo y nosotros estábamos destrozados. Pero ahora tu esposa nos ha recordado que deberíamos haberte conocido mejor para damos cuenta de la clase de hombre que eres, un hombre que no elude sus responsabilidades. No deberíamos haberlo dudado ni un momento.

—Creo —dijo Evelyn con serenidad— que una vez que se nos pasó la impresión, queríamos creerte, pero el daño ya estaba hecho. Todos nos mostramos demasiado orgullosos y obstinados. Ninguna de las partes quería ceder. No puedo creer que hayamos dejado pasar tres años sin intentar arreglarlo. Ha tenido que venir Pru para que recuperásemos el sentido.

—¿Ahora me creéis porque Pru cree en mí? —Preguntó McCord en tono sardónico.

La expresión de Evelyn era pensativa, sus ojos mostraban ternura y estaban fijos en su nueva nuera.

—Digamos que Pru nos ha devuelto la objetividad. Nos ha recordado la clase de persona que eres. Verte a través de sus ojos ha retirado toda la niebla de la duda y el dolor que Laura originó. Pobre Laura. No se dio cuenta de su propia inestabilidad.

Pru habló por primera vez en todo ese tiempo.

—No se puede ayudar a nadie que no quiere ayudarse a sí mismo. Laura tomó sus propias decisiones y no se puede culpar a nadie por lo que ocurrió hace tres años.

Evelyn sonrió.

—¿De verdad se casó mi hijo contigo porque te dejó embarazada?

Pru arrugó la nariz.

—Eso me temo. Insistió mucho en casarse desde que se enteró de que iba a ser padre. Espero que no te importe la idea de ser abuela por segunda vez.

—Estoy absolutamente encantada.

El rostro de Evelyn se iluminó de felicidad. Cruzó la habitación y abrazó a Pru.

—No puedo expresar lo feliz que me siento esta noche, cariño. Gracias por todo.

Hale miró a su hijo.

—Eres un hombre muy afortunado, Case.

—Lo sé —dijo McCord y luego rodeó con fuerza la cintura de Pru—. Si nos disculpáis, nos vamos a la cama. Son casi las dos y Pru necesita descansar estos días.

Él la llevó hasta la puerta mientras se daban las buenas noches.

Pru caminaba a su lado sin pronunciar palabra. McCord sintió la tensión que había en ella. Cuando la puerta del dormitorio se cerró tras ellos, él la volvió para mirarla.

—No quería un ángel intocable que decía que me amaba y luego se resistía a hacer el amor conmigo. No quería una mujer que me mantenía a distancia para manipularme. Deseaba una cálida, generosa y sincera mujer que, cuando se enamorase de mí, no pudiera resistirse por mucho que lo intentara. Una mujer que creyese en mí por completo. Una mujer que yo supiera qué siempre me sería fiel. Una mujer en quien yo confiase. Quería alguien como tú, Pru, justo como tú eres.

—Pero no querías tener que casarte conmigo.

Las manos de McCord apretaron con fuerza los hombros de Pru.

—Antes o después tendríamos que habernos casado, cielo, créeme. Era inevitable. Me he vuelto muy posesivo respecto a ti. Pero cuando me lanzaste tu ultimátum…

—Todo lo que pensaste fue en la mujer que te había dado uno —

concluyó Pru tristemente—. Te recordé a Laura.

Irritado por su tonta lógica, McCord la zarandeó con ternura.

—No. No me recordaste a Laura en ningún sentido. Pero tengo que admitir que no me gustó nada que me amenazaras. Creí que no ibas en serio y que podría enseñarte una lección. Estaba convencido de que no tendrías el coraje suficiente para abandonarme. Pero como mi hermano Kyle dice, algunas veces las mujeres que están embarazadas hacen cosas extraordinarias, locuras.

—¿Supongo que Kyle y tú ahora os creéis autoridades en la materia?

—Aprendemos rápido.

McCord la atrajo hacia sí y la besó firmemente en la boca. Podía sentir la tensión y la rigidez de Pru. Deliberadamente, profundizó su beso, abriéndole los labios hasta que pudo saborear la calidez de su boca. Cuando Pru gimió levemente y comenzó a relajarse, él sintió una enorme satisfacción y un gran alivio.

—¿Cómo conseguiste encontrarme en el jardín? —Murmuró ella contra los labios de McCord, mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

—Vi que abandonabas el salón con él —dijo McCord y luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Te seguí para llevarte de vuelta al salón. Mis padres simplemente me estaban acompañando en el paseo. Te encontramos en la fuente justo en el momento en que empezaste tu magnifica defensa de mi conducta hace tres años. ¿Cómo demonios sabías que Laura se había acostado con otro?

—Era la única explicación lógica. Si hubieras pensado que el niño era tuyo, habrías cumplido con tu deber.

—Gracias.

McCord le acarició la nuca y aspiró su dulce y cálido aroma.

—¿Todavía sigues convencida de que ésa es la única razón por la que me casé contigo? ¿Por un sentido del deber?

—No tenías mucha prisa en casarte antes de que te enteraras de lo del niño —señaló ella, testaruda.

La obstinación de Pru al respecto estaba empezando a disgustarle mucho. McCord deslizó las manos por la espalda de ella y bajó la cremallera del vestido.

—Sabes que hay mucho más que una obligación. Sabes lo mucho que te deseo, lo mucho que me gusta tenerte en mis brazos y

también lo mucho que te gusta a ti estar en mi cama. Admítelo, cielo.

Ella se encogió de hombros delicadamente mientras el vestido se caía a sus pies. McCord extendió una mano y apagó la luz. En las sombras podía ver los ojos de Pru brillando por la suave luz de su amor. Ella sonrió trémulamente.

—Me gusta estar en tu cama —respondió Pru con sorprendente obediencia—. Pero eso ya lo sabías.

McCord le desabrochó el delicado sujetador y dejó que la breve prenda cayera al suelo.

—Lo sé, pero me gusta oírtelo decir.

—Eres muy vanidoso.

—Mucho.

McCord le tocó los senos y utilizó las palmas para que los pezones recobrasen vida, firmes rígidos y extraordinariamente duros. McCord inclinó la cabeza para besar la rosada aureola.

—Nunca conseguiré saciarme de ti. Si realmente piensas que te habría dejado alejarte de mí para siempre, estás fuera de tus cabales. O eso, o es que todavía no te has enterado del poder que ejerces sobre mí.

Ella hundió los dedos en el oscuro y espeso cabello y suspiró levemente mientras él le quitaba las medias.

—¿Tengo poder sobre ti, McCord?

—Un poder infinito.

McCord se incorporó y sonrió.

—Ven aquí; yo te enseñaré.

Pru se acercó con los dedos en los botones de la camisa de McCord.

—No —dijo ella—. Te enseñaré yo.

Él sonrió de puro placer.

Los dedos de Pru acariciaron ligeramente el duro pecho mientras le desnudaba. Él sintió que Pru temblaba y la revelación de que ella estuviese tan excitada como él por poco no le hizo volver a tomar la iniciativa.

Se oyó un sonido leve producido por el metal cuando su cinturón se soltó y luego el aún más suave sonido de la cremallera del pantalón al abrirse. La mano de Pru tocó la abertura de los pantalones y se encontró con la evidencia de la excitación de

McCord.

—Oh, McCord —dijo ella con satisfacción.

McCord le sujetó los dedos cuando ella habría querido moverlos. Él presionó la mano de Pru contra sí mismo, deleitándose con ese contacto.

—Vaya —comentó Pru—, no hay nada sutil en ti, ¿verdad?

—Supongo que tú eres mucho más discreta, ¿no?

—Naturalmente.

Él lanzó una suave carcajada y deslizó los dedos por el vello anidado entre los muslos de Pru.

Pru gimió y se aferró a él ocultando el rostro en sus hombros.

—Háblame de nuevo sobre la sutileza femenina. No podrías dejar de reaccionar aunque quisieras, ¿no es cierto, cielo mío?

McCord la acarició suavemente.

—Probablemente no —admitió ella—. Pareces tener un tacto mágico.

—Me alegro.

Pru sonrió, le rodeó la cintura y cruzó el alfombrado suelo camino de la cama. Una vez allí, retiró las sábanas, se deslizó entre ellas Y extendió los brazos en dirección a McCord.

McCord emitió un pequeño suspiro Y se echó en los brazos de ella con un deseo que casi le sobrecogió. Ella se abrazó a él, atrayéndole hacia sí, dándole la bienvenida hasta que McCord creyó estallar.

—Eres tan cálida, tan dulce Y tan sensual. —Murmuró él contra sus senos mientras se introducía en ella y sentía cómo las exquisitas piernas le rodeaban las caderas—. Tan perfecta para mí… y eres toda mía. ¿Qué haría yo sin ti?

La pregunta quedó en el aire mientras la pasión los absorbía a ambos. El mundo empequeñeció hasta sólo contener los límites de la cama y McCord se perdió en la mujer que estrechaba en sus brazos.

No fue hasta un buen rato después, cuando los dos yacían cansados Y sudorosos con sólo una sábana cubriéndoles el cuerpo, cuando Pru volvió a sacar el tema de Laura Reynolds.

—¿Por qué no luchaste con más energía, McCord? Tus padres han dicho que sólo dijiste una vez que Laura había mentido Y que el niño no era tuyo. Debías saber que ellos estaban muy

impresionados. ¿Por qué no gritaste hasta que alguien te escuchase? Normalmente no tienes problemas en exponer a la gente tu punto de vista.

Él sabía lo que Pru quería decir. Podía haber armado un escándalo tres años atrás, podría haber gritado la verdad hasta que alguien, finalmente, le hubiera prestado atención.

—Pru, tienes que comprenderlo. Laura estaba embarazada.

—¿Y qué?

Pru se apoyó sobre un codo y le miró a los ojos.

—Ya lo sabemos.

McCord estudió el rostro de Pru y notó que tenía el ceño fruncido. Estaba muy guapa cuando le miraba, pensó él.

—Yo sabía que no era el padre.

Pru asintió impaciente.

—¿Y qué? —Repitió de nuevo.

—Eso dejaba al aire la pregunta de quién lo era. Los ojos de Pru se agrandaron al comprender las implicaciones.

—Oh, Dios mío. ¿Te dijo Laura quién la había dejado embarazada?

McCord titubeó y luego se encogió de hombros.

—Cuando estaba muy acalorada aquella noche, me dio un nombre.

—¿Cuál?

—El de mi hermano —dijo McCord.

Pru apretó los dientes.

—¿Kyle? ¿Te dijo que se había estado acostando con Kyle?

McCord asintió.

—No tenía razones para dudar de su palabra. Ella y Kyle siempre se habían llevado bien y yo sabía que Kyle la encontraba atractiva. Pero siempre se pensó que Laura se casaría conmigo. No tenía un verdadero interés por Kyle, supongo que porque sabía que yo sería a quien heredaría las riendas de McCord Enterprises. Un poco antes de que Laura muriese, Kyle y Carrie habían empezado a salir juntos. Sabía que mi hermano había perdido la cabeza por ella y que tenía planeado casarse.

—Así es que hiciste una ligera protesta y luego te callaste, ¿no es eso? No querías arruinar la relación de tu hermano con Carrie.

—Me imaginé que todo se arreglaría cuando pasara un tiempo

después de la muerte de Laura.

—Pero las cosas no se arreglaron. Tu padre y tú os peleasteis. Te desheredaron. Un serio ejemplo de la obstinación de la familia McCord. Un verdadero desastre.

McCord la miró fijamente.

—Si no hubiera sido echado a patadas del seno familiar, nunca te habría conocido. Yo, por una vez, no considero que haya sido un desastre.

—Oh —dijo Pru, parpadeando de sorpresa; luego sonrió—. Gracias, McCord.

—De nada.

Él se quedó esperando oírla decir que le amaba y se sintió extrañamente dolido cuando ella cambió el tema de conversación.

—¿Crees que Kyle era el padre del niño de Laura? No sé por qué, pero no me convence. Me gusta Kyle. No me lo imagino manteniendo el secreto durante tres años mientras toda la familia se volvía contra ti.

—No sé con seguridad quién era el padre —dijo McCord pacientemente—. Laura aseguró que era Kyle, figurándose que me sentiría obligado a casarme con ella para salvar la reputación de la familia. También sabía que haría muchas cosas por mi hermano.

—Realmente llegó muy lejos intentando manipularte aquella noche, ¿no? Ahora no cabe duda de por qué te pusiste así conmigo el día que intenté lanzarte mi insignificante ultimátum.

—No fue exactamente insignificante —gruñó McCord—. Fue una amenaza de primera. Debería haberme imaginado que bajo ese débil exterior, tienes nervios de acero.

—Me crié en Tejas —exclamó Pru llena de orgullo.

—Ajá. Con una tía que no permitía ninguna debilidad.

—La tía Wilhelmina es una buena persona, pero tiene una personalidad muy fuerte y una opinión clara sobre todo.

—Tengo suerte de que me haya aceptado. ¿Crees que todavía lo hará cuando se entere de que te dejé embarazada antes de casamos?

McCord sonrió perezosamente, regodeándose en el subido tono de las mejillas de Pru.

—Dejemos a mi tía —dijo Pru—. ¿Qué hay de Kyle?

—Eso, ¿qué pasa con Kyle?

—Bueno, si decidimos que no era el padre del niño de Laura,

seguimos teniendo el mismo problema.

McCord recordó el rostro furioso de Devin Blanchard mientras intentaba convencer a Pru de que su marido se había negado a asumir sus responsabilidades para con Laura Reynolds.

—No. No tenemos ningún problema.

—Pero McCord…

—Todo eso ocurrió hace tres años y esa mujer está muerta, Pru. Estoy de acuerdo contigo, no creo que Kyle fuese el padre. He dicho que no tenía razones para dudar de la afirmación de Laura aquella noche, pero eso no es verdad. Lo habría dudado por principio. Probablemente nunca sabremos quién era el padre, y quizás sea mejor.

—No estoy segura, McCord…

McCord se incorporó y se apoyó en un codo, empujando a Pru contra la almohada.

—Yo sí estoy seguro —dijo, dando por sentada la conversación —. Vamos a dejar este tema.

—¿Sí?

Había un cierto tono desafiante en la voz de Pru.

McCord sonrió débilmente.

—Sí —repitió él—. Vamos a dejarlo.

McCord besó los labios de Pru y consiguió que parte del resentimiento que ella sentía desapareciese.

—Ahora, duérmete. Eres una mujer embarazada y se supone que tienes que cuidarte.

Un bostezo estropeó el intento de protesta de Pru.

McCord se tumbó y la atrajo hacia sí.

—Sólo una cosa más, Pru.

—¿Qué?

—No quiero más paseos por el jardín con Devin Blanchard. No a menos que yo esté presente.

Ella se agitó al lado de McCord y le pasó el pie por la pierna.

—¿Estabas celoso?

—No estés tan orgullosa de ti misma. Y sí, estaba celoso.

—Estupendo.

—¿Es por eso por lo que saliste al jardín con él? —Preguntó McCord, mostrando curiosidad—. ¿Porque querías darme celos?

Instantáneamente, Pru se sintió arrepentida, justo como McCord

estaba seguro de que se sentiría.

—No, claro que no. Salimos para buscar a Hale y a Evelyn. Devin creyó que los había visto ir en esa dirección. Decidimos salir detrás de ellos y charlar durante, un rato mientras tomábamos un poco de aire fresco.

—Mantente alejada de él, Pru. —McCord oyó la frialdad de su propia voz y se preguntó si Pru también lo había notado.

Ella bostezó de nuevo y se acercó más a él.

—Estás celoso.

—Soy un hombre precavido.

—Ah.

Él la apretó con fuerza.

—Deja de intentar provocarme. Duérmete.

—De acuerdo. ¿McCord?

—¿Mmmm?

—Hace tres años estabas seguro de que no había forma de que el niño de Laura fuese tuyo. ¿Has dudado alguna vez sobre mi hijo?

—Ni un segundo siquiera —respondió McCord sin dejar lugar a ninguna duda—. Tú y el niño sois míos.

—Sí, lo sé, ¿pero nunca dudaste? —Insistió ella.

—Estás muy provocadora esta noche, ¿verdad?

McCord sonrió en la oscuridad, vagamente consciente de la certidumbre que siempre había sentido respecto a Pru.

—Te sería imposible serme infiel, y los dos lo sabemos. No es propio de ti.

—Le dije a Annie que confiaba en ti por completo —murmuró Pru—. Me alegro de que tengamos tanta confianza el uno en el otro.

—Nos conocemos lo suficiente bien como para estar seguros de lo que siente el uno por el otro, supongo —dijo McCord con seguridad.

Fue después de haber pronunciado aquellas palabras cuando McCord se dio cuenta de las implicaciones de semejante afirmación. Nunca en su vida había confiado en una mujer de la forma en que había confiado en Pru.

Ella se durmió en sus brazos a los pocos minutos. McCord la abrazaba de forma protectora mientras miraba el techo pensativo. Decidió que, cuando volviese de Nebraska, tendría una larga charla con Devin Blanchard.

Aquella decisión le hizo quedarse contemplando el techo un poco más de tiempo y se preguntó cuándo le confesaría su mujer su amor voluntariamente. Ella le amaba, se aseguró McCord a sí mismo. No se había casado con él sólo por el niño.

Él lo sabía y ella lo sabía. Todo lo que tenía que hacer era buscar la manera de conseguir que Pru lo admitiese. Cada vez más necesitaba oír esas palabras.

* * *

El domingo por la tarde, a las seis, Pru se encontró con la casa para ella sola. Hale y Evelyn se habían marchado a su casa y McCord, reluctantemente, se había ido al aeropuerto para, desde allí, coger un vuelo que le llevase hasta la exótica Nebraska. La casa, como de costumbre, parecía muy vacía sin McCord. Pru se pasó aquella larga tarde de verano en el jardín. Luego, plenamente consciente de las instrucciones de su esposo, se fue a la cama temprano.

Al día siguiente fue a trabajar y se pasó la mayor parte del tiempo participando de la atmósfera general de alegría tras la fiesta. J. P. estaba encantado con el éxito de la primera fiesta anual de la Fundación para recaudar fondos y no podía dejar de hablar de ello.

—Con el dinero que nos ha venido rodando el sábado, podremos añadir esos segundos programas de demostración en ese par de países africanos —le informó a todo el mundo J. P.—. Doblará nuestra presencia allí. Conseguiremos poner a trabajar a mucha más gente en el lugar. Pru, quiero que sepas que recibí una llamada de tu suegro esta mañana. Retiro lo que dije respecto a que era más agarrado que la corteza de un árbol. Nos ha mandado un buen cheque. Dice que todo aquello en lo que su hijo esté metido tiene que ser un éxito. Dice que su hijo siempre aterriza con los dos pies.

—Me alegro —respondió Pru, contenta de la generosidad de su suegro.

Sabía que el cheque representaba mucho más que un acto de caridad por parte de Hale McCord. Representaba la recuperada fe en su hijo.

—No podríamos haberlo hecho sin ti, Pru —dijo J. P.— Ataste

los cabos y conseguiste que funcionase. A propósito, McCord me ha informado que quiere que Bronson y Culpepper se encarguen de los viajes.

—¿En serio?

—Sí. Me ha contado que va ser padre y que quiere disponer del mayor tiempo posible para estar con su familia. —J. P. se interrumpió y sonrió—. Le contesté que la noticia de que va a ser padre me ha sorprendido, dado como estaban las cosas entre los dos hace un par de semanas.

Pru tosió discretamente.

—Sí. Bueno, estas cosas suelen pasar, J. P.

—Bueno, bueno. Es una buena cosa. Puede que le hubiera llevado a McCord uno o dos años hacerse a la idea del matrimonio si no se le hubiera presionado un poco. Ese hombre estaba más feliz que un choto con dos madres cuando vivía contigo. Pensaba que tenía todo lo que necesitaba, y me imagino que así era. Sabía que habría que asestarle un buen golpe para que se portara contigo como debía.

—De acuerdo, fue un buen golpe —accedió Pru secamente.

Aquella misma tarde camino de su casa, Pru decidió ceder a la irresistible tentación de una *pizza* que la había estado consumiendo durante horas. Se detuvo en una tienda y pidió una *pizza* completa. Luego, mientras el aroma de la *pizza* inundaba el coche, se apresuró en llegar a su casa para explayarse allí a sus anchas.

El encanto de la ilícita *pizza* se desvaneció rápidamente cuando divisó un coche que no le resultaba familiar delante de la puerta de su casa.

Cuando vio a Devin Blanchard esperando en los escalones de la entrada, Pru recordó la suave advertencia que McCord le hizo la noche de la fiesta.

«Mantente alejada de Devin Blanchard».

Capítulo 11

—He venido a pedirte disculpas.

Devin Blanchard se apresuró a bajar los escalones mientras cogía la fragante *pizza* de las manos de Pru.

Pru aún luchaba con la idea de tenerle allí tan inesperadamente. Sus disculpas la sorprendieron aún más.

—¿Por qué?

Su atractiva boca se arqueó.

—Por interferir en los asuntos de la familia McCord la otra noche. No tenía ningún derecho a ello como estoy seguro de que alguno de los McCord me recordará cuando aparezca en la oficina.

—¿No has ido a trabajar desde el día de la fiesta?

Entonces, Pru se dio cuenta de que sólo era lunes. Automáticamente, metió la llave en la cerradura.

—Llamé a mi secretaria esta mañana y le dije que me iba a tomar el día libre. Quería disponer de algún tiempo para pensar. Y también quería hablar contigo.

Pru le lanzó una rápida mirada mientras se adentraba en el vestíbulo de su casa. Aparte de quitarle la *pizza* de las manos y darle con la puerta en las narices, no veía una forma civilizada de impedirle la entrada.

—¿Sobre qué quieres hablar conmigo?

—Primero, como ya he dicho, quiero pedirte disculpas.

Blanchard entró en la casa y cerró la puerta.

—Normalmente soy mucho más discreto de lo que lo fui la otra noche, créeme.

—Te creo.

—¿Dónde quieres que ponga esto? —Preguntó señalando la *pizza*.

—En la cocina.

Ella se volvió y le guió a través del pasillo.

—Como te iba diciendo, soy muy cuidadoso en lo que respecta a los asuntos de la familia McCord. Mi única excusa es que lo sentía por ti.

—¿Qué lo sentías por mí?

Él se encogió de hombros y depositó el paquete en el mostrador de la cocina.

—Supongo que eres una de esas mujeres que despiertan los instintos de protección en un hombre —él se interrumpió para luego añadir—. Lo mismo que Laura.

—Gracias —respondió Pru secamente—, pero te aseguro que puedo cuidar muy bien de mí misma.

—Eso también es lo que Laura pensaba.

—Prefiero no hablar de ella. Escucha, Devin, creo que este asunto ya, ha llegado demasiado lejos. Realmente no tenemos mucho que decimos el uno al otro. Acepto tus disculpas, pero ahora creo que será mejor que te marches.

Él levantó una mano como si quisiera con ello aplacar la ira de Pru.

—Lo siento —dijo Devin de nuevo, moviendo la cabeza con una sonrisa infantil—. Sigo metiendo la pata. Hay algo más que quería decirte y después me iré.

—No quiero oírlo, Devin.

—Esto no tiene nada que ver con los asuntos de la familia McCord, lo juro. Es sobre algo que tú dijiste la otra noche en la fiesta.

—¿Qué dije? —Preguntó ella recelosa.

A Pru no le gustaba estar confinada en la cocina con él. Casi inconscientemente abrió la puerta que daba al jardín y salió. Devin la siguió.

—Dijiste que si no estaba contento de trabajar con los McCord, quizás debería dejarlo y empezar en otra parte.

—Lo recuerdo.

Pru se sentía un poco mejor fuera de la casa. No tan acorralada.

Pero aún estaba nerviosa. Comenzó a pasearse por el huerto. Devin se mantenía a un paso de distancia y se metió las manos en los bolsillos.

—Cuando hablamos de ello, no quería dejar semejante pastel. Gano mucho dinero y…

—Y estás muy cerca del asiento que representa el poder —terminó de decir Pru—. Dijiste que eso te gustaba.

—Creía que era lo mejor después de ser el hombre que lleve las riendas.

—Pero no es exactamente lo mismo que ser el que lleva las riendas.

—No —asintió él—. No es exactamente lo mismo. Pensé mucho sobre lo que dijiste cuando volví a casa ayer. Tenía sentido. No sé por qué no lo había pensado yo. He decidido que tenías razón. Realmente no debería estar trabajando para los McCord. Especialmente después de lo que ocurrió hace tres años.

—¿Por qué estabas tan disgustado por lo que pasó hace tres años, Devin? —Preguntó Pru cautelosa—. Sé que fue una tragedia terrible; pero ¿por qué te lo tomaste en una forma tan personal?

—Probablemente porque admiraba mucho a Case. Quizás le había puesto sobre un pedestal. No podía creer que tratase a Laura como lo hizo.

—Él no le hizo nada a Laura —espetó Pru—. Ella le había estado engañando y él no tenía ninguna intención de ser manipulado. Cuando se lo dijo, ella perdió la cabeza y se subió en el coche. Lo que ocurrió luego fue exclusivamente culpa de Laura.

—¿Realmente crees eso? —Le preguntó Devin.

—Sí, realmente lo creo.

—De acuerdo, muy bien. Cálmate. En cualquier caso, no he venido aquí para discutir, lo prometo. Sólo quería que supieses que voy a firmar mi cese mañana por la mañana. Pensé que te gustaría saber la influencia que tienes sobre mí. También parece que tienes una gran influencia sobre los McCord. Nunca pensé que la familia volvería a admitir en su seno a Case.

Algo hizo click en la mente de Pru.

—Quieres decir que esperabas que no volvieran a aceptarlo —dijo ella—. Querías que se castigasen mutuamente y de por vida, ¿no?

La expresión infantil desapareció del rostro de Devin como si nunca hubiera existido. Fue reemplazada por una mirada de odio.

—Se merecían el castigo —afirmó Devin—. Todos eran responsables de lo que pasó. No había forma de hacer daño a esa familia a un nivel financiero, pero sabía que esa brecha acabaría con todos.

Pru contuvo la respiración y se acercó a un árbol. Steve había dejado el rastrillo contra el tronco del árbol, notó ella. McCord se enfadaría por ello, como de costumbre. Ella miró en dirección al océano y las manos empezaron a temblarle mientras ataba los cabos sueltos.

—El hijo de Laura era tuyo, ¿no, Devin?

—Sí, era mío —respondió Blanchard mordiéndose los labios—. Laura se entregó por entero a mí. A mí, no ha Case McCord. Nunca permitió que Case la tocara. Solía reírse de ello, ¿sabes? Los dos lo hacíamos. McCord creía que iba a casarse con un perfecto ángel. Me producía un gran placer saber que cada vez que llevaba a Laura a la cama estaba llevando a la novia de Case McCord.

—La utilizaste. No la amabas. Para ti era una forma de igualarte a la familia McCord.

—No malgastes tu compasión con Laura. Ella sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Le encantaba acostarse conmigo a espaldas de su novio. Era una verdadera aventura para ella. A Laura no le gustaba el aburrirse, y estar esperando a casarse con un miembro del clan McCord se había convertido en algo extremadamente aburrido para ella. Si quieres saber la verdad, creo que tenía la intención de continuar su enredo conmigo después de estar casada.

—Pero nunca se habría casado contigo, ¿verdad? Y eso era lo que tú en realidad querías. Porque iba a heredar una buena parte de McCord Enterprises. Casarte con Laura te habría dado la posición que tú siempre habías querido tener en McCord Enterprises.

La mirada de Devin se endureció. La brisa del mar le revolvió el cabello ligeramente mientras observaba el perfil de Pru.

—Sí, quería casarme con ella. Ellos la habían aceptado como a una hija y, en última instancia, ella iba a heredar las acciones de su padre en la compañía. Si hubiese sido el marido de Laura, habría conseguido una buena parte del control de la compañía. Pero Laura

no estaba interesada. No quería la mitad del pastel cuando, casándose con un McCord, podía tenerlo todo. Laura siempre había conseguido lo que quería.

—Hasta la noche en que McCord rompió el compromiso.

—Debió volverse loca de ira esa noche —dijo Devin pausadamente—. Laura tenía un temperamento muy violento, aunque tenía cuidado en disimularlo la mayor parte del tiempo. Cuando se enteró de que estaba embarazada, pensó en abortar. Luego, decidió utilizar al niño para forzar a Case a casarse con ella. Había notado que las cosas no iban muy bien. Se aterrorizó. Había intentado hacer el amor con Case con el fin de poder reclamar que el niño era suyo, pero supongo que él ya sospechaba algo.

—Así que se puso hecha una furia y probó una apresurada y estúpida táctica. Estalló en lágrimas y se arrojó a los brazos de McCord, afirmando que Kyle la había seducido. Pensó que McCord se sentiría obligado a compensarla por el comportamiento de su hermano.

Pru movió la cabeza en señal de repulsa.

—Era una suposición razonable. Sabía que Case habría hecho muchas cosas por su hermano Kyle. Ella siempre había sido muy buena manipulando a los McCord y asumió que podía predecir sus respuestas.

—Pero su suerte se terminó cuando intentó colocarle a McCord el niño de otro hombre.

—Me llamó por teléfono después de que McCord abandonase el apartamento aquella noche. Dijo que tenía que verme. Me pidió que la ayudase.

Pru cerró los ojos.

—Entonces se metió en el coche y se puso en camino hacia tu casa a casi ciento sesenta kilómetros por hora. ¡Qué historia más triste!

El rostro de Devin parecía desencajado.

—Al final, consiguió cierta venganza contra los McCord. Yo estuve en el hospital esa noche. La oí y vi la expresión de los rostros de Hale y Evelyn cuando Laura les dijo que McCord la había seducido y la había abandonado embarazada y desesperada.

—Sí, se tomó venganza, ¿no? Una Venganza de tres años.

Pru sintió una oleada de compasión por aquella familia.

—No es suficiente, Pru. No del todo.

Pru se quedó helada ante la peligrosa amargura que afloraba a las palabras de Devin. Hundió los dedos en la corteza del árbol y la miró.

—¿De qué estás hablando? Todo acabó. Dejémoslo, Devin.

—Todavía no. No hasta que le haya demostrado a Case McCord que tú no eres mejor que Laura. Se cree increíblemente listo por haber encontrado, finalmente, una mujer que cree en él por completo, sin hacer preguntas. Una mujer distinta a Laura. Pero está equivocado.

—Sal de aquí, Devin.

Asustada, Pru intentó poner todo el tono de autoridad que poseía en su voz.

—Case siempre tiene suerte. Cuando perdió toda su herencia, lo perdió todo de golpe. Se marchó y no volvió a mirar hacia atrás. Ni siquiera le importó.

—Estás equivocado, Devin. Perder el contacto con su familia le importó.

—La verdadera pérdida fue la del poder y el prestigio que tenía como heredero de McCord Enterprises. Era como si la compañía fuera algo de poca monta por el modo en que McCord reaccionó cuando su padre le echó a patadas. McCord se metió en otra profesión, encontró otra mujer y ahora ni siquiera quiere una parte en McCord Enterprises. Siempre ha tenido suerte. Siempre consiguió lo que quiso. Incluso se zafó de tener que casarse con Laura después de que ella se riese de él a sus espaldas. Pero voy a asegurarme que se entere de que no fue tan afortunado al casarse contigo. Case McCord va a descubrir que su suerte no es infalible. Tú te divertiste mucho la otra noche cuando anunciaste tu embarazo, ¿verdad? Bien, pues vamos a ver durante cuánto tiempo va McCord a seguir creyendo que el niño es suyo después de que se entere de que otro hombre te ha poseído.

Instintivamente, Pru dio un salto atrás cuando Devin extendió una mano hacia ella. Pero se dio de espaldas contra el tronco del árbol y no pudo echarse a un lado con la rapidez necesaria para evitar que las manos de Devin se aferrasen a sus hombros.

—Déjame, Devin —le dijo Pru—. Esto no te va a procurar la venganza que deseas.

—Estoy deseoso de intentarlo. Debes ser condenadamente buena en la cama para haber conseguido que McCord se casara contigo.

—McCord te matará.

—No le será posible ponerme una mano encima. Además, es mucho más probable que descargue su ira en ti. Tú serás quién le traicione. Lo mismo que Laura. Nunca te perdonará que te rías de él, Pru.

Él la estaba empujando hacia el suelo bajo el árbol. Pru abrió la boca para gritar e, instantáneamente, Devin le puso la mano sobre la boca. Ella se revolvió furiosa para soltarse y le clavó las uñas.

—Para, maldita. No te servirá de nada. Sólo conseguirás que te haga daño.

Él se tumbó encima de ella y le sujetó el cuerpo con las piernas. Mantuvo una mano sobre la boca de Pru y llevó la otra encima del vestido.

Pru estaba aterrorizada. Estaba rápidamente perdiendo el control de sus pensamientos. Sólo sabía que tenía que conseguir escapar de él a cualquier precio. Vagamente, recordó el rastrillo que Steve había dejado apoyado contra el árbol. Su mano lo buscó mientras rezaba por que no estuviese demasiado lejos.

Sus dedos toparon con el metal justo cuando Devin empezaba a tirar del tejido del vestido. El tejido era más resistente de lo que Pru había imaginado. Le estaba dando mucho trabajo a su asaltante rasgarlo.

Pru agarró el rastrillo y buscó un buen asidero. Consiguió asestarle un buen golpe a Devin en la espalda con el mango de madera.

—¿Qué demonios…? ¡Maldita seas!

Retiró la mano de la boca de Pru para con ella quitarle el rastrillo. Pru gritó.

—¡Cállate!

Devin intentó taparle la boca de nuevo y, tan pronto como le soltó la muñeca, ella volvió a coger los dientes metálicos del rastrillo. Esta vez, rogó en silencio por poder causarle más daño.

Devin lanzó un gruñido y se apartó de su víctima cuando se dio cuenta de las intenciones de Pru. Los dientes de acero solo estaban a unos centímetros de la espalda de Devin; entonces, él giró sobre sí mismo y se puso en pie de un salto.

Pru también consiguió incorporarse rápidamente. Con el rastrillo en la mano para mantenerle a distancia, comenzó a retroceder de espaldas buscando la seguridad de su casa. Si conseguía meterse en ella y cerrar la puerta, estaría a salvo. Entonces llamaría a la policía. Devin avanzaba hacia ella, sus ojos ardían de ira. Estaba esperando una oportunidad y Pru lo sabía. Un movimiento en falso y estaba perdida.

—Mantente alejado de mí —le advirtió ella.

Pru casi había alcanzado la puerta de la cocina cuando ésta se abrió súbitamente a sus espaldas. Pru giró al instante con enorme alivio y dispuesta a dar la bienvenida a quien fuera que había llegado en el momento apropiado para rescatarla. Lo que no esperaba era que fuera McCord.

—¡McCord!

Pru respiró profundamente sobrecogida por el alivio que sentía. Tiró el rastrillo y, como un rayo, buscó refugio en los brazos de su marido.

Él extendió los brazos mientras ella corría hacia él, pero no la retuvo.

—Quédate dentro.

Él la empujó hacia dentro antes de que Pru pudiese hablar. Luego, McCord se volvió para enfrentarse a Devin Blanchard.

—McCord, no —dijo Pru inmediatamente al darse cuenta de sus intenciones—. Llamaré a la policía.

—Muy bien. Vamos, llámales —dijo él con tranquilidad mientras avanzaba hacia el jardín. Tengo que terminar este asunto antes de que se presenten.

Los dedos de Pru se aferraron al picaporte. Quería impedir lo que iba a ocurrir después, pero sabía que no había nada que ella pudiera hacer. Sólo podía esperar que McCord no fuese herido.

Transcurrió un largo tiempo antes de que Pru pudiera comerse la *pizza*. La policía había ido y se había marchado, llevándose con ellos a un magullado Devin Blanchard. Pru y McCord habían respondido a sus preguntas y habían asegurado a los oficiales que firmarían en la comisaría cargos contra él. En total, habían pasado dos horas cuando Pru sacó la *pizza* del refrigerador mientras McCord despedía a la policía. Se dio cuenta de que estaba muerta de hambre.

Encendió el horno y metió la *pizza* en él justo en el momento en que McCord entraba en la cocina. No parecía magullado después de la breve, pero violenta confrontación con Devin Blanchard. No se podía decir lo mismo de Blanchard pero a Pru no le preocupaba particularmente su estado. La policía tampoco había parecido alarmada.

—¿Quieres un poco de *pizza*? —Preguntó Pru, animada, cuando McCord se detuvo detrás de ella.

—Lo que yo quiero —comenzó a decir McCord muy serio— es una explicación de por qué dejaste a Blanchard entrar en casa. Te dije que te mantuvieras apartada de él, Pru.

—¿Vas a someterme a juicio?

—Sí.

Ella sonrió, se cruzó de brazos y se apoyó contra el mostrador de la cocina para mirarle a la cara.

—Entonces, podemos empezar por la pregunta de qué estás haciendo en casa un día antes de lo previsto.

Él la miró irritado y se mesó los cabellos.

—Acabé con los asuntos de Nebraska antes de lo que creía. No se trata de ningún misterio. Volví corriendo a casa y descubrí que mi esposa estaba luchando con una persona que, en primer lugar, nunca debería haber entrado en la casa. Demonios, Pru, ¿tienes idea de lo que sentí cuando abrí la puerta de la cocina y vi lo que estaba pasando?

—Ya lo sé —dijo ella con voz apaciguadora cuando vio la emoción en los ojos de McCord—. Lo siento.

Él no estaba de humor para ser aplacado.

—Deberías sentirlo. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. No tuvo oportunidad de hacerme daño, McCord.

—Parecía que estabas haciendo un buen trabajo defendiéndote sola.

—Gracias —murmuró ella—. Soy de Tejas, ¿no lo recuerdas?

—¿Por qué estaba aquí, Pru?

Ella dio un suspiro.

—Dijo que había venido a pedirme disculpas por la escena de la otra noche. Me dijo que yo le había hecho recapacitar y darse cuenta de que no debería estar trabajando para McCord Enterprises.

—¿Y tú te lo creíste?

—Bueno, lo que es seguro es que no esperaba que me atacase. Creí que sólo quería hablar.

—Te dije que te mantuvieras apartada de él.

—Pero no me dijiste por qué, McCord. No me dijiste que Blanchard era el padre del niño de Laura.

Él contuvo el aliento.

—¿Lo ha admitido?

—Oh, sí. Claro que lo ha admitido. —Pru se interrumpió y frunció el ceño—. ¿Es que no lo sabías?

McCord dejó de pasearse nerviosamente y se sentó en una silla.

—La otra noche, después de la fiesta, empecé a preguntarme si no habría sido él el amante de Laura. Estaba demasiado interesado en apartarte de mí. Vi su cara esa noche en la fuente. Estaba demasiado… demasiado emocionado, diría yo.

—Lo estaba. Odiaba y odia a tu familia y a ti.

McCord se la quedó mirando fijamente.

—Tenía la intención de hablar con él después de este viaje.

McCord se interrumpió y empezó a agitar la cabeza.

—Demonios, nos ha traído de cabeza durante años. Confiábamos en él.

—No era suficiente para Blanchard. Siempre se sintió un extraño. No quería ser simplemente un amigo de la familia, quería ser un miembro de la familia y no había forma de que eso ocurriese. Estaba resentido por todo lo que teníais y, al mismo tiempo, no podía dejar la cómoda posición en la que se encontraba. Pensó durante un tiempo que casarse con Laura era la solución. Tu familia la trataba como a una hija y ella iba a heredar una buena parte de McCord Enterprises. Pero Laura no tenía ninguna intención de casarse con alguien de fuera. Quería también formar parte de la familia McCord.

—Ella no estaba enamorada de mí —dijo McCord pensativo.

—Me temo que el amor no tenía nada que ver con ello.

—Desempeñaba su papel de ingenua a la perfección con mi familia y conmigo mientras se divertía a nuestras espaldas con Devin Blanchard. Creo que yo sospechaba desde el principio que no estaba exactamente enamorada de mí. Pero creí que teníamos cosas en común y asumí que nuestro matrimonio funcionaría. Me

preocupaba por ella, al igual que el resto de la familia.

—Laura quería asegurarse un lugar en tu familia.

—Debería haber tenido más cuidado —señaló McCord.

—¿Respecto a quedarse embarazada? Supongo que eso fue un accidente. Un accidente al que intentó poner remedio al principio, pero luego decidió que así podía forzarte a casarte con ella. Aparentemente, había empezado a preocuparle la posibilidad de perderte. Para su desgracia, no es muy fácil presionarte. No te gusta ser manipulado.

—No empecemos, Pru —dijo McCord, lanzando un suspiro.

Pru sonrió, se agachó y sacó la *pizza* del horno. Luego la olfateó con un gesto apreciativo.

—Casi tan buena como recién hecha.

McCord miró la *pizza* no muy convencido.

—¿Qué es eso que tiene ahí?

—Jalapeños, anchoas, aceitunas, cebolla y salsa picante. La llamo una J.
P. Ar
lington Foundation Special. ¿Quieres un poco?

Pru llevó la *pizza* a la mesa.

—Estás intentando distraerme. De hecho, creo que ya me has distraído. Se supone que estoy aleccionándote sobre lo estúpido de desobedecer mis claras y precisas instrucciones.

—¡Por Dios! ¿Crees que quiero estar aquí sentada comiendo esta fabulosa *pizza* mientras tú me reprochas él haber dejado entrar a Devin Blanchard?

Pru se sentó y sirvió dos trozos en los platos que había dejado antes sobre la mesa.

—No deberías gritarle a una mujer embarazada. Y hablando de gritar…

—¿Qué pasa?

—Quiero que me prometas que no gritarás a Steve por dejar las herramientas en el jardín, al menos durante un mes.

—Yo nunca grito —le recordó él.

—Bueno, pues no quiero que le alecciones al respecto. De hecho, quiero que te acuerdes de darle las gracias por haber dejado el rastrillo apoyado contra el árbol.

McCord lanzó un gruñido.

—Supongo que le debo algo por ese descuido, ¿no?

—Sí, exactamente.

Pru le tendió la *pizza* a McCord.

McCord torció la boca al aceptar el plato. Se quedó observando la *pizza* y luego el rostro de su esposa. Ella le miró y los ojos le brillaron mientras se comía un trozo de *pizza*.

—No me has dado mi beso de bienvenida —se quejó McCord súbitamente.

Pru dejó de masticar con la boca aún llena.

—¿Es eso verdad? Creo recordar que volé hasta ti con alas en los pies no hace más de dos horas.

—Arrojarte en mis brazos mientras escapabas de un atacante no cuenta.

—Oh.

Pru tragó el trozo de *pizza* que tenía en la boca, se levantó, rodeó la mesa y se sentó sobre las piernas de McCord.

—Espero que te gusten los jalapeños, las anchoas, etc. Luego, Pru le besó sonoramente.

McCord le rodeó la cintura con un brazo.

—Amo los jalapeños, las anchoas, las aceitunas y las cebollas. Y te amo a ti.

Ella se quedó muy quieta durante unos momentos, sus ojos brillaban.

—¿Es verdad, McCord?

—Desde el principio te amaba —dijo él con dulzura—. No sé por qué me ha costado tanto tiempo decirlo.

—Estabas muy traumatizado por tu experiencia con Laura —le explicó Pru—. No querías dejarte manipular por una mujer. Creo que en tu subconsciente equiparabas amor con la clase de debilidad que podía dejarte expuesto a ser manipulado.

—¿Estás segura?

McCord la miró en señal de admiración.

—¿Has llegado a esa conclusión por ti misma o has hecho un curso de psicología por correspondencia?

—Lo he hecho yo sólita.

—Debes de haber pasado mucho tiempo analizándome.

—Por supuesto —le aseguró ella—. Horas interminables.

—¿Por que?

Ella sonrió y le abrazó.

—Porque te amo, naturalmente.

Él la abrazó con fuerza y posó su boca en los cabellos de Pru.

—Me estaba preguntando cuándo lo admitirías.

—Deberías haberlo sabido desde el principio.

—Y lo sabía, o al menos tenía esa esperanza. Pero siempre es agradable oírlo.

—Siempre estuviste seguro de mis sentimientos.

—No eres muy buena ocultando tus sentimientos, corazón. Cada vez que me miras puedo sentir que me quieres. Nunca en mi vida me había ocurrido. Siempre que salía de viaje pensaba en volver a casa para poder tenerte en mis brazos de nuevo. Me quedaba sentado en el asiento del avión y pensaba en lo pronto que podría contarte el viaje, lo que había visto y los planes que había hecho para las actividades de la Fundación en esa región en concreto. Luego pensaba en beber una copa contigo y cenar bien mientras escuchaba lo que tú me contaras sobre las novedades que habían tenido lugar durante mi ausencia. Finalmente, pensaba en que nos iríamos a la cama juntos y después de hacer el amor nos dormiríamos abrazados. Muy sencillo, muy agradable.

—Suena muy matrimonial.

—Pero no lo era. No del todo. Y es ahí donde me equivoqué, Pru. Debería haberme casado contigo el primer día que te conocí.

—Sí —asintió Pru—. Deberías haberlo hecho. Es justo lo que dice mi tía Wilhelmina «dale a un hombre *whisky* gratis durante un tiempo y se acostumbrará a no tener que pagar por él. Es muy difícil cobrar a alguien una vez que está saciado».

McCord lanzó un gruñido.

—¿Vas a restregarme por la cara las palabras de tu tía durante el resto de nuestras vidas?

Pru negó con la cabeza, sonriendo maliciosamente.

—No, porque tal y como están las cosas me alegro de que hiciésemos lo que hicimos.

—¡Te alegras!

McCord le lanzó una mirada de perplejidad.

—Sí. De esta forma, tuve la experiencia de una relación ilícita. Tendré maravillosas aventuras que contarles a mis nietos.

—Vivir con un hombre en estos días no se puede calificar

realmente de relación ilícita —señaló McCord—. Es una cosa normal entre dos personal que se siente atraídas la una por la otra.

—Tú puedes decir eso porque eres de California. Pero los que venimos de Spot, Tejas, vemos las cosas de diferente manera. Tres meses siendo tu amante ha sido lo más excitante que me ha ocurrido en la vida, McCord.

—Entonces espero que no vayas a aburrirte ahora que la excitación de lo ilícito se ha acabado —dijo McCord con los ojos brillantes.

—Lo más maravilloso de estar casada contigo, McCord, es que es incluso mejor que ser tu amante.

—Me alegro de que pienses eso porque ya no hay forma de volver atrás.

Había una fascinante determinación en los oscuros ojos de McCord.

—Ahora eres mi esposa. Y nunca dejaré que te vayas.

Pru sonrió y todo el amor que sentía se reflejó en su mirada.

—Eso es justo lo que quería oír.

Pru se levantó y se volvió a sentar en su silla.

—Toma otro trozo de *pizza* antes de que se enfríe.

Él sonrió maliciosamente.

—¿No te sorprende que estemos los dos declarándonos tranquilamente nuestro mutuo amor?

—Supongo que es porque hemos estado viviendo juntos el tiempo suficiente como para saber lo que estamos diciendo —dijo Pru complaciente.

—¿Sin excitación?

Ella negó con la cabeza.

—Sin miedos ni incertidumbres —le corrigió Pru.

—Tienes razón. Es estupendo estar seguros el uno del otro. Además, la parte excitante viene después. En la cama.

Mucho más tarde, cuando Pru salió del cuarto de baño con su camisón, encontró a McCord tendido en la cama desnudo, apoyando la cabeza contra las almohadas y con los brazos debajo de la nuca.

Él la observó saliendo del cuarto de baño con su usual mirada posesiva. Pru sonrió y pensó que algunas cosas nunca cambiaban. Él había adquirido la costumbre de mirarla de ese modo después de la primera vez que hicieron el amor. Pru tenía el presentimiento de

que seguiría teniendo esa misma expresión en los ojos la noche que celebrasen su cincuenta aniversario de boda. Era una idea muy agradable.

Pru se detuvo a los pies de la cama, observándole. La sábana le cubría hasta la cintura.

—¿Qué estás pensando, Pru?

—Estoy pensando en lo *sexy* que es el hombre con quien me he casado.

Él sonrió muy complacido. Sus ojos se desviaron brevemente al punto donde la sábana apenas podía ocultar su excitación.

—Siempre produces el mismo efecto en mí.

—Me alegro —dijo ella feliz; luego, se fue hacia su lado de la cama y se echó junto a él—. Es justo, considerando lo que tú me haces a mí con sólo mirarme o rozarme. Te quiero tanto, McCord…

La risa desapareció de los ojos de McCord para ser reemplazada por la familiar expresión de deseo. Él extendió las manos hacia ella y la abrazó.

—Mi dulce y hermosa, Pru.

McCord besó su garganta y dejó que su mano se deslizase por los senos de Pru y luego por sus caderas.

—Tú me haces sentir hermosa, McCord —susurró ella mientras rozaba con sus labios el pecho de él—. Cuando me abrazas, me siento exótica, hermosa y sensual.

Él emitió una ronca carcajada.

—Eso es porque eres todas esas cosas. En mis brazos te conviertes en fuego líquido, pero eso no es nada comparado con lo que tú me haces sentir a mí.

—¿Qué es?

—Es como si fuera a estallar.

—Me alegro.

Con audacia, Pru deslizó sus dedos por los muslos de McCord y luego le tocó íntimamente. En sus manos, él era duro como el acero. Pero ese acero estaba envuelto en terciopelo y ella ya estaba ardiendo en deseos de sentirlo dentro de sí. Pru sintió los dedos de McCord moviéndose suavemente entre sus piernas y se estremeció.

McCord murmuró algo ardiente y sensual contra sus senos y la exploró con unos movimientos enloquecedoramente lentos. Cuando ella gimió y se aferró a él, McCord se colocó encima de ella. Su peso

le pareció a Pru exquisitamente excitante. Los sentidos de Pru estaban alterados por las sensaciones que experimentaba.

—¿Cómo pudiste creer que no iría tras de ti después de que me dejaste? —Dijo McCord con voz ronca por la emoción—. Te habría seguido al fin del mundo. Tú me perteneces, Pru. Jura que no volverás a dejarme.

—Nunca —juró ella con los brazos rodeando el cuello de McCord—. En lo más profundo de mi corazón, nunca te dejé.

McCord cubrió la boca de Pru con la suya y los dos se perdieron en una vorágine de pasión.

Algunos meses después, Pru estaba tendida en la cama del hospital y el pequeño James Hale McCord descansaba en los brazos de su padre. McCord vio que dormía y lo dejó en la cuna. Durante un rato se quedó mirándole, examinando una vez más la perfección de sus dedos.

—Este niño es cosa aparte, ¿eh? —Dijo McCord, por enésima vez.

Había estado diciendo cosas similares desde que cogió la mano de su esposa en el quirófano y compartió con ella la aparición de James Hale en el mundo.

—Va a ser igual que tú.

—Sí —respondió él.

McCord estaba claramente feliz con la idea. Se quedó con la mirada fija en su hijo durante un momento más y luego se acercó a la cama.

—Te quiero, señora McCord.

Pru sonrió y le acarició las mejillas.

—Yo también te quiero.

—Voy a cuidaros mucho a ti y a nuestro hijo.

—Nunca lo he dudado —le aseguró ella dulcemente.

McCord entrelazó sus dedos con los de Pru y besó la palma de su mano. En ese momento, la puerta se abrió tan bruscamente, que Pru dio un pequeño salto en la cama. McCord levantó la vista y frunció el ceño cuando vio quién estaba en la puerta.

—¿Es que siempre tienes que hacer una grandiosa aparición, J. P.?

J. P., resplandeciente con su traje amarillo, sonrió abiertamente.

—Sólo cuando tengo una sorpresa. Mira quién está conmigo,

Pru.

J. P. se apartó, haciendo una inclinación con gran teatralidad y una magnífica mujer de unos cincuenta años hizo su entrada en la habitación. Alta, guapa, con unos brillantes ojos azules y con un pelo castaño adornado con algunas hebras plateadas, resultaba tan impresionante como el mismo J. P.

Pru la miró incrédula Y luego soltó una carcajada.

—Tía Wilhelmina, ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a ver al niño, por supuesto. Este encantador caballero de Tejas ha sido lo suficientemente atento como para invitarme y gracias a Dios que lo ha hecho. Con la tranquilidad con que te tomas las cosas, se habría derretido el hielo del polo antes de que me hubieras invitado tú, niña.

Los bonitos ojos de Wilhelmina eran mucho más tiernos que su acusación.

—Eso no es justo, tía Willy. Te dije la última vez que te llamé que nos gustaría que vieras al niño tan pronto como fuese posible.

J. P. soltó una carcajada.

—Cuando se trabaja para J. P. Arlington, lo posible ocurre muy pronto. Es sólo lo imposible lo que tarda un poco de tiempo. ¿Te ha gustado mi pequeña sorpresa, Pru?

—No puedo creerlo —respondió Pru con una sonrisa—. Tía Willy, éste es McCord.

—Hola, tía Willy —dijo McCord muy tranquilo. Sus ojos estaban llenos de humor.

Wilhelmina estudió a McCord con lenta deliberación.

—Lo sabía —anunció finalmente—. Más resbaladizo que una pelota en el hielo. Felicidades, Pru. Lo has hecho muy bien tú sola. Tienes suerte y espero que lo sepas.

—Sí, tía Willy, lo sé.

—Muy bien. Ahora, vamos a ver a este niño.

Wilhelmina avanzó hacia la cuna.

—Mmm. Es muy grande, ¿verdad? No hay muchas posibilidades de hacerle pasar por un niño prematuro.

Pru tragó saliva.

—No íbamos a intentarlo, Tía Willy.

—Me parece muy bien. Una pequeña mentira te lleva a otra y, cuando quieres darte cuenta, te encuentras en un lío peor que un

perro acorralado por una mofeta. Además, tampoco importa mucho que anticipara las cosas un poco, Pru. Tu hombre, al final, se portó irreprochablemente.

—Me alegro de que lo apruebes, tía Willy. ¿Vas a pasarte por Pasadena mientras estás en la costa, para ver a Annie y a Tony?

—Por supuesto —dijo Wilhelmina—, pero no hay prisa.

Pru tosió, preguntándose cómo iba a tomar McCord tener a la tía Wilhelmina en casa durante unos días.

—Vamos a estar bastante ocupados durante un tiempo, tía Willy. Me temo que McCord y yo no tendremos mucho tiempo para hacer excursiones contigo por La Jolla y por San Diego.

—No tienes por qué preocuparte por eso —anunció J. P.— Yo, aquí presente, exijo el privilegio de mostrar a la señorita Wilhelmina la magnífica costa californiana. He pensado en que podemos pasar unos días por San Diego y luego hacer un viaje de placer hasta Pasadena. Wilhelmina me ha dicho que nunca ha visto Disneylandia.

Los ojos de Pru se agrandaron y mostraron perplejidad.

—¿Es eso verdad, tía Willy?

—Ya te he dicho que era un caballero de Tejas encantador.

Wilhelmina le lanzó a J. P. una tierna mirada que fue recompensada por otra igual.

—Estoy impaciente por empezar el viaje.

—Tenemos una mesa reservada en un restaurante para dentro de una hora —dijo J. P. feliz—. Será mejor que nos pongamos en camino. No debemos cansar a la nueva madre.

—Estás en lo cierto.

Wilhelmina se inclinó sobre la cama y depositó un brusco y cariñoso beso en la frente de Pru.

—Tienes un hijo precioso, Pru. Y un buen marido. Cuídalos.

—Sí tía, te haré caso.

—Muy bien. Te veré mañana por la mañana, cariño. Descansa.

Le dio a Pru unas palmaditas en la mano y fue hacia la puerta.

—¿Tía Willy?

Pru no estaba segura de cómo continuar. No tenía por qué sentirse preocupada. Wilhelmina se detuvo en la puerta mientras J. P. la cogía del brazo.

—No te preocupes por nada, querida —dijo Wilhelmina animada

—. No hay muchas ventajas en tener mi edad, pero hay una o dos. La primera y principal es que no es muy posible que me quede embarazada accidentalmente.

Wilhelmina cruzó el umbral de la puerta y desapareció en el pasillo del brazo de J. P. antes de que Pru pudiera pensar en una respuesta. Cuando la puerta se cerró detrás de su tía, Pru cerró la boca y se volvió. Vio la divertida sonrisa de su esposo.

—Creo que J. P. ha encontrado su media naranja —dijo McCord —. Me parece justo. Después de todo, yo también he encontrado la mía.

McCord se inclinó y besó a su mujer con un amor y con una pasión más allá de toda duda.

FIN

Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolifica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.